ALBERTO MENESES

UNA BALA NUNCA MIENTE

VERÓNICA CUEVAS 4

Una bala nunca miente

Alberto Meneses



VERÓNICA CUEVAS 4

Versión 1.0: diciembre, 2023

Índice

Suscríbete a mi lista

Si te suscribes a mi lista de correo podrás conseguir gratis **Los muertos no se ahogan,** la primera novela de la serie Roberto Fuentes.

Lista de correo de Alberto Meneses



Una bala nunca miente

1

Los rayos de sol se reflejaban sobre las aguas del río Támesis, creando destellos que se rompían con las olas provocadas por el barco cargado de turistas que lo transitaba en ese momento. La temperatura era agradable, lo que había animado a un gran número de personas a caminar por el paseo que transcurría pegado al río, algunas de ellas incluso sin chaqueta. No era el caso de Verónica, que decidió no quitarse el jersey que llevaba puesto para no perder de vista ni un solo segundo al hombre que seguía.

Tras dejar a su espalda el Tower Bridge, pasó al lado del London City Hall, el edificio con aquella extraña forma de esfera inclinada. Varios policías vigilaban el acceso, lo que hizo que se sintiese un poco más arropada. Le parecía increíble que solo unas horas antes estuviese caminando por el puerto de Santander y ahora lo hiciese a orillas del Támesis.

El motivo no era otro que Richard Brown.

Cuatro días antes había aparecido en una de las playas de Laredo el cuerpo sin vida de una mujer llamada Paloma Riesgo Álvarez, asesinada de un disparo en la cabeza. Verónica, recién llegada como inspectora a su nuevo destino en la comisaría de Santander, había tomado el mando de la investigación dos días después del suceso, cuando las diligencias previas ya estaban iniciadas y las primeras declaraciones de los testigos apuntaban a un claro sospechoso: Richard Brown, un turista inglés de cuarenta y cinco años con el que la víctima había tomado unas copas en un bar de Laredo la noche de su muerte. Las respuestas evasivas que dio al subinspector que lo interrogó hicieron que Verónica sospechase de él, más aún cuando Scotland Yard les remitió la documentación con sus antecedentes. Entre ellos constaba un cargo por acoso y agresión que estaba pendiente de juicio.

Recibieron una petición formal del cuerpo policial inglés para vigilar a Brown mientras estuviese en suelo español y coordinar su detención en cuanto alguno de sus agentes se trasladase a España para ayudar en el interrogatorio. Se suponía que eso sucedería a última hora de ese día, pero por la mañana el sospechoso había salido de su hotel en Laredo para dirigirse a la ciudad de Santander, donde tomó un café en un bar cercano a la estación de autobuses.

En ese momento, Verónica participaba en el seguimiento junto con uno de los subinspectores de su nueva comisaría. Cuando Brown salió

del bar, decidió seguir sus pasos a pie, allí donde fuese, mientras su compañero se quedaba en el vehículo por si necesitaba apoyo. No esperaba que el sospechoso se dirigiese al cercano muelle en el que se cogía el ferri a Portsmouth. Una hora después, Verónica se encontraba subida a un barco con destino al Reino Unido, cruzando el mar Cantábrico y solo con lo puesto.

Por suerte para ella, y una vez se puso en contacto con el comisario Antúnez para comunicarle su situación, recibió una llamada de Frederick Williams, un comandante de Scotland Yard. Este le pidió que siguiese al sospechoso en todo momento, al menos hasta que ellos pudiesen hacerse cargo del seguimiento.

Una vez en Portsmouth, Brown tomó un tren a Londres y allí un taxi hasta Tower Bridge. Verónica se sintió extraña solicitando al conductor del taxi al que se subió que no perdiese de vista al que tenía delante. El taxista, un pelirrojo corpulento de marcado acento escocés, se limitó a asentir con la cabeza, como si estuviese acostumbrado a que los pasajeros le pidiesen cosas así.

Antes de llegar al emblemático puente de Londres, recibió una nueva llamada del comandante Williams, para confirmarle que ya tenían un dispositivo montado y que le tomarían el relevo una vez abandonase el taxi. A pesar de eso, cuando se detuvieron al sur de Tower Bridge, Verónica decidió seguir los pasos del sospechoso hasta estar segura de que la policía inglesa estaba en condiciones reales de darle el relevo.

Después de caminar junto al río Támesis y dejar atrás el City Hall, Brown tomó una rampa a su izquierda, por la que se dirigió a un edificio con amplias cristaleras y forma de vela gigante, en cuya planta baja se encontraba un pub. Delante de la entrada había una pequeña plaza, decorada con un cubo de piedra de un metro de alto, apoyado sobre uno de sus vértices. Varios niños corrían entre los chorros de agua vertical que salían del suelo y que se activaban de forma intermitente, mientras una de las madres sentadas en un banco de piedra cercano les pedía con gestos que saliesen de allí.

Brown se quitó la cazadora antes de entrar en el pub, dejando a la vista el llamativo jersey amarillo que llevaba debajo. Verónica dudó si seguirle también al interior o quedarse fuera. La llamada que recibió en ese momento en su teléfono, la sacó de dudas.

—Inspectora, no es necesario que siga. Ya nos encargamos nosotros —le informó el comandante Williams.

—No hay problema, me quedaré fuera —le respondió ella.

—Es mejor que se mantenga al margen —insistió él.

Después de tantas horas de seguimiento, al menos quería ver cómo acababa aquello.

—Lo haré, pero, si no le importa, esperaré fuera hasta que le

detengan.

—No es seguro que le detengamos en este momento. Antes queremos ver con quién se reúne en ese local. Es mejor que se aleje.

—¿Para ir a dónde? No tengo otro sitio mejor en el que estar ahora mismo.

Tras unos segundos de silencio, el inglés dijo:

—Está bien, quédese por la zona y en cuanto pueda le mandaré un agente para que la acompañe a un hotel en el que hospedarse.

—De acuerdo.

Verónica decidió sentarse en otro de los bancos de piedra, cercano al grupo de madres. Desde esa posición vio cómo varias personas entraban y salían del pub. Supuso que alguna de ellas sería un agente de policía vestido de paisano, aunque no logró adivinar quién.

Y tampoco tuvo tiempo.

De pronto llegó a sus oídos el eco de un disparo, seguido al momento por numerosos gritos de terror. La gente comenzó a salir despavorida del pub, huyendo en distintas direcciones en cuanto se encontraron en la calle. Por el miedo que se reflejaba en sus ojos, intuyó que algo muy grave había sucedido dentro del local.

—¿Qué ocurre? —preguntó en inglés a una pareja de jóvenes que corrían cogidos de la mano.

—Le han disparado a un hombre —dijo él pasando a su lado, sin detenerse.

—¿Qué hombre?

—Uno con un jersey amarillo —le escuchó decir mientras se alejaba.

A la vez que eso sucedía, dos hombres entraron en el local pistola en mano, lo que le dio a entender que se trataba de policías ingleses de paisano.

Iba a seguir sus pasos cuando hubo algo que llamó su atención: una persona que salió del pub escudada por dos civiles y que se alejó en dirección contraria al resto, dándole la espalda. Vestía una sudadera gris con capucha, que usaba para cubrirse la cabeza, lo que impidió que pudiese verle el rostro. No se habría fijado en ella de no ser porque desentonaba con lo que estaba ocurriendo. Mientras todo el mundo huía despavorido, esa persona se marchaba con aparente tranquilidad, sin mirar atrás y con las manos en los bolsillos. Si alguien había disparado a Richard Brown dentro del pub, existían muchas posibilidades de que estuviese implicada, por eso sacó su pistola y corrió detrás.

La siguió por una calle que bordeaba el edificio a su izquierda, hasta perder de vista la entrada al pub. Estaba solo a unos cinco metros de alcanzarla cuando se detuvo y alzó el arma para apuntarle por la espalda.

—¡Alto, policía! —gritó en inglés—. ¡Dese la vuelta muy despacio o disparo!

La persona se detuvo y durante unos segundos permaneció inmóvil. Eso hizo que ella se preparase para disparar al menor movimiento sospechoso.

—Levante las manos y dese la vuelta despacio —reiteró.

Al escuchar eso, la persona alzó las manos por encima de su cabeza y se giró lentamente para mirarla de frente.

—Hola, Vero —dijo a la vez que se quitaba la capucha y mostraba su rostro con claridad.

Ella se quedó paralizada, mirándole a los ojos, mientras bajaba la pistola hasta apuntar al suelo. Necesitó varios segundos para asimilar lo que estaba ocurriendo.

Solo entonces fue capaz de murmurar:

—¿Santi?

2

Tras unos segundos de tenso silencio, Santi bajó los brazos y preguntó:
—¿Qué haces aquí?

—¿Y tú? —le replicó ella.

—Estaba esperando a un amigo para tomar algo en ese pub.

—¡Venga, no me jodas! Menuda coincidencia.

—¿Qué quieres decir?

—Matan a un hombre en el pub en el que estabas y acto seguido sales por la puerta como si nada.

—¿Crees que tuve algo que ver con su muerte? —preguntó con una ligera sonrisa, que se borró en cuanto escuchó su réplica.

—Me parece demasiada casualidad.

—¿En serio crees que lo he matado yo?

—No lo sé, yo no estaba dentro.

—Te aseguro que no he tenido nada que ver.

Mientras hablaban, Verónica se dio cuenta de que la mirada de Santi estaba pendiente de todo lo que ocurría a espaldas de ella.

—¿Entonces qué haces aquí? —preguntó.

—Ya te lo he dicho, había quedado con un amigo. ¿Y tú?

—Estaba siguiendo a la víctima.

—¿Por qué?

—Era sospechoso de un asesinato cometido en España.

La expresión de Santi fue de sorpresa.

—¿Y le has seguido hasta Londres?

—Es un poco largo de explicar, pero sí, he llegado a Inglaterra siguiéndole. Scotland Yard me pidió que no lo perdiese de vista hasta que ellos pudiesen hacerse cargo de la vigilancia. Al menos eso me dijo el comandante que se comunicó conmigo, un tal Williams.

Al oír eso, Santi frunció el ceño y acercó a ella.

—Escúchame, Vero. Tienes que largarte de aquí cuanto antes y regresar a España.

—¿Por qué?

—No te lo puedo explicar, pero si te quedas tu vida podría correr peligro.

—¿De qué me estás hablando?

—Guarda la pistola y sígueme. Te acompañaré al aeropuerto para asegurarme de que regresas a casa sana y salva.

—No voy a ir a ninguna parte hasta saber lo que está pasando —le replicó tajante, mientras guardaba la pistola en su funda.

—Te lo explicaré más tarde.

Ella le miró a los ojos durante unos segundos. Estaba claro que Santi le ocultaba algo y que sabía más sobre lo ocurrido de lo que decía.

—Pensé que no tenías nada que ver con ese tiroteo —dijo finalmente.

—Y no tengo nada que ver.

—Pero conocías a la víctima, ¿verdad?

Ahora fue Santi el que se tomó un tiempo para meditar su respuesta.

—Lo único que necesitas saber es que no he tenido nada que ver con su muerte.

—Entonces explícame qué hacías aquí.

—Cumplir la promesa que te hice la última vez que nos vimos.

—¿Qué promesa?

—La de desligarme de mi trabajo.

—Pero…

La voz de Verónica se cortó de golpe cuando escuchó la melodía de su teléfono y sintió este vibrar en el bolsillo de su pantalón vaquero, así que lo sacó para responder. Por el número que apareció en pantalla, dedujo que era el comandante Williams, de Scotland Yard.

—¿Sí?

—¿Dónde está, inspectora? —escuchó su voz.

—Afuera, en la calle.

—No la veo.

Verónica se giró para mirar en esa dirección, dándole la espalda a Santi. Desde esa posición no se veía la entrada al local.

—¿Dónde está usted?

—En la pequeña plaza que hay frente a la entrada al pub. Quiero que se reúna aquí conmigo —ordenó Williams—. Han asesinado a Richard Brown.

—Lo sé, he escuchado el disparo y un testigo me dijo que habían matado a un hombre con jersey amarillo. Supuse que era él.

—Así es.

—¿Tienen al autor del disparo?

—No.

—¿Quiere decir que ha logrado escapar? —preguntó sin atreverse a darse la vuelta para mirar a Santi.

—Lo hizo aprovechando el caos y que la gente que había dentro del local huía a la carrera, asustada.

—Al menos alguien le habrá identificado.

—Es lo que tenemos que averiguar.

—Entiendo —murmuró.

—Escuche, inspectora. No tengo tiempo para seguir hablando con

usted por teléfono. Necesito que venga aquí lo antes posible.

—Sí, no se preocupe. Voy ahora mismo.

Verónica cortó la llamada y, cuando se giró para seguir hablando con Santi, se encontró con que ya no estaba.

Había desaparecido sin dejar rastro.

~

Verónica regresó a la pequeña plaza que había frente a la entrada al local, donde ya no se encontraban las madres con sus hijos. Tampoco había más civiles. Varios policías de uniforme estaban montando un cordón policial para mantenerlos alejados.

Quien sí estaba era Williams, un hombre bastante alto y de pelo grisáceo, con el rostro poblado de arrugas. Imaginó que andaría muy por encima de los cincuenta años. No le gustó su semblante cuando se reunió con él, demasiado serio y distante, mirándola por encima del hombro con cierto aire de superioridad. Pensó que sería una característica de los altos cargos de la policía inglesa. Vestía de paisano, con un traje oscuro y gabardina gris, a pesar de la buena temperatura.

—¿De dónde viene, inspectora? —fue lo primero que le preguntó.

—Creí ver a alguien sospechoso y decidí seguirle —respondió ella—, pero era una falsa alarma.

—Lo mejor será que la saquemos de aquí.

—Antes me gustaría saber qué ha ocurrido en el interior de ese pub.

—No es un asunto que competa a la policía española —dijo con sonora prepotencia.

Verónica tuvo que respirar hondo para no decir algo inapropiado.

—Escuche, he seguido al sospechoso desde España hasta aquí. Creo que al menos me merezco una breve explicación. ¿O prefiere que me dedique a hablar con los testigos que estaban dentro?

El inglés apretó los dientes, contrariado.

—Alguien le disparó cuando estaba en el pub —dijo de manera escueta.

—Eso ya me lo ha dicho antes y también que el asesino consiguió escapar.

—Creemos que aprovechó el caos que se produjo tras el disparo para huir entre la gente que salía del local presa del pánico —¿Saben al menos cómo iba vestido?

—Llevaba una sudadera oscura con una capucha que le cubría la cabeza. —Verónica contuvo la respiración al escuchar eso—. Es lo que nos ha dicho el único testigo que de momento parece haberle visto.

—¿Y le vio la cara?

—Escuche, ya le he dicho que este es un asunto de la policía inglesa —afirmó con voz enérgica—. Es mejor que se olvide del tema.

Verónica tenía claro que no iba a poder olvidarlo. ¿Sería posible que Santi fuese el asesino? No era lo que había visto en su mirada al hablar con él unos minutos antes, pero eso no significaba que no hubiese sido capaz de engañarla. Por eso necesitaba saber más sobre el crimen.

—¿Por qué le han matado?

Williams se encogió de hombros.

—¿A Brown? Era un acosador y un violador. ¡Y un asesino! —añadió con aparente rabia—. Ya vio cómo asesinó a esa pobre mujer en España. Un monstruo así tiene muchos enemigos y es normal que alguien se tome la justicia por su mano.

Verónica iba a replicarle que todavía no estaba claro que Richard Brown fuese el asesino, pero Williams alzó la mano para llamar la atención de uno de los policías que había en la zona. Se alejó unos metros de Verónica para hablar con él a solas, y luego regresaron juntos.

—El agente Dick la acompañará a un hotel para que descanse del viaje —le explicó Williams—. Mañana la recogerá para acercarla al aeropuerto y que regrese a España. No se preocupe, nosotros correremos con todos los gastos.

—¿Y aquí termina todo? —protestó ella.

—En lo que respecta a usted, sí. Gracias por su ayuda, inspectora.

El comandante se alejó sin darle tiempo a la réplica.

Verónica no podía creerse que no fuese a darle más explicaciones sobre lo ocurrido, por eso amagó con seguirle. El policía que debía llevarla al hotel se lo impidió cortándole el paso.

—Por favor, acompáñeme.

Por un momento pensó en apartarle de su camino, pero se convenció a sí misma de que no merecía la pena. Estaba claro que no iba a sacarle más información, así que lo mejor era descansar y regresar a España al día siguiente.

En cuanto a Santi y su probable implicación en el asesinato de Richard Brown, era algo que no terminaba de ver claro, y Williams no la iba a sacar de dudas. En ese momento se sentía demasiado cansada y confusa como para darle más vueltas al tema.

Además, algo le decía que iba a tardar mucho tiempo en volver a ver a Santi.

3

La vida de Verónica durante el último año había sido bastante ajetreada.

Tras el curso realizado con el FBI en Quantico, y los sucesos en los que se vio envuelta a su regreso a España, su vida había dado un giro de ciento ochenta grados. Destinada —o desterrada, más bien— a la Comisaría Provincial de Soria, todo cambió cuando presentó la solicitud para el ascenso a inspectora.

La necesidad urgente de inspectores dentro del Cuerpo Nacional de Policía había provocado una modificación en los planes de estudios y que por primera vez solo fuese necesario un año para obtener el ascenso, en lugar de los dos que se requerían hasta entonces. Una medida que creó mucho malestar dentro de la Policía, en especial entre aquellos que habían necesitado dos años de estudios para conseguir el preciado ascenso a inspector.

Tres meses y medio de estudio a distancia, y seis meses presenciales en la Academia de Ávila, bastaron para que se pusiese en su uniforme la divisa de inspectora y comenzase una nueva etapa en su vida laboral.

Santander era su primer destino en el nuevo empleo. Atrás había quedado la Brigada de Homicidios y Desaparecidos y su sueño de desarrollar un trabajo para el que pensaba que había nacido. Atrapar psicópatas y asesinos en serie formando parte de la Brigada de Homicidios siempre había sido su sueño, pero ahora tenía que asumir que esa etapa de su vida había acabado y centrarse en su nuevo trabajo.

Para empezar, tenía que cerrar la investigación que la había llevado hasta Londres. Ya no podía obtener una confesión de Richard Brown, aunque parecía bastante probable que fuese el asesino de Paloma Riesgo. Por ese motivo decidió que lo mejor era regresar a España y cerrar el caso. Esa mañana un coche la recogería para llevarla al aeropuerto de Londres-Stansted y con un poco de suerte estaría en casa para la hora de comer.

Desayunó tranquilamente en el hotel y a las nueve de la mañana el mismo agente uniformado que la había acompañado el día anterior la recogió en la puerta.

—Buenos días —le dijo al sentarse a su lado en el asiento del acompañante.

—Buenos días. Tenemos que pasar por la comisaría antes de ir al

aeropuerto. El comandante Williams quiere hablar con usted.

Verónica estuvo tentada de preguntarle de qué quería hablar con ella, pero supuso que no se lo diría, así que se acomodó en su asiento mientras recorrían las calles de la ciudad.

Conocía Londres de una visita corta de cinco días siendo estudiante. Hacía bastantes años de aquello, por eso se maravilló cuando cruzaron el puente de Westminster sobre el río Támesis, dejando a su izquierda el imponente Big Ben. En ese momento pensó que sería buena idea regresar para visitar la ciudad con más tranquilidad.

Giraron a la derecha, para circular paralelos al río, y un minuto después estaban aparcando en las instalaciones de New Scotland Yard. Un edificio muy sobrio de mármol blanco con el característico letrero que lo identificaba.

Al bajar del vehículo, solo pensó en que la estancia allí fuese lo más breve posible.

~

Atravesaba el *hall* de entrada al edificio, siguiendo los pasos del agente que la había llevado hasta allí, cuando entre las distintas personas con las que se cruzó vio un rostro que reconoció al instante.

—¡Brendan!

El espigado detective irlandés, con el que había compartido curso en Quantico un año atrás, se detuvo frente a ella y la miró con expresión de sorpresa.

—¿Cuevas? ¿Qué haces aquí?

Ella, llevada por la emoción de encontrarse con alguien conocido en un ambiente tan ajeno, se acercó y le dio un beso en cada mejilla.

—No sabes cuánto me alegra verte. ¿Qué tal todo?

—Muy bien —dijo el pelirrojo, mostrando un visible rubor en sus mejillas—. Me destinaron a Londres en cuanto regresé de los Estados Unidos. ¿Qué tal tú?

—No me puedo quejar. Solo estoy de paso. Regreso ahora a España, aunque antes tengo que ver al comandante Williams.

Al escuchar eso, Brendan perdió la sonrisa y miró a su alrededor antes de preguntar en voz baja:

—¿Has tenido algún problema con él?

—No. Imagino que querrá despedirse de mí. Llegué ayer aquí, después de seguir a un sospechoso desde España, un ciudadano inglés al que luego mataron en un pub. Williams fue mi contacto con Scotland Yard.

—Algo he escuchado sobre ese asunto. —El irlandés la cogió del brazo y se la llevó unos metros para alejarse del agente que la

acompañaba—. Ten cuidado con Williams.

—¿Por qué?

—Es un tío con muy mala fama. Fue militar en el pasado y ahora es el jefe de la Unidad Antiterrorista en Londres. Se dice que tiene fuertes vínculos con los servicios de inteligencia ingleses. Por lo que sé, la gente de aquí procura mantenerse alejada de él.

—Lo tendré en cuenta, aunque ya te digo que me vuelvo a España en cuanto hable con él.

—Es una pena —dijo Brendan recuperando la sonrisa—. Me habría encantado invitarte a comer y así recordar nuestras vivencias en Quantico.

—Otra vez será. Tengo pensado volver un día de estos de vacaciones. Londres es una ciudad que me encanta.

—Si lo haces no dudes en llamarme y quedamos para vernos.

—Lo haré.

Verónica se despidió dándole de nuevo dos besos y siguió los pasos del agente hasta los ascensores situados al fondo. Allí se subieron a uno que les condujo a la cuarta planta, donde recorrieron un largo pasillo hasta llegar al último despacho. Dentro esperaba el comandante Williams, sentado tras un escritorio de madera que parecía sacado de un museo. A su lado, de pie, había un hombre joven de cabello rubio y mirada inquietante.

La expresión de ambos era tensa y no tardó en conocer el motivo.

—Me temo que va a tener que retrasar su viaje de regreso a España, inspectora —dijo Williams con voz profunda.

4

Verónica se mantuvo tranquila a pesar del frío recibimiento, que le pareció de todo menos amistoso.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

—Me temo que sí. ¿Quién es el hombre con el que habló ayer después del tiroteo?

—¿Cómo dice?

—El hombre de sudadera gris y capucha.

Verónica intentó mantenerse tranquila, al menos en apariencia, mientras se preguntaba cómo aquel hombre conocía su encuentro con Santi. No tardó en saber la respuesta.

—Una cámara cercana lo grabó todo —añadió Williams entrecerrando los ojos.

—Es un viejo amigo.

—¿Qué tipo de amigo?

—Un amigo —le replicó ella con sequedad—. ¿Qué ocurre? ¿A qué viene esto?

—Viene a que salió detrás de él, apuntándole con su pistola, y luego le dejó escapar.

—No le dejé escapar. Pensé que podía ser el autor del disparo, por eso le seguí, pero al reconocerle bajé el arma. Luego usted me llamó por teléfono, le di la espalda y cuando terminé de hablar había desaparecido.

—¿Se largó sin más?

—Eso parece, aunque tampoco teníamos mucho que decirnos.

—Todavía no me ha dicho su nombre.

—Santi.

—Santi… ¿qué más? —acentuó Williams.

—No tengo ni idea y tampoco sé a qué se dedica, si es lo siguiente que va a preguntarme. —El comandante la miró contrariado, por eso se apresuró a añadir—: Lo conocí en España hace ya bastante tiempo, aunque no tuvimos mucha relación, y me sorprendió encontrarle aquí, en Londres. Nada más.

—¿Nada más? —preguntó con mirada desconfiada—. ¿Por qué le persiguió con su arma?

—Se lo he dicho. Le vi salir del pub y decidí seguirle. ¿Va a decirme que tuvo algo que ver con lo ocurrido?

—Aquí soy yo el que hace las preguntas —replicó Williams con voz autoritaria—. ¿Le dijo ese hombre qué hacía dentro de ese pub?

—Que había quedado con un amigo. ¿Qué es lo que ocurre? ¿Es que Santi tiene algo que ver con el asesinato de Richard Brown?

Verónica contuvo la respiración hasta escuchar la respuesta.

—Todavía lo estamos investigando.

—Usted dijo que el asesino llevaba una sudadera oscura con capucha.

—Lo estamos investigando —reiteró.

Esa respuesta no le servía. Si Santi era el autor del asesinato, necesitaba saberlo.

—¿Por qué iba a querer asesinarle?

—Eso forma parte de la investigación —respondió Williams—. Lo que quiero saber es si habló usted con Richard Brown en algún momento.

—¿Se refiere a durante el viaje?

—Me refiero a si habló con él desde que fue sospechoso de ese crimen en España.

—No, nunca hablé con él.

—¿No le interrogó como sospechoso del asesinato de esa mujer?

—Lo hizo uno de mis compañeros, antes de que yo me incorporase al caso.

En ese momento, Williams miró al rubio que tenía a su lado, que se limitó a asentir ligeramente con la cabeza en señal de conformidad, y luego posó los ojos de nuevo en ella.

—El inspector la acompañará al aeropuerto. —Verónica supuso que se refería al rubio—. De ese modo no tendrá problemas para pasar por el control con su arma.

—No los tuve cuando vine en ferri.

—Porque habíamos dado el aviso para que la dejasen pasar, pero las normas en los aeropuertos son diferentes. —Williams se puso en pie, le entregó el billete de avión y luego le tendió la mano—. Su vuelo sale en tres horas. Gracias por su ayuda.

—No hay de qué —respondió, estrechándosela.

Acto seguido salió del despacho tras los pasos del inspector de cabello rubio, con la extraña sensación de que había algo en aquel breve encuentro que no le encajaba. El día anterior Williams no había mostrado ningún interés en conocer cada uno de sus pasos en el seguimiento de Richard Brown hasta llegar a Londres. Ninguna pregunta sobre sus movimientos. Es más, tras el tiroteo se había mostrado bastante distante con ella. Una actitud que parecía haber cambiado tras saber que había hablado con Santi, justo después del asesinato de Brown. ¿A qué venía ese interés por él? ¿Y por qué quería saber si había hablado con la víctima?

De cualquier modo, en pocas horas estaría de vuelta en casa, así que decidió no preocuparse más por ese asunto. Salieron del edificio,

donde les esperaba un coche negro con las lunas tintadas. Verónica se subió en el asiento trasero, mientras el inspector lo hacía en el del acompañante. Al volante iba un hombre calvo con gafas de sol que no se molestó en volverse para mirarla y que arrancó en cuanto cerraron las puertas.

Durante más de quince minutos estuvieron callejeando por las calles de la capital inglesa, hasta dejar atrás los edificios y circular por una autovía de tres carriles con bastante tráfico. Ninguno de los dos abrió la boca en el trayecto, así que aprovechó para revisar en su teléfono las últimas noticias en España. Todas estaban relacionadas con la política y la inestabilidad en el gobierno actual. Nada nuevo que despertase su interés. Hacía tiempo ya que la política había dejado de importarle.

La única noticia que llamó algo su atención fue una relacionada con el descubrimiento de una inteligencia artificial capaz de identificar asesinos en serie por los mensajes que dejaban en redes sociales.

Estaba tan pendiente de la lectura que no se dio cuenta de lo que hablaban conductor y acompañante, hasta que escuchó al rubio decir:

—Sigue y no pares hasta llegar.

Verónica alzó la vista y vio que habían abandonado la autovía para tomar una carretera de un único carril en cada sentido. Supuso que estaban llegando al aeropuerto, a pesar de que no vio ningún edificio cercano. Pocos minutos después, tomaron un camino de tierra a la izquierda que les llevó a una zona arbolada, en cuyo interior se encontraba lo que parecía ser una vieja granja. Eso la alarmó.

—¿Dónde vamos?

Ninguno de los dos respondió. Parecían más pendientes de lo que ocurría detrás del vehículo, por cómo ambos miraban por sus respectivos retrovisores. Verónica se volvió a su espalda para observar al coche que les seguía bastante cerca, aunque el polvo que levantaba el camino no le permitió identificar quién iba dentro.

—¿Qué ocurre? —dijo mirando de nuevo al frente.

Los dos policías ingleses la ignoraron. El conductor detuvo el vehículo a pocos metros de un edificio medio derruido y el rubio abrió la puerta de golpe para bajarse de un salto, mientras echaba la mano de la pistola que llevaba en la cadera.

Apenas había dado tres pasos hacia la parte trasera del vehículo cuando se desplomó en el suelo víctima de un disparo.

5

Todo ocurrió demasiado rápido.

Mientras el rubio caía al suelo, su compañero abrió su puerta y salió al exterior pistola en mano. No tuvo mejor suerte que él. Un disparo lo tumbó antes de que tuviese tiempo siquiera de alzar el arma.

La reacción de Verónica fue agacharse en su asiento y desenfundar la pistola, atenta a cualquier movimiento en el exterior del vehículo. No tenía ni idea de lo que estaba sucediendo, pero el hecho de que alguien hubiese abatido a los dos policías le indicaba que su vida corría un gran peligro.

Lo primero que se le pasó por la cabeza fue que el autor de los disparos fuese el asesino de Richard Brown y que su objetivo fuese eliminar a cualquier testigo que pudiese identificarle. No se podía dialogar con alguien así, por lo que tenía que pensar en una manera de escapar de allí.

Salir al exterior no era una opción, dadas las pocas posibilidades que habían tenido los policías que la acompañaban. Lo mejor era moverse al asiento del conductor y tratar de huir acelerando el vehículo a fondo, que por suerte tenía el motor en marcha. El problema era que no sabía hacia dónde dirigirse.

Por algún extraño motivo, los dos policías habían abandonado la autovía para llevarla a un lugar bastante apartado. Quizás para despistar al coche que les seguía o para enfrentarse a quien fuese dentro de él. De cualquier modo, necesitaba huir y llamar a Wiliams para pedirle ayuda. Era la única opción si quería salvar la vida.

Tengo que salir de aquí, pensó para darse ánimos.

Estaba a punto de moverse cuando escuchó un nuevo disparo, seguido a los pocos segundos de otro. Dado que habían sonado demasiado cerca, supuso que el asesino había rematado a los dos policías. Eso hizo que se replantease la idea de moverse de su asiento y se preparase para usar su arma. Miró a su alrededor sin levantar mucho la cabeza, lo justo para ver dónde se encontraba el tirador. Tenía que disparar antes de que lo hiciese él.

Fue entonces cuando escuchó una voz que la dejó paralizada.

—¡Tranquila, Vero, ya estás a salvo!

Era una voz de hombre, en un perfecto español. Aun así, decidió no moverse. Se agachó de nuevo y amartilló el arma.

—¡Vero, soy Santi! —insistió la voz.

¿Santi?, repitió en su cabeza mientras notaba cómo la confusión hacía presa en ella. ¿Qué hacía allí Santi? ¿Y por qué había disparado a los dos policías?

La única respuesta lógica que encontró fue que Santi hubiese matado a Richard Brown. Él era el asesino al que buscaba Scotland Yard y estaba allí para terminar el trabajo.

Su siguiente objetivo era ella.

—¡Ya puedes salir, ha pasado el peligro! —insistió él.

A pesar de que escuchaba su voz con claridad, no supo adivinar dónde se encontraba, si detrás del vehículo o a uno de los lados. Eso reducía bastante sus posibilidades de defenderse y abatirle.

—¿Por qué has matado a esos policías? —preguntó para ganar tiempo.

—No eran policías.

—¿Cómo que no eran policías?

—Por favor, sal del vehículo. Tengo que sacarte de aquí.

Verónica se incorporó ligeramente para mirar por encima del respaldo del asiento, a la vez que acercaba la pistola al pecho por si tenía que disparar. Santi estaba a unos cinco metros de la parte trasera del vehículo, con la pistola pegada al cuerpo y apuntando al suelo.

—Quiero que tires tu arma —le ordenó.

—No tenemos tiempo para eso.

—¡He dicho que la tires! —le gritó con todas sus fuerzas.

Santi obedeció y depositó la pistola en el suelo, a su lado. Luego levantó las manos a la altura de la cabeza.

—Yo no soy a quien debes temer.

—Retrocede unos pasos.

—De acuerdo.

En cuanto lo hizo, Verónica abrió la puerta y salió del vehículo.

—¿Por qué les has matado? —preguntó apuntándole, sin moverse de su posición junto al coche.

—Porque ellos iban a matarte a ti.

—¿De qué coño estás hablando? Eran policías.

—Ya te he dicho que no lo eran. Pertenecían a una organización que nada tiene que ver con Scotland Yard.

—¿Cómo sabes eso?

—Te lo explicaré todo, pero antes tengo que sacarte de aquí.

—¿Para llevarme dónde?

—Al aeropuerto. Tienes que regresar a España antes de que nadie descubra lo ocurrido.

—No me voy a mover de aquí hasta que me expliques lo que está pasando —dijo con voz firme.

Santi carraspeó, contrariado, y asintió con la cabeza.

—Está bien. Richard Brown no era ningún delincuente ni un

asesino. Solo era alguien que sabía más de lo que debía y que cometió el error de regresar a Londres en busca de ayuda.

—¿Eso quiere decir que le conocías?

—De verdad, Vero, confía en mí. Tengo que sacarte de aquí lo antes posible para que vuelvas a casa. Allí no correrás ningún peligro, pero si te quedas aquí no puedo garantizar tu seguridad.

Verónica bajó el arma, aunque se mantuvo en tensión.

—¿Por qué se supone que iban a matarme?

Santi bajó la mirada al suelo un par de segundos y luego la alzó para decir: —Porque te vieron hablando conmigo.

6

Santi arrastró los cuerpos hasta unos matorrales, donde los ocultó tan bien como pudo, y luego se subió al vehículo de los dos supuestos policías. A petición suya, Verónica se sentó en el asiento trasero.

—En el aeropuerto hay cámaras —se justificó él—. Es mejor que te vean bajar de la parte de atrás. Yo luego regresaré para deshacerme de este coche y de los cuerpos.

Estaba tan desconcertada que en un primer momento no supo qué decir. No fue hasta que dejaron atrás la granja por el camino de tierra, y tomaron la carretera que debía llevarles de vuelta a la autovía, que preguntó: —¿Vas a contarme lo que está pasando?

—Lo primero que debes saber es que yo no tuve nada que ver con la muerte de Richard Brown, aunque sí lo conocía.

—¿De qué lo conocías?

—Estuvo varios años de operativo en Afganistán, llevando las comunicaciones en una empresa ajena a la mía. Nos conocimos allí y entablamos una buena amistad. Justo antes de que yo dejase Red Point y regresase a España, me contó que estaba acojonado porque sabía algo que no debía y necesitaba desaparecer una temporada. No me dijo el qué y yo tampoco quise saberlo. Lo que no me imaginaba era que se hubiese escondido en España todo este tiempo.

—¿Eso fue antes de que tú y yo nos conociésemos? —preguntó Verónica.

—Sí. ¿Por qué le seguías?

—Tu amigo era sospechoso de un asesinato.

—Richard no era un asesino, te lo aseguro.

—Pues las respuestas que dio cuando le preguntaron por el asesinato de una mujer fueron bastante incongruentes.

—¿En qué sentido?

—Primero afirmó que no la conocía. Luego, cuando el policía que le interrogó dijo que un testigo les había visto juntos en una cafetería, cambió de versión y aseguró que solo habían hablado un momento. Tu amigo nos mintió. Sabemos que estuvo varios minutos charlando con ella y que luego la acompañó a su coche, algo que también negó.

—¿Y le detuviste?

—No, porque no me hice cargo de la investigación hasta dos días después de encontrar el cadáver, así que, antes de nada, decidí ponerme en contacto con Scotland Yard para solicitar sus antecedentes. La respuesta fue que estaba pendiente de juicio por

acoso y agresión y me pidieron que le mantuviésemos bajo vigilancia hasta enviarnos a alguien que nos ayudaría durante el interrogatorio. Se suponía que no debíamos detenerlo hasta entonces, pero tu amigo viajó a Londres y tuve que seguirle. De camino recibí una llamada de Scotland Yard para que no le perdiese de vista hasta que montasen su propio dispositivo de seguimiento.

—¿Quién te llamó?

—El comandante Williams, de Scotland Yard.

Santi resopló antes de decir:

—Lo conozco y no es quien tú crees.

—¿Qué quieres decir?

—Por ese motivo me largué ayer mientras hablabas con él por teléfono. Te oí llamarle por su nombre y sabía que si te veía conmigo te pondría en peligro.

—No entiendo por qué.

—Puede que ese tío ocupe ahora un cargo importante dentro de Scotland Yard, pero te aseguro que tiene un pasado bastante turbio. Siendo militar, realizó misiones de contrainteligencia en Irak y Afganistán. Nunca traté con él en persona, pero no he escuchado nada bueno de la gente que le conoce.

Eso hizo que Verónica recordase algo.

—Esta mañana me llevaron al edificio de Scotland Yard para verle y me encontré con un inspector que hizo conmigo el curso del FBI. Cuando le conté que estaba allí para ver a Williams me dijo que tuviese cuidado con él.

—¿Qué es lo que quería Williams de ti?

—Conocer mi relación contigo. Dijo que nos había visto hablar después del tiroteo, a través de una de las cámaras de la calle.

Él asintió con la cabeza.

—Ya sabes el motivo por el que querían asesinarte.

—No lo entiendo.

Santi guardó silencio unos segundos, mientras se incorporaban a la autovía, y luego prosiguió.

—Cuando esta mañana te vi subir a ese coche en Scotland Yard, supe que estabas en peligro.

—¿Me estabas siguiendo? —preguntó ella, desconcertada.

—Desde anoche. Averigüe el hotel donde estabas alojada y estuve toda la noche vigilando la entrada. Quería asegurarme de que regresabas a casa sana y salva.

—Lo siento, pero cada vez comprendo menos.

—Richard Brown no tuvo nada que ver con el asesinato de esa mujer que comentas. Lo más probable es que le tendiesen una trampa. Debió venir a Londres en busca de ayuda y lo asesinaron en cuanto tuvieron ocasión.

—¿Viste lo que ocurrió dentro del pub?

—Sí. Richard Brown estaba en la barra hablando con alguien cuando el tirador se acercó a él por la espalda y le pegó un tiro en la nuca. Luego huyó por la cocina aprovechando el caos que se produjo a continuación.

—¿Y pudiste verle la cara?

—Con bastante claridad, por eso supe que estabas en peligro —dijo con voz profunda, para luego añadir—: El asesino de Richard Brown es el tipo rubio con el que te subiste al coche.

—¡Joder!

—Creo que pensaron que sabías algo y por eso te llevaron a esa granja abandonada. Seguro que tenían planeado torturarte y luego matarte.

Verónica sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—Pero… —balbuceó mientras trataba de ordenar sus ideas—. ¿Por qué?

—Te lo he dicho, porque te vieron hablando conmigo. Pensarían que Richard y yo habíamos quedado en el bar para que él me pasase esa información y que tú estabas implicada de alguna manera.

—¡Pero eso es absurdo! Yo nunca hablé con él. Solo me limité a seguirle hasta Londres.

—Esa gente no corre riesgos. Por suerte, les detuve a tiempo.

—¿Por suerte? —preguntó incrédula—. ¡Has matado a dos personas!

—Lo hice para salvarte. Lo importante ahora es que regreses a España. Allí estarás a salvo. ¿Tienes billete de avión?

—Sí, me lo dio Williams —dijo, reflexiva—. No me encaja que lo hiciese, si tenía planeado matarme.

—De ese modo se cubría las espaldas. ¿Cuándo sale el vuelo?

Verónica lo sacó del bolsillo trasero del pantalón y lo leyó. Sus manos temblaban.

—Faltan unas dos horas.

—Te llevaré al aeropuerto y cogerás ese avión como si nada de esto hubiese sucedido. Hay cámaras por todo el aeropuerto, así que trata de parecer lo más natural posible. Y, por supuesto, en España nadie debe saber lo ocurrido. ¡Nadie! —remarcó—. Para el resto del mundo, esos dos tipos te llevaron a la terminal y te dejaron allí. Seguro que Williams te llama por teléfono en algún momento durante los próximos días para preguntarte por ellos. Tienes que ser muy clara y no dudar. ¿Me has entendido?

—Sí. —En ese momento Verónica se dio cuenta de algo—. Llevo conmigo la pistola. No sé si me dejarán subir con ella al avión.

—No te preocupes por eso. Tendrás que entregarla a la policía en el control para que la compañía aérea se haga cargo de ella y que te la

devuelvan al aterrizar.

—¿Y tú qué vas a hacer?

Santi la miró a través del espejo retrovisor.

—Limpieza. Me desharé de los cadáveres y del coche, y borraré cualquier rastro que pueda llevarles hasta ti.

—¿Estás seguro de que no me seguirán hasta España?

—Te prometo que haré todo lo posible para que no sea así.

—¿Por qué? —La pregunta flotó en el aire durante unos segundos sin que él dijese nada, por eso ella insistió—. ¿Estás haciendo esto por mí o lo haces por otro motivo?

—¿Qué quieres decir?

—Me pregunto hasta qué punto estás siendo sincero conmigo. Desde que te conozco, lo poco que sé de ti es que trabajas para una empresa de seguridad privada que te contrató porque eras un asesino eficiente. ¿O acaso me equivoco?

—No.

—Aseguras que no tienes nada que ver en la muerte de Richard Brown, pero has matado a dos hombres porque, según tú, iban a torturarme y asesinarme.

—Créeme, es lo que pensaban hacer.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —Al ver que no respondía, añadió—: ¿Es que tú también lo has hecho en alguna ocasión?

—Lo siento, pero no puedo responder a todas tus preguntas. Tendrás que confiar en mí.

—¿Y por qué voy a hacerlo?

—Porque sabes lo que siento por ti —dijo con voz suave, sin perder atención de la carretera, mientras tomaba la salida al aeropuerto.

¿Lo sé?, se preguntó Verónica. Se habían acostado durante su estancia en los Estados Unidos, un encuentro muy especial y difícil de olvidar. Sin embargo, no tenía nada claro que lo que Santi sentía por ella fuese algo más que deseo. En realidad, ni siquiera tenía claro sus sentimientos hacia él.

—Te dije aquel día que dejaría la empresa —aseguró Santi al ver que ella no decía nada—. Por eso estaba en Londres, para desligarme de mi antiguo trabajo para siempre.

—¿Significa eso que ahora ya no podrás hacerlo?

—No, solo que tendré que atar algunos cabos sueltos antes de poder regresar a España… contigo.

Eso hizo que los ojos de Verónica se iluminasen.

—¿Vas a volver a España?

—Esa fue siempre la idea, aunque quizás ahora me retrase un poco más de lo previsto. De todas formas, no quiero que te preocupes por mí. Sigue con tu vida como hasta ahora, como si nada de esto hubiese

ocurrido.

—Eso va a ser algo difícil.

—Eres fuerte y podrás hacerlo. Quizás no tardemos tanto tiempo en volver a vernos como piensas.

7

Al llegar al aeropuerto, Santi apenas detuvo el vehículo unos segundos, los imprescindibles para que Verónica se bajase. En cuanto lo hizo y cerró la puerta, aceleró a fondo, aunque no sin echar un último vistazo por el retrovisor para asegurarse de que entraba en la terminal. Tal y como le había pedido, lo hizo sin mirar atrás.

Le habría encantado acompañarla y asegurarse de que llegaba a casa sana y salva, pero en ese momento lo más urgente era protegerla. Y para conseguirlo iba a tener que usar unas capacidades que poca gente tenía, además de él.

Procuró no sobrepasar los límites de velocidad y regresó al lugar del tiroteo, convencido de que había hecho lo correcto. Desde su encuentro con Verónica en Londres el día anterior, tuvo la sensación de que se había visto envuelta en una trama que podía poner en riesgo su vida. Ese sexto sentido, que en más de una ocasión le había avisado de un peligro, no le fallo en esta ocasión.

Después del tiroteo y tras separarse de ella sin despedirse, lo primero que hizo fue obtener su ubicación, como venía haciendo con cierta regularidad desde su encuentro en los Estados Unidos. Eso le permitió averiguar en qué hotel se alojaba y descubrir aparcado al otro lado de la calle un coche negro de lunas tintadas, que estuvo vigilando toda la noche la entrada del hotel. Él hizo lo mismo desde su vehículo, preparado para intervenir en cualquier momento si era necesario.

No vio los rostros de las personas que ocupaban el coche, al menos esa noche. Los vio a la mañana siguiente, cuando un coche patrulla pasó a recoger a Verónica y el vehículo negro la siguió hasta la puerta del edificio New Scotland Yard. En cuanto vio al rubio bajar del vehículo para seguirla, supo que estaba en peligro.

De camino al aeropuerto, y tras ver que abandonaban la autovía antes de tiempo, se preparó para lo peor. Solo había un motivo para que se dirigiesen a una granja abandonada, por eso decidió actuar con rapidez. Abatió a los dos supuestos policías sin miramientos, antes de que tuviesen tiempo siquiera de dispararle, convencido de que era solo el primer paso para poner a salvo a Verónica.

Ahora que ella estaba a punto de regresar a España, el siguiente paso era deshacerse de las pruebas. Para ello regresó a la granja e inspeccionó la zona. Sin duda era una explotación que llevaba mucho tiempo abandonada y lo bastante apartada para que nadie descubriese

lo que pudiese ocurrir allí. Estaba compuesta por una casa de piedra de dos plantas, con el tejado derruido, y un establo invadido por la maleza, del que solo quedaba la estructura de acero y algunos paneles de madera en la pared exterior.

En la parte trasera de la casa descubrió un pozo de agua cubierto parcialmente por tablones. Tras apartar un par de ellos, comprobó que estaba seco y que era lo bastante profundo para que nadie desde la superficie pudiese ver a simple vista lo que había abajo. Le pareció un buen lugar en el que tirar los cuerpos, así que cargó con ellos y los trasladó hasta allí uno a uno. Antes de arrojarlos al interior, cogió los teléfonos que llevaban encima y extrajo las tarjetas SIM. También tiró varias ramas al pozo para cubrir los cuerpos y luego tapó el acceso con varios tablones y un par de piedras, lo bastante pesadas como para disuadir a cualquier curioso que quisiese echar un vistazo dentro.

Mientras recuperaba el resuello, regresó al establo. Le pareció un buen lugar donde ocultar el coche. Aunque la mayoría de paneles de la estructura se habían caído, la maleza había formado una cortina que ayudaría a que nadie lo viese a no ser que se estuviese a pocos metros. Regresó a por él, lo metió dentro y usó los tablones podridos que había por el suelo para ocultarlo un poco más. Sabía que si alguien lo buscaba a conciencia terminaría encontrándolo, pero esperaba que eso no ocurriese hasta que acabase el trabajo y eliminase la pieza principal de aquel tablero. Si lo conseguía, Verónica estaría a salvo para siempre.

Por ese motivo, regresó a su vehículo e hizo una llamada por teléfono. Tuvo que esperar tres tonos hasta que una voz de hombre le respondió en inglés, con marcado acento americano.

—Has tardado mucho en comunicarte.

—He estado ocupado —aseguró en su mismo idioma.

—¿Conseguiste la información?

—No, lo mataron antes de que pudiese dármela.

Escuchó un par de maldiciones, en las que la palabra que más se repitió fue *fuck*. Pasados unos segundos, el hombre dijo algo más calmado: —¿Quién lo mató?

—La gente de Williams.

—¡Qué hijo de puta! Alguien debería cargarse a ese cabrón de una maldita vez. Es la única forma de librarnos de él.

—Este iba a ser mi último trabajo para vosotros. ¿Lo recuerdas? —apuntó Santi.

—Sí, pero…

—Lo sé —le interrumpió antes de que terminase la frase—. Sé que debía conseguir esa información para poder irme y que no la he conseguido.

—Así es.

—Sin embargo, tengo una propuesta para ti, otra forma de ganarme mi libertad.

—Lo dices como si fueses nuestro esclavo.

—Ya sabes a lo que me refiero. Estoy dispuesto a libraros de esa carga tan pesada y después de eso desapareceré.

—¿A qué carga te refieres?

—A Williams.

Tras un par de segundos de tenso silencio, la voz preguntó: —¿Y por qué vas a hacer eso? Hace mucho que no realizas ese tipo de encargos.

—Tengo mis motivos. Además, con ello nuestra cuenta quedará saldada.

Santi no quiso dar más explicaciones. El objetivo principal era asegurarse de que Verónica estuviese a salvo y que nadie fuese a buscarla. Después de eso, ya vería lo que hacía con su vida, aunque tenía un plan en mente que también le permitiría a él salir bien parado.

—Eso sí —añadió a continuación—, voy a necesitar encubrirlo. Williams estuvo en Irak y Afganistán. No será difícil crear una cortina de humo convincente.

—No te preocupes, me ocuparé de ello. ¿Necesitas algo más? Armamento, equipo…

—Tengo un contacto en Londres que me proporcionará lo necesario. Aunque tendréis que facilitarme la huida y aseguraros de que pueda regresar a España sin que me detengan nada más poner el pie en ella. Imagino que todavía existirá esa orden de detención contra mí.

—No creo que eso sea un problema.

—Gracias.

—Sabes que después de esto ya no podrás recurrir a nosotros para nada más, ¿verdad? Esto será demasiado gordo como para permitir que nadie te pueda relacionar con Red Point.

—Lo sé.

—Si vuelve a ocurrirte algo como lo de Madrid, no podrás llamarnos.

—No hará falta. A partir de ahora me las apañaré solo.

—En ese caso, te deseo mucha suerte.

Nada más cortarse la llamada, arrancó el vehículo y se puso en marcha en dirección a Londres.

Lo que iba a hacer era bastante arriesgado, sobre todo porque no podría estudiar a su objetivo el tiempo suficiente para elaborar un plan perfecto. Tendría que improvisar, algo que, por otra parte, se le daba bastante bien.

Lo más importante ahora era que Verónica no tuviese que pasarse



la vida mirando a su espalda. Para Santi, todo lo demás, incluida su propia seguridad, era secundario.

8

Lo primero que hizo Verónica al reincorporarse a su trabajo fue entrevistarse con el comisario Antúnez.

El día anterior había llegado a casa tras un viaje en avión desde Londres sin incidentes. No había tenido problemas para pasar la aduana y nadie de Scotland Yard la llamó ni apareció para preguntarle por la muerte de los dos policías que la habían llevado a la granja. Eso la tranquilizó.

No obstante, se pasó la noche dando vueltas en la cama, preguntándose por qué había matado realmente Santi a aquellos dos hombres y qué era lo que le ocultaba. Su intuición le decía que no había sido del todo sincero con ella y que escondía algo. ¿Sería posible que la estuviese utilizando? Después de todo, tampoco sabía mucho de él. Solo que tenía un pasado militar y que en la actualidad trabajaba como operativo para una empresa militar privada. Dicho de otro modo, Santi era un mercenario.

Su presencia en el lugar en el que habían asesinado a Richard Brown era demasiado sospechosa, como lo era el modo en que había averiguado en qué hotel se alojaba ella y que la hubiese seguido hasta aquella granja. Aunque tenía dudas de las intenciones de los dos hombres que la habían llevado a ese lugar, el hecho de que Santi los hubiese asesinado a sangre fría le indicaba, cuando menos, que no podía fiarse de él. A pesar de lo sucedido entre ellos en el encuentro de los Estados Unidos, no podía olvidar que era una persona que, según sus propias palabras, no sentía remordimientos después de asesinar a alguien. Era algo que ya había comprobado en dos ocasiones y que hacía que se preguntase hasta qué punto podía fiarse de él.

Lo único que la tranquilizaba era que sus caminos se habían separado de nuevo, así que de momento su mayor preocupación era regresar a su trabajo y olvidarse de lo sucedido los últimos dos días.

La charla con el comisario Antúnez en su despacho no duró demasiado. Verónica se limitó a explicarle que a su llegada a Londres alguien había asesinado a Richard Brown y que eso dio por concluida su colaboración con Scotland Yard. Luego le buscaron un hotel en el que pasar la noche y al día siguiente la metieron en un avión de vuelta a España. Nada más.

—Entonces lo mejor será pasar página —afirmó el comisario.

Antúnez era un hombre de mediana estatura, con el rostro poblado

de arrugas, frondosa barba grisácea y con una mirada huidiza que en cierto modo le creaba desconfianza. Aunque no había hablado con él más de media docena de veces, le parecía una persona poco comunicativa y a la que no le gustaban los problemas. Según le habían contado, había elegido Santander por ser un destino tranquilo en el que esperar la jubilación.

—Con Richard Brown muerto, creo que lo mejor será cerrar la investigación del asesinato de Paloma Riesgo —añadió cruzando los brazos delante del pecho.

—Yo no estoy segura de que la matase él —le replicó Verónica.

—¿Y eso por qué? Parecía que lo estabas antes de ir a Londres.

—Solo estaba segura de que ocultaba algo y de que su declaración sobre lo ocurrido esa noche y su encuentro con la víctima no encajaba, pero me gustaría seguir investigando.

—¿Por qué? —insistió él.

—Porque todas las víctimas se merecen que se haga justicia por ellas y tampoco hay pruebas definitivas de que Richard Brown fuese un asesino —dijo, recordando lo que Santi le había contado sobre la posibilidad de que todo hubiese sido una trampa para hacerle regresar a Inglaterra.

—Pues, según los antecedentes que Scotland Yard nos envió de ese individuo, parece bastante probable que la hubiese matado él.

—Aun así, me gustaría seguir investigando unos días más.

El comisario se quedó pensativo unos segundos y terminó asintiendo con la cabeza.

—Está bien, puedes seguir trabajando, pero infórmame de cualquier novedad. Cógete al subinspector Parra para que te eche una mano. A ver si tú consigues espabilarle.

Verónica salió del despacho y caminó por el pasillo en busca de su pequeña oficina, aunque se detuvo al escuchar la melodía de su teléfono. Al sacarlo y ver en pantalla que la llamada se realizaba desde Londres, se preparó para parecer lo más tranquila y natural posible.

—¿Sí?

—Soy el comandante Williams —escuchó su voz en perfecto inglés.

—Buenos días.

—Llamaba para saber si había llegado bien a España.

—Sí, he llegado sin ningún problema. Sus hombres me dejaron en el aeropuerto con tiempo suficiente para coger el vuelo.

Hubo una pausa de un par de segundos.

—¿No la acompañaron a la terminal?

—No hacía falta. Además, parecían tener prisa.

—¿Y eso por qué?

—No tengo ni idea. Me preguntaron si no me importaba que me dejasen en la puerta del aeropuerto y yo les dije que no se

preocupasen, que me las apañaría sola.

—Entiendo —murmuró.

—Acabo de incorporarme ahora al trabajo y estoy metida de lleno en una nueva investigación, así que no puedo dedicarle mucho tiempo. De todas formas, quiero agradecerle el trato que me han dado.

—Somos nosotros los que estamos agradecidos de que nos ayudase.

—Lo hice con gusto. Si necesita algo de mí, ya sabe dónde localizarme.

Verónica se despidió de él con amabilidad y en cuanto cortó la llamada necesitó realizar varias respiraciones profundas. Su corazón latía a mil por hora, con tanta fuerza que notaba las pulsaciones en las sienes. Por suerte, no tardó en calmarse y suspirar aliviada. Tenía que pasar página y centrarse de nuevo en su trabajo.

Todavía existía un asesinato pendiente de resolver.

9

El asesinato de Paloma Riesgo Álvarez se había producido en unas circunstancias muy parecidas a las de un ajuste de cuentas: un tiro en la nuca. Al menos eso sugería el informe forense. El disparo se había producido desde varios metros de distancia, de tal modo que la bala había entrado por el hueso occipital y se había quedado alojada en el interior del cráneo. Gracias a eso sabían que el calibre del arma utilizada era del .22, bastante común y muy usado en competiciones deportivas.

El cuerpo se encontró a primera hora de la mañana en la playa Soledad, en la localidad de Laredo, un lugar poco frecuentado de noche. La escasa cantidad de sangre cerca del cuerpo y la ausencia de salpicaduras sugerían que la habían asesinado en otro lugar.

Fue la Policía Local de Laredo quien encontró el cadáver y lo comunicó al puesto de la Guardia Civil. En teoría, les correspondía a ellos hacerse cargo de la investigación, pero el padre de la víctima, policía nacional retirado, solicitó que fuesen sus compañeros de la Policía Nacional de Santander los que llevasen el caso. No era lo habitual, pero, dado que llevaba diez años postrado en una cama por un accidente en acto de servicio y que todavía tenía contactos importantes en el Cuerpo, terminó consiguiendo su objetivo.

Verónica se incorporó al caso recién llegada a Santander y dos días después de que se hubiese producido el crimen. Dado que era la inspectora de la comisaría con más experiencia en homicidios, el comisario la puso al mando de la investigación. Para entonces, sus compañeros ya habían interrogado a varios testigos y sospechosos, Richard Brown entre ellos.

No tardó mucho en descartar la posibilidad de un ajuste de cuentas. La víctima no parecía tener relación con ninguna mafia ni organización criminal. Era secretaria en una empresa de conservas y vivía sola en Santander. Sus padres residían en Málaga desde el accidente de su padre. A sus veinticinco años, Paloma no mantenía ninguna relación sentimental y la última había sido dos años atrás con un chico un año menor, que había roto su relación con ella, tras irse al ejército. Esa ruptura la hizo caer en una depresión, aunque el último año parecía haberla superado. Al menos eso declararon sus compañeros de trabajo, que aseguraron que se la veía mucho más contenta. Eso sí, ninguno pudo confirmar si se debía a que saliese con alguien.

La noche de su muerte había ido hasta el pueblo costero de Laredo, donde había estado sola en la terraza de una cafetería, tomando un café. Un camarero declaró que la vio charlar con un hombre mucho mayor que ella, al que identificó como Richard Brown, un habitual del local, y que luego se marcharon juntos.

Ese hecho, las respuestas confusas que dio el sospechoso al ser interrogado y sus antecedentes fue lo que centró de inmediato las sospechas de Verónica sobre él. Además, aunque el teléfono de la víctima estaba apagado y no había aparecido hasta el momento, el último repetidor al que se había conectado lo situaba en Laredo. Lo cierto era que Brown tenía todas las papeletas para ser el asesino.

Ahora, sin embargo, tras lo sucedido en Londres y lo que Santi le había contado, Verónica tenía serias dudas, por eso no quería cerrar la investigación. No era justo para la víctima y su entorno que el verdadero asesino siguiese libre.

Nada más entrar en su oficina marcó el número del subinspector Parra, con el que había colaborado en la vigilancia de Richard Brown, y le pidió que cogiese un coche camuflado para ir juntos a Laredo.

—¿Qué ocurre? —preguntó este.

—Vamos a retomar la investigación de Paloma Riesgo.

—¿Por qué?

—Porque no creo que la matase ese inglés.

—¿Lo dice en serio?

—Es más que probable, por eso vamos a empezar la investigación desde cero. Hay que volver a interrogar a los testigos.

~

A sus veintisiete años, el subinspector Parra aparentaba ser más joven. Era de complexión delgada, de baja estatura y lucía un fino bigote que le daba poca seriedad, a ojos de Verónica. Por lo que sabía de él, llevaba un año en el empleo de subinspector y venía de una familia de policías. Su padre, ya retirado, había llegado a comisario y tenía un tío inspector jefe. Verónica no lo conocía mucho, pero, por lo poco que había tratado con él, le daba la sensación de que era bastante despistado. Suponía que por ese motivo el comisario Antúnez le había pedido que la acompañase en la investigación.

—¿Mataron a ese inglés al llegar a Londres? —preguntó Parra al volante, mientras circulaban por la autovía en dirección a Laredo.

—Eso parece.

—¿Y entonces por qué no hemos cerrado el caso?

—Ya te lo he dicho, no estoy segura de que él matase a Paloma Riesgo. Puede que se encontrase en el lugar equivocado en el momento más inoportuno.

—¿En serio? —le replicó en tono escéptico.

—Quiero hablar en persona con algunos de los testigos, empezando por los camareros del bar en el que se la vio por última vez con vida, hablando con Richard Brown.

—Todo lo que nos dijeron los testigos y el entorno de la víctima consta en el informe. Yo mismo me encargué de hablar con la mayoría de ellos.

—Prefiero hacer mis propias preguntas.

Parra torció el gesto, como si pareciese molesto, aunque ella decidió ignorarlo.

Durante el resto del trayecto, Parra acaparó la conversación, relatando que practicaba el tiro olímpico con pistola y que dos años antes había quedado subcampeón de Cantabria. Le habló de su afición por las armas desde niño, aunque aseguró que le habría encantado ser bombero en lugar de policía, sobre todo por el sueldo y los días libres que se disfrutaban en ese trabajo. Al parecer tenía un par de amigos que habían conseguido entrar y que ahora vivían «como reyes».

—Hay semanas en las que solo trabajan dos días. ¡Menuda envidia me dan!

—¿Y por qué no entraste en los bomberos como ellos?

—Mi padre no me dejó.

Eso le dio a entender a Verónica que había terminado en la Policía Nacional por la presión familiar, algo que podía explicar su falta de atención en el trabajo. Solo esperaba que eso no perjudicase la investigación que tenían entre manos.

Tardaron cerca de cuarenta minutos en llegar a su destino, un bar situado a un par de calles de la playa La Salvé. Hablaron de nuevo con los dos camareros que habían trabajado la noche en que la víctima había estado allí. El más joven, de unos veinte años, se reafirmó en su anterior declaración.

—Estuvo como una hora sola en una de las mesas de la terraza, hasta que ese inglés capullo se sentó con ella y la invitó a una cerveza. Media hora después, más o menos, se fueron juntos.

—Se la veía bastante triste cuando llegó —comentó el otro camarero.

—¿Por qué piensas eso?

—Parecía estar esperando a alguien que no se presentó y que la dejó tirada, por eso hubo un momento en que me pareció verla llorar.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó sorprendida. No recordaba haber leído eso en la transcripción de las declaraciones.

—Para mí que ese inglés no quería ligar con ella, sino más bien consolarla. La última vez que me fijé en ellos incluso la vi sonreír.

—Pues yo creo que ese cabrón fue el que se la cargó —le contradijo el otro—. Ese tío era un borracho que la montaba cada vez

que bebía más de la cuenta.

—Lo dices porque una vez discutiste con él, pero yo nunca lo vi meterse con nadie.

—Era un gilipollas.

Verónica tuvo claro que la declaración más fiable era la del camarero de más edad, por eso le pidió que les acompañase fuera. Se alejaron unos metros de la terraza, donde él aprovechó para encender un cigarrillo.

—¿Estás seguro de que ella esperaba a alguien?

—Esa es la sensación que me dio —respondió tras soltar una bocanada de humo—. Cada poco miraba a su alrededor, como si lo buscase, y luego no dejaba de comprobar el teléfono. Imagino que esperaba un mensaje.

—¿Hablaste con ella?

—No, aunque me dio mucha pena verla así de triste. No es que fuese una chica espectacular, pero tenía unos ojos verdes que llamaban la atención. La siguiente vez que salí a la terraza, ese inglés estaba sentado a su lado e incluso la vi sonreír. Yo creo que simplemente la vio llorando y trató de animarla.

—¿Escuchaste algo de lo que hablaron?

El camarero negó con la cabeza.

—No les entendí apenas, porque hablaron en inglés casi todo el tiempo. Ese tío no hablaba español demasiado bien.

—¿Crees que él estaba borracho?

—Para nada, apenas probaba el alcohol.

—Pues tu compañero dice que la montaba cada vez que bebía.

—Eso lo dice porque tuvo una discusión con ese inglés hace un par de semanas. Es cierto que ese día había bebido más de la cuenta, pero mi compañero también se puso bastante borde. Además, no le caen bien los ingleses, por temas de fútbol y esas chorradas.

—Aun así, en su declaración dijo que les había visto marcharse juntos.

El camarero volvió a sacudir la cabeza, negando.

—Yo los vi de lejos, pero me dio la sensación de que se estaban yendo cada uno por su lado.

—¿Estás seguro de eso?

—Los vi caminar juntos unos metros —dijo alargando la mano para señalar la otra acera—, pero luego él cruzó al otro lado de la calle y ella continuó por esta. Después de eso entré en el local y ya no sé lo que pasó.

El coche de Paloma había aparecido a doscientos metros de la cafetería y estaba limpio de pruebas. Por eso pensaban que el asesino se la había llevado de camino a él.

Verónica le agradeció al camarero su ayuda y regresó al coche,

acompañada del subinspector Parra.

—Dime, una cosa. ¿En qué idioma interrogaste a Brown?

—La verdad es que no hablaba muy bien el español, como acaba de decir el camarero.

—Por eso precisamente te lo pregunto. ¿Hablaste en inglés con él?

—Lo intenté, pero mi inglés no es muy bueno.

Verónica apretó los labios, contrariada.

—¿Me estás diciendo que le tomaste declaración en español?

—Sí, pero reconoció que había estado con ella —se defendió Parra.

—¿Te explicó lo que había hablado con Paloma?

El subinspector se limitó a encogerse de hombros.

—No se le entendía la mitad de lo que decía.

—¿Y no se te ocurrió pedir ayuda a alguien que hablase inglés?

—Estaba solo cuando le interrogué. Además, estaba claro que escondía algo. El otro camarero dijo que les vio marcharse juntos y que…

—¡Joder! —le interrumpió Verónica, mascullando entre dientes—. Se supone que eres subinspector.

—¿Y eso que quiere decir? —preguntó él, desconcertado.

—Pues que debes ser más diligente con tu trabajo. La primera declaración de un sospechoso es la más importante de todas. Es la que nos indica si miente o dice la verdad.

—Él mintió.

—¿Cómo lo sabes?

—Primero dijo que no la conocía y, cuando le apreté un poco, reconoció que había estado con ella.

—Pero luego no entendiste la explicación que te dio.

—No es culpa mía que no se me den bien los idiomas.

—Me parece que no es lo único que no se te da bien. Tampoco transcribiste de forma correcta lo que dijo el otro camarero.

—A ese no le interrogué yo.

—Me da igual —dijo Verónica, con sequedad—. ¿Eres consciente de que todo eso puede habernos llevado en la dirección equivocada en la investigación?

—Scotland Yard dijo que el tío era un violador.

—¡Me importa una mierda lo que dijese Scotland Yard! —exclamó dando rienda suelta a su cabreo—. Si le hubieses interrogado bien, quizás no habría tenido que huir a Inglaterra y ahora estaría vivo.

—No entiendo por qué.

Verónica resopló y sacudió la cabeza. Parte de lo ocurrido en los dos últimos días se podría haber evitado si su compañero hubiese hecho bien su trabajo. Estaba claro que había metido la pata hasta el fondo, aunque también tenía que reconocer que él no tenía la culpa de que hubiesen asesinado a Richard Brown ni que Santi hubiese matado

luego a dos policías para salvarla a ella.

Eso fue lo que hizo que se tranquilizase.

—Está bien, volvamos a Santander —dijo finalmente—. Tenemos mucho trabajo por delante.

10

Parra no abrió la boca en la primera parte del trayecto de regreso a Santander. Se le veía muy pensativo, incluso dolido por la reprimenda que había recibido de Verónica, algo de lo que no estaba arrepentida. Es más, esperaba que surtiese efecto y su actitud en el trabajo mejorase a partir de ese momento.

Estaban ya a la altura del pueblo de Solares cuando ella recibió una llamada en su teléfono.

—¿Inspectora Cuevas? —preguntó una voz masculina.

—Sí.

—Soy el inspector Bermúdez, de la Brigada Provincial de la Policía Científica. Es referente al crimen de Paloma Riesgo.

Aunque no había hablado con él en persona, sabía que era quien dirigía la Policía Científica en Santander.

—Dime, Bermúdez.

—Me han dicho que ya has regresado de Londres para retomar el caso.

—Sí, regresé ayer.

—Quería ponerte al día sobre las últimas averiguaciones que hemos hecho con respecto a ese tatuaje en forma de símbolo fonético «ʒ» que tenía la víctima en la parte inferior de la nuca, ese que le hicieron después de su muerte.

—¿Después de su muerte? —preguntó sorprendida—. Pensé que el forense no estaba seguro.

—No lo estaba en un primer momento, pero hace un par de días que lo confirmó.

Verónica miró de reojo a Parra, pensando en reprocharle que no le hubiese mencionado nada, pero cayó en la cuenta que ella tampoco se había preocupado de leer el informe del forense a su regreso de Londres.

—¿El asesino le tatuó a Paloma el símbolo «ʒ» después de asesinarla? —se limitó a preguntar.

—Así es. La tinta que se usó no tiene ninguna característica especial, por lo que estamos investigando de qué manera pudieron hacérselo. Sospechamos que el asesino usó un kit portátil para hacer tatuajes.

—¿Por qué le haría el asesino ese tatuaje una vez muerta? —reflexionó en voz alta.

—Puede que sea su marca o que quisiese expresar algo con esa

letra.

—¿Y dónde podría haber comprado ese kit?

—Lo estamos investigando, aunque será difícil que eso nos lleve hasta él. Actualmente cualquiera puede hacerse con uno. Se venden a partir de sesenta euros en tiendas virtuales en Internet, tanto en España como en el extranjero.

—De todas formas te agradezco que me hayas puesto al día.

—Hay otro motivo por el que te llamo. Acabo de recibir una llamada de Emilio Grissom, ese presentador de televisión que tiene un programa sobre crímenes y sucesos.

—No tengo ni idea de quién es.

—Se ha hecho bastante famoso en el último año gracias a un programa semanal en una cadena privada, en el que analiza los crímenes cometidos en España.

Verónica llevaba mucho tiempo sin interesarse por la programación de las cadenas nacionales, sobre todo durante el último año.

—¿Y qué es lo que quería?

—Hablar con quien estuviese al frente de la investigación. Dijo que tenía información valiosa, pero que solo lo compartirá con esa persona. Es decir, contigo.

—No me gusta hablar con los periodistas.

—En realidad, no es periodista. Fue inspector de la Policía Nacional, hasta que decidió dejar el Cuerpo para trabajar como perito judicial. Colaboró con los abogados de la defensa en un caso bastante mediático, el crimen de una familia en Zamora, ayudando a demostrar la inocencia del sobrino del matrimonio asesinado y la culpabilidad del yerno.

—Lo recuerdo, fue ya hace unos tres o cuatro años.

—Convendría que hablases con él. Si dice que tiene información valiosa, seguro que es cierto.

—De acuerdo. ¿Dónde puedo localizarlo?

—Me ocuparé de que te llame.

—Gracias.

Verónica colgó y miró al subinspector Parra mientras conducía.

—¿Conoces a un tal Emilio Grissom?

—Sí, claro. ¡Menudo crack! —exclamó emocionado—. Me encanta ese tío. No me pierdo un solo programa suyo. Además, es de aquí, de Santander.

—¿Vive en la ciudad?

—Sí, con su mujer. Ella es hija de un importante banquero.

—Tengo entendido que fue inspector de la Policía.

—Sí, estuvo en varios Grupos de Homicidios, en Madrid, Valencia y Sevilla, pero lo dejó hace años para pasarse al sector privado. El tío

es muy bueno.

—Ya veo.

—En la televisión sí que se gana mucha pasta y se trabajan muchas menos horas que en la Policía.

Verónica estuvo tentada de decirle que quizás allí estaría más a gusto que en su actual trabajo, pero no quiso darle más caña. Al menos, de momento.

No tardaron en llegar a la ciudad. Apenas habían recorrido las primeras calles cuando recibió una nueva llamada, de un hombre que se identificó como Emilio Grissom y que le preguntó si podía reunirse con ella a lo largo del día. Su voz sonaba poderosa.

—Estoy regresando a la comisaría —le respondió—. Puede pasarse por allí a verme si lo desea.

—Tardaré una hora.

Una vez colgó, miró de reojo a su compañero, que parecía no haberse enterado del motivo de la llamada. Mejor así, no quería que se emocionase más de lo necesario.

Después de todo, dudaba que ese encuentro le ayudase algo en la investigación.

11

Emilio Grissom era un hombre bastante atractivo a sus cincuenta años. Piel bronceada, peinado moderno, ropa de marca y un aire triunfador que seguro que llamaba la atención de muchas mujeres. Sonrió de forma agradable al estrechar la mano de Verónica, que no se dejó impresionar por el revuelo que se montó con su presencia en la entrada de la comisaría.

—Encantado, inspectora Cuevas. Es un placer conocerte. Espero que no te importe que te tutee.

—No hay problema.

—Tengo entendido que estuviste destinada en la Brigada de Homicidios y Desaparecidos.

—Sí, cuando era subinspectora. Veo que está bien informado.

—Me gusta saberlo todo de la gente con la que me relaciono.

—Usted también fue inspector, por lo que me han contado.

—Sí, pero lo dejé tras un caso en el que comprendí que a los de arriba les importaba más conservar su silla que hacer justicia. —Eso despertó las simpatías de Verónica hacia él—. Y, por favor, no me trates de usted. Puedes llamarme Grissom, que es como me conoce la mayoría de la gente.

—¿Tiene algo que ver con el protagonista de la serie de televisión CSI?

Él soltó una carcajada al escucharlo.

—A los productores de televisión les pareció que encajaba muy bien con la temática del programa que dirijo. Mi nombre completo es Emilio Lorenzo Grissom. Uso el apellido de mi madre porque suena más comercial.

—La verdad es que sí.

—Bueno, ahora que ya nos conocemos, me gustaría hablar contigo en privado. Creo que tengo información muy relevante sobre un crimen que investigas: el de Paloma Riesgo.

—¿Qué clase de información?

—Lo cierto es que su asesinato no es el primero que comete el asesino.

Lo dijo con la misma entonación que usaría para hablar delante de una cámara de televisión. Quizás por eso logró despertar el interés inmediato de Verónica.

—Vamos a mi despacho.

Subieron las escaleras que llevaban a la primera planta y

recorrieron el pasillo hasta entrar en el despacho de Verónica. Era una sala pequeña, de no más de ocho metros cuadrados, con una mesa metálica, con un par de sillas de plástico delante y un sillón de cuero negro, muy desgastado, al otro lado. Completaba el escaso mobiliario, un archivador metálico pegado a la pared.

—Ya veo que aquí no se gastan mucho dinero en amueblar las oficinas —comentó Grissom mientras se sentaba en una de las sillas de plástico.

Verónica ocupó su sillón y se limitó a preguntar:

—¿Por qué dices que el crimen de Paloma no es el primero que comete su asesino?

—No solo no es el primero, sino que te puedo decir que es el tercero que comete.

—¿Y cómo puedes saberlo?

—Por el tatuaje.

—¿Qué tatuaje?

—El que tiene en la nuca Paloma Riesgo, la última víctima.

—¿Cómo sabes eso?

—Todavía tengo contactos dentro de la Policía —dijo hinchando el pecho con orgullo—, por ese motivo sé que la víctima tiene tatuado un tres en la nuca.

—Nosotros pensábamos que era el símbolo que corresponde al sonido fonético «Ʒ».

—Pues siento contradeciros, pero es un tres.

Verónica miró con detenimiento al hombre que estaba sentado frente a ella, preguntándose cómo podía haber accedido a esa información.

—En ese caso, me gustaría saber cuáles son los otros dos crímenes.

—El primero de ellos se cometió en Tarragona hace cuatro meses y el segundo en un pueblo de Burgos hace dos.

—¿Y por qué no sabemos nada?

—Por culpa de uno de los mayores problemas a los que nos enfrentamos en este país: la falta de comunicación entre las distintas fuerzas de seguridad. El primer crimen está en manos de los Mossos d'Esquadra y el segundo de la Policía Nacional. Cada uno está investigando por su cuenta, ignorando que se están enfrentando al mismo asesino.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque estoy al tanto de todos los crímenes que se cometen en España. Tengo una red de colaboradores bastante eficiente.

—Ya veo.

—Dentro de dos días voy a hacer un programa especial en directo hablando de ello.

Eso no gustó a Verónica. Su experiencia con la prensa hasta ese

momento siempre había sido negativa.

—No me parece muy acertado que se hable públicamente de una investigación en curso.

Grissom se limitó a encogerse de hombros.

—La actualidad es la que manda en televisión y los telespectadores demandan información.

—Cotilleo, diría yo más bien.

—Lo único que debe importarte es que hay un asesino suelto y que estoy dispuesto a darte la información de la que dispongo para ayudarte.

—¿A cambio de qué?

—De nada.

Verónica soltó una carcajada.

—¿Se ha adelantado la Navidad?

Grissom no se tomó a mal su comentario. Se limitó a forzar una sonrisa, antes de decir: —Soy presentador, pero también soy expolicía. Solo quiero ayudar a atrapar a ese asesino para que no siga matando, que es lo que hará si nadie lo detiene.

—¿Haciendo públicos los detalles de los asesinatos?

—Puede que sea el mejor modo de atraparle.

—Lo dudo.

—El problema es que los Mossos d'Esquadra de Tarragona y la Policía Nacional de Burgos están trabajando cada uno por su lado y eso no ayuda a que se detenga al asesino.

—¿Ni siquiera ahora que saben que se trata del mismo asesino?

La expresión de Grissom le dio a entender que no lo sabían.

—No estuve seguro hasta que se produjo este tercer crimen. Todavía no he hablado con ellos.

—A ver si me aclaro. Dices que hay un asesino que ya ha matado a tres víctimas en tres provincias españolas diferentes.

—Así es.

—¿Y qué esperas que haga yo?

—Hablar con la Brigada de Homicidios para que se hagan cargo de la investigación. Ellos tienen el personal y los medios necesarios.

—Eso puedes hacerlo tú.

—Dudo que quieran escucharme. Tú trabajaste con ellos, seguro que a ti te hacen más caso que a mí. —Grissom se acomodó en la silla y cruzó las piernas, adoptando una pose más televisiva—. Se han producido tres crímenes en cuatro meses y tarde o temprano volverá a cometerse otro.

—Pareces muy seguro.

—Ambos sabemos que los asesinos en serie no se detienen a no ser que los atrapen o decidan entregarse, y dudo que eso último suceda.

—¿Por qué?

—Por su *modus operandi*. Las víctimas no tienen relación entre sí y no existe ningún tipo de patrón en cuanto a su elección —comenzó a explicar Grissom—. La primera víctima era una funcionaria jubilada que vivía en una casa a las afueras de Tarragona. El asesino le pegó un tiro en la cabeza y luego le tatuó el número uno en la nuca. En cuanto a la segunda víctima, se trata de un médico jubilado que vivía en la ciudad de Burgos y al que también asesinaron en su casa.

—¿Y tenía un dos tatuado en la nuca?

—Así es. Paloma Riesgo es la víctima número tres. Como ves, no existe un patrón aparente en la elección. Yo diría que estamos ante un caso muy parecido al del Asesino de la baraja, que mató a seis personas de forma aleatoria, sin que tampoco existiese un patrón en la elección de las víctimas. Puede que nuestro asesino sea un imitador.

Verónica lo puso en duda, aunque se guardó sus opiniones. Lo que menos le interesaba era que el presentador utilizase cualquier comentario suyo para ganar audiencia en televisión.

—Tendré que investigar todo lo que dices.

—Yo no gastaría mucho esfuerzo en ello. Ya te digo que el asesino volverá a matar en otro lugar de España muy pronto, por lo que sé seguro que se largó de Cantabria después de matar a Paloma. —Grissom se puso en pie—. Si yo fuese tú, les pasaría el caso a los de la Brigada de Homicidios de Madrid. Dormirás más tranquila.

—Mi trabajo no es dormir tranquila —le replicó ella.

—Es solo un consejo. De todas formas, puedes contar conmigo si necesitas ayuda. Seguiremos en contacto.

Verónica ni siquiera se puso en pie para despedirle. Se limitó a observarle mientras salía de su despacho y luego descolgó el teléfono.

Lo primero era confirmar si todo lo que le había contado era cierto.

12

Si realmente se estaba enfrentando a un asesino en serie que ya había actuado en tres provincias distintas de España, lo más lógico era que la Brigada de Homicidios y Desaparecidos se hiciese cargo de la investigación. Disponía de mejores medios y más personal. No obstante, Verónica necesitaba tener algo más que las conjeturas de un presentador de televisión, antes de pasarles el caso del asesinato de Paloma Riesgo.

Decidió contactar primero con la comisaría de la Policía Nacional de Burgos, dado que le costaría menos hablar con los investigadores. Por desgracia, no fue así. Le fueron pasando de un teléfono a otro, hasta que al final logró hablar con una subinspectora que en principio no le respondió con demasiada amabilidad.

—¿Con quién hablo? —preguntó con sequedad.

—Soy la inspectora Cuevas, de la comisaría de Santander.

—¿Y qué es lo que quiere?

—Hablar con el inspector que lleva la investigación del asesinato que se produjo en Burgos hace dos meses, el de un médico jubilado que recibió un disparo en la cabeza.

—Lo siento, pero el inspector ahora mismo no se encuentra aquí.

—¿Trabajas con él en el caso?

—Sí.

—Me vendría bien algo de información. Hemos tenido en Santander un asesinato muy similar que…

—Lo siento, pero no puedo dar detalles de una investigación en curso.

A Verónica le sorprendió esa réplica. No era normal que una subinspectora le hablase en ese tono tan cortante.

—¿Me puedes decir tu nombre, por favor?

—Soy la subinspectora Elena Andrade.

—Escucha, Elena —dijo con voz suave y calmada—. Entiendo que no puedas compartir esa información.

—Si lo hago el inspector me corta el cuello.

—La cuestión es que yo también tengo un cadáver al que le han pegado un tiro en la cabeza. Una mujer que vivía en Santander y cuyo cuerpo apareció en una playa, en Laredo. Solo quiero saber si existe alguna posibilidad de que ambas muertes estén relacionadas.

—Tendrá que hablar con el inspector Quintero. Yo no estoy autorizada a hablar con nadie del caso.

Verónica sintió un frío helador recorrerle la espalda, a la vez que se le cortaba la respiración. Le costó varios segundos reponerse.

—¿Has dicho… inspector Quintero?

—Sí.

—¿Víctor Quintero?

—El mismo —reiteró la subinspectora—. ¿Lo conoce?

Conozco demasiado bien a ese cabrón, fue lo primero que se le vino a la cabeza. No entendía cómo podía seguir en la Policía. Después de lo sucedido en Salamanca entre ellos y el posterior juicio, esperaba no volver a saber nada más de él, pero estaba claro que se había equivocado.

Por un momento estuvo tentada de decirle que tuviese mucho cuidado y, sobre todo, que ni se le ocurriese intimar con él. Mantenía muy vivo en su recuerdo lo sucedido un año atrás y cómo habría terminado todo si no se hubiese defendido a tiempo.

—Coincidimos en Madrid, aunque no tuve mucho trato —dijo para ahorrarse explicaciones—. ¿Podrías decirme al menos el nombre de la víctima por la que te he preguntado?

—Julián López Llanos.

—De acuerdo, muchas gracias. Si necesito más información llamaré directamente al inspector —dijo antes de despedirse y finalizar la conversación.

Era algo que ni se le pasaba por la cabeza. Se había prometido a sí misma que jamás volvería a cruzar una sola palabra con Quintero en lo que le quedaba de vida y pensaba cumplirlo.

~

La llamada a los Mossos d’Esquadra fue mucho mejor de lo que esperaba en un principio. El subinspector Navarro, a cargo de la investigación, no tuvo problema en compartir con ella los datos de los que disponía, sobre todo cuando le explicó la similitud de su crimen con el sucedido en Laredo.

La víctima se llamaba María del Carmen García Soria y había sido asesinada cuatro meses antes en Tarragona, adonde había trasladado su residencia, tras jubilarse un año antes, después de cuarenta años como funcionaria. Vivía sola, ya que su marido había fallecido dos años atrás, aunque tenía relación con una prima, con la que se veía de forma regular y que avisó a los Mossos después de dos días sin tener noticias suyas.

Encontraron su cuerpo en mitad del salón, tumbado bocabajo sobre un charco de sangre. Según determinó la Científica, el asesino la obligó a arrodillarse y le disparó en la parte posterior de la cabeza, desde una posición de pie, a espaldas de ella y a una distancia de

menos de un metro. Luego usó un tatuador para dibujar el número uno en su nuca.

—No es un profesional del tatuaje, eso seguro —aseguró el mosso —. Lo realizó después de la muerte de forma burda, lo necesario para que se viese claro que era el número uno. Creemos que no es casual y que tiene un significado.

—Es más que probable, sobre todo si tenemos en cuenta que hace dos meses, en Burgos, apareció asesinado un hombre con el número dos tatuado en la nuca. Y en Santander encontramos el cadáver de una mujer a la que habían tatuado el número tres en el mismo lugar.

—En ese caso, es muy probable que se trate del mismo asesino.

—Por eso quería hablar con vosotros. Tres personas asesinadas del mismo modo y con un número consecutivo tatuado en la nuca indica que podríamos estar ante un asesino en serie.

—La mejor forma de confirmarlo es comparando las balas —dijo el subinspector—. En nuestro laboratorio podríamos confirmar si las tres balas se dispararon con la misma arma, siempre y cuando no tengáis problemas por enviarlas.

—Por mi parte, no hay problema, pero tendrás que hablar con el inspector que lleva el caso de Burgos para saber si os la quiere enviar. Ten en cuenta que estamos trabajando en los crímenes por separado.

—¿No se ha hecho cargo de la investigación vuestra Brigada de Homicidios?

—Ese será el siguiente paso, una vez confirmemos que se trata del mismo asesino. Antes quería hablar contigo.

—Sería lo más lógico, en caso de confirmarse que los tres asesinatos fueron cometidos con la misma arma. Si quieres, puedes enviarme tu bala y la compararemos con la nuestra.

—En cuanto cuelgue el teléfono hablaré con el inspector de nuestra Policía Científica para que te la haga llegar. Aunque antes me gustaría que me hablases un poco más del crimen que estáis investigando, si es posible.

—Por supuesto. ¿Qué quieres saber?

—Las circunstancias en las que se produjo la muerte.

—La víctima murió de noche, aunque es muy difícil determinar la hora, ya que encontramos el cadáver dos días después —explicó el subinspector Navarro—. Lo que sí te puedo decir que no se había forzado ninguna puerta ni ventana, lo que sugiere que la víctima conocía al asesino o le dejó entrar en la vivienda por algún motivo, quizás porque iba armado. También creemos que uso un silenciador, dado que ningún vecino escuchó el disparo.

—Dicho así, parece obra de un profesional.

—Es probable. En la vivienda no había huellas que pudiesen corresponder al asesino y tampoco signos de que hubiese registrado la

casa, lo que descarta la posibilidad de un robo. Todo apunta a que entró, le pegó un tiro y se largó.

—¿No tenéis pruebas que os lleven hasta él? —preguntó Verónica.

—Ninguna. Puede que haya más suerte en los escenarios de los otros dos crímenes, si al final se confirma que se trata del mismo asesino. Lo sabremos en cuanto comparemos las balas.

Verónica le agradeció su ayuda y, tras despedirse de él, decidió hablar con el comisario, que vio con buenos ojos la posibilidad de que el caso pasase a manos de la Brigada de Homicidios y Desaparecidos.

—A nada que lo veas claro, se lo pasas a los de Madrid —dijo Antúnez con voz decidida—. Llevo días recibiendo presiones para que la investigación avance. No entienden que carezco de personal suficiente y que las pruebas tampoco ayudan a resolver el crimen. Lo mejor es que se haga cargo la Brigada, así evitamos que nos salpique.

El comentario final sirvió para que Verónica se hiciese una idea del carácter del comisario. Estaba más que claro que era un hombre que huía de los problemas, todo lo contrario que ella, que estaba decidida a no soltar el caso hasta no estar segura de que se trataba del mismo asesino que en los otros dos crímenes.

13

Pasaron dos días sin que Verónica encontrase ninguna pista nueva que le ayudase a resolver el crimen de Paloma Riesgo, aunque hubo algo en sus redes sociales que le llamó la atención.

Durante el último año había compartido mensajes e imágenes alegres, que hablaban de la felicidad, el amor y lo hermosa que era la vida. No hacían referencia a ninguna persona con la que mantuviese una relación sentimental, pero se intuía que era así.

Un mes antes de su muerte, el tono había cambiado por completo y los mensajes eran tristes y pesimistas. Hablaban principalmente del dolor de un corazón roto y de la noche oscura del alma. Estaba claro que algo le había sucedido y todo apuntaba a una ruptura amorosa, a pesar de que su entorno había asegurado que no se le conocía pareja alguna.

Además de sus redes sociales, revisó los correos e incluso los movimientos bancarios, pero no encontró nada que pudiese llevarla hasta el asesino. De tener el teléfono móvil de la víctima, seguro que habría encontrado algo más, pero parecía que el asesino se lo había llevado consigo.

De cualquier modo, dejó la investigación a expensas de confirmarse si existía relación entre el crimen de Paloma y los dos anteriores.

Obtuvo la respuesta tras dos días de espera.

—Soy el subinspector Navarro —escuchó la voz del Mosso d'Esquadra—. Espero no pillarte ocupada.

—Estaba a punto de irme a casa.

—Te llamo porque nuestro laboratorio de balística ha comparado la bala que nos mandaste con la del crimen de la funcionaria jubilada de Tarragona.

—¿Y cuál es el resultado?

—Siento decirte que no fueron disparadas por la misma arma.

—¡Joder! —exclamó contrariada.

—Eso no quiere decir que se trate de dos asesinos distintos —añadió Navarro—, solo que las armas que se usaron fueron diferentes. Las similitudes entre ambos crímenes son evidentes, por lo que pude leer en el informe que me mandaste.

—Tal vez, pero que las balas hubiesen coincidido nos habría permitido confirmarlo con más seguridad —dijo ella con aire pensativo.

—Ten en cuenta que el tatuaje realizado en la nuca después de la muerte es bastante significativo, además del disparo en la parte posterior de la cabeza. Yo apostaría a que se trata del mismo asesino —aseguró él con voz firme.

—También podría tratarse de un imitador —reflexionó Verónica en voz alta.

—Dudo mucho que sea un imitador. Es cierto que la prensa local catalana se hizo eco de la noticia, pero detalles como el tatuaje nunca salieron a la luz. De todas formas, hay un tercer crimen, el de Burgos, que podría sacarnos de dudas. Deberías hablar con tus compañeros de allí para que me envíen la bala y así comparar las tres.

A Verónica no le apetecía lo más mínimo hablar con Quintero, por eso decidió torear la situación.

—Mañana hablaré con ellos. Ahora es tarde y la verdad es que estoy cansada. Ha sido un día bastante largo.

—Claro, no hay problema. De todas formas me tienes aquí para lo que necesites.

—Gracias, Navarro, te lo agradezco.

—Esperemos que entre todos atrapemos a ese cabrón.

Verónica se despidió de él y decidió regresar a casa.

Vivía a pocas calles de la comisaría, así que fue caminando, mientras cerraba la cremallera de la cazadora hasta el cuello. Ese día habían caído algunas gotas y la humedad había aumentado, algo que mucha gente celebró. Seguro que la lluvia vendría bien para los incendios que se estaban produciendo en algunos lugares de la provincia, después de una primavera inusualmente seca.

Estaba llegando al portal del edificio en el que vivía, cuando vio por el rabillo del ojo un coche que avanzaba muy lento, unos metros por detrás de ella, como si la siguiese. Eso hizo que todas sus alarmas se disparasen y sacase la mano derecha del bolsillo de la cazadora para acercarla a la cadera, donde tenía la pistola. Justo en ese momento, el conductor aceleró y continuó calle adelante, dejándola atrás. Verónica no pudo ver la cara del conductor, aunque sí que memorizó el modelo del coche, un todoterreno Audi Q5 de color gris metalizado, y los primeros tres números de la matrícula.

Durante unos segundos se quedó desconcertada, preguntándose si había sido una simple coincidencia o si alguien la vigilaba. En ese último caso, solo se le ocurría una posibilidad que hizo que se le helase la sangre. Todavía mantenía muy vivo en su recuerdo lo sucedido en su viaje a Londres. A pesar de que había vuelto a la normalidad de su trabajo, tal y como le había pedido Santi, seguía temiendo que en cualquier momento apareciese alguien preguntando por el paradero de los dos policías muertos. O, peor aún, que hubiesen encontrado los cadáveres y le preguntasen por su participación en la

muerte de ambos.

Esa noche le costó conciliar el sueño, invadida por todas esas dudas y temores. Las imágenes del tiroteo inundaron su mente y se repitieron buena parte de la noche, sobre todo al rememorar la expresión de frialdad de Santi después de asesinar a los dos policías. Se preguntó cómo podía haberse visto envuelta en esa situación y si Santi había sido sincero al decir que tenían pensado matarla. ¿Y si la había utilizado para justificar el asesinato a sangre fría de los dos hombres?

Llevada por el cansancio, el último pensamiento que cruzó por su mente antes de dormirse fue que lo mejor era que sus caminos no volviesen a cruzarse en mucho tiempo.

14

Williams vivía en una casa a las afueras de Londres, en una urbanización privada a la que era imposible acceder sin autorización. Siempre llevaba la escolta de un vehículo de la policía londinense al salir de allí, además de ir acompañado por dos guardaespaldas dentro de su Rolls-Royce negro, con las lunas tintadas. Eran hombres que habían trabajado a sus órdenes cuando estaba en el ejército inglés y que ahora formaban parte de la unidad que comandaba.

A ojos del mundo, Williams era un militar condecorado. Muy pocos conocían las atrocidades que se habían llevado a cabo por orden suya en Irak y Afganistán, ni el hecho de que hubiese dirigido desde la sombra la empresa militar privada inglesa más importante que actuaba en la zona. Incluso a día de hoy, seguía manteniendo fuertes vínculos con ella, como lo demostraba el hecho de que algunos de sus miembros siguiesen trabajando para él en la Unidad Antiterrorista de Scotland Yard.

Santi conocía todo eso y lo complicado que era acercarse a él, por eso trazó un plan en el que no necesitase hacerlo.

Desde una extensa colina arbolada situada a unos quinientos metros de la urbanización, pudo localizar su vivienda y estudiar sus movimientos cuando estaba en casa. Lo hizo el día después del regreso de Verónica a España. Desde una posición elevada, estudió las distancias, así como la dirección e intensidad del viento. Incluso la posición del sol a las distintas horas.

Dado que ese primer día Williams había llegado a casa bastante entrada la noche, Santi decidió que el mejor momento sería eliminarlo a la mañana siguiente. Tampoco podía esperar mucho más. Tarde o temprano alguien encontraría los cadáveres de los policías a los que había abatido para salvar a Verónica e irían a buscarla. Era algo que no podía permitir que ocurriese.

Además, confiaba en que su plan tuviese éxito. Tenía el equipo necesario y una vía de escape para salir del país. La autoría se asignaría a un grupo yihadista, lo que haría que nadie asociase lo que iba a ocurrir con la muerte de Richard Brown y, mucho menos, con él o la empresa para la que dejaría de trabajar muy pronto.

Oculto entre los árboles, gracias a la red mimética que cubría por completo el puesto de tirador, realizó los últimos cálculos con los primeros rayos de sol de la mañana. Ya había calculado la distancia exacta con el telémetro láser, así que usó un medidor meteorológico

para obtener la dirección y velocidad del viento en ese momento exacto. Trasladó los datos al reglaje de la mira telescópica de su fusil Accuracy, montado sobre un trípode, y esperó paciente el momento oportuno.

La casa de Williams tenía una amplia terraza en el dormitorio de la primera planta. Tal y como había sucedido el día anterior, le vio salir en pijama con una taza de café en la mano y un cigarrillo en la boca, y acercarse a la barandilla, de la que colgaba un tiesto lleno de tierra y de colillas. Un detalle que le había llevado a intuir que esa era una rutina diaria para él, antes de irse a trabajar.

No se equivocó.

Acarició con el dedo índice el gatillo del fusil de francotirador y encuadró en el centro de su mira telescópica la cabeza de uno de los hombres con más poder dentro del Reino Unido. Una persona sin escrúpulos y acostumbrada a operar en la sombra. Un hombre que había decidido la muerte de muchas personas, tanto civiles como militares.

Lo irónico era que Santi no lo tenía en su punto de mira por ninguno de esos motivos. Jamás se le habría pasado por la cabeza hacerlo, de no ser porque la vida de la persona que más le importaba en el mundo estaba en peligro. Williams tenía el poder para ordenar la muerte de Verónica y era algo que no iba a permitir que ocurriese.

Por eso, cuando el comandante se apoyó en la barandilla exhalando el humo de su cigarrillo, Santi ralentizó su respiración y controló sus pulsaciones. No era la primera vez que arrebataba una vida desde esa distancia. A pesar de que llevaba mucho tiempo sin hacerlo, era una de esas habilidades que uno nunca perdía.

Justo cuando sus pulmones se quedaron sin aire, su dedo índice apretó el gatillo. No sintió ninguna emoción al hacerlo. Solo observó a través del visor cómo Williams caía hacia atrás, impulsado por la bala que impactó en su frente.

Acto seguido recogió todo su equipo, asegurándose de que no quedase nada en la zona que permitiese identificarle, y abandonó el lugar.

Era momento de regresar a España.

15

Verónica llegó puntual al trabajo. De camino no observó que la siguiese ningún Audi todoterreno como la noche anterior, lo que la tranquilizó y le hizo suponer que solo había sido una coincidencia.

Estaba llegando a su oficina, cuando vio a varios policías reunidos en la pequeña sala de café que había en la primera planta del edificio, todos con la mirada clavada en la pantalla de televisión situada en la pared. Uno de ellos era el subinspector Parra.

—¿Qué ocurre? —preguntó al ver un velo de preocupación en la mayoría de los presentes.

—Un nuevo atentado en Londres —respondió su compañero de investigación—. Anoche asesinaron a un cargo importante de Scotland Yard y un grupo yihadista acaba de reclamar la autoría.

—El jefe de la Unidad Antiterrorista —añadió otro de los presentes —. ¿No es irónico?

Al escuchar eso, Verónica contuvo el aliento. ¿Sería posible que fuese el comandante Williams?

—¿Han dicho su nombre? —preguntó.

—Todavía no, solo que es un tío con pasado militar que había participado en las guerras de Irak y Afganistán

Verónica se dirigió a su despacho con paso ligero y, una vez allí, realizó una búsqueda en el ordenador en los diversos medios de comunicación ingleses. En ninguno de ellos se mencionaba el nombre de la víctima, solo las iniciales: F.W.

Al parecer, había sido asesinada en su casa, de un disparo en la cabeza realizado por un francotirador desde las afueras de la urbanización privada en la que vivía. En la emisión en directo de la BBC vio a un grupo de policías uniformados recorriendo una colina arbolada. El rótulo que se deslizaba en la parte inferior de la pantalla hacía referencia a un comunicado yihadista, en el que justificaban su muerte por los crímenes cometidos por la víctima contra el pueblo afgano.

Con mano temblorosa cambio de pantalla en el navegador y revisó de nuevo las noticias de los medios ingleses, hasta que encontró uno en el que se veía una foto lejana de la urbanización y un poco más abajo, después de un texto relatando los hechos, una foto de la víctima vestida con un uniforme de gala militar.

—Joder, es él —murmuró horrorizada—. ¡Es el comandante Williams!

Aunque estaba algo más joven, no había dudas de su identidad.

En cierto modo, se sintió aliviada. La muerte de Williams significaba que ya nadie le preguntaría por lo sucedido en Londres y que en Scotland Yard solo estarían preocupados por atrapar a los autores del atentado.

Justo en ese momento recibió una llamada en el teléfono de su mesa del comisario Antúnez.

—Dígame, comisario.

—Necesito que vengas a mi despacho. Hay alguien que quiere hablar contigo. No tardes, por favor.

Antes de que tuviese tiempo de responder, se cortó la llamada, lo que hizo que saliese de su oficina desconcertada y preguntándose quién querría hablar con ella. Quizás se había precipitado al pensar que la muerte de Williams la libraba de cualquier sospecha sobre el tiroteo ocurrido cuatro días antes. Puede que los ingleses pensasen que estaba implicada de algún modo en lo sucedido o que quisiesen interrogarla para comprobar su versión de los hechos.

Por ese motivo, antes de entrar en el despacho del comisario, tomó aire y repasó mentalmente lo que había hablado con Williams en su última conversación por teléfono, para no salirse de ese guion. Tenía que parecer tranquila y segura de sí misma.

—Permiso, comisario —dijo a la vez que abría la puerta.

Antúnez estaba situado tras su mesa, al fondo del despacho, y delante de él había un hombre sentado al que no pudo reconocer en un primer momento, ya que le daba la espalda.

—Adelante, Cuevas. Han venido a verte con respecto al crimen que investigas.

El visitante se puso en ese momento en pie y se giró para mirarla. Al reconocerle, Verónica se quedó clavada en el sitio, a varios pasos de distancia, mientras un frío helador le recorría la espalda.

—Este es el inspector Quintero —prosiguió el comisario—, de la comisaría de Burgos. Parece ser que llamaste interesándote por un crimen similar al nuestro que se produjo allí y ha venido a hacerte una visita.

—Es un placer verte de nuevo, Cuevas —dijo él dibujando una amplia sonrisa.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella, sin hacer ademán de acercarse a él.

—Me dijeron que habías preguntado por un crimen que estoy investigando.

—Podías haber llamado por teléfono.

—Me apetecía verte en persona.

Verónica tensó la mandíbula y luchó para que todo el odio que sentía en ese momento hacia Quintero no saliese a flote, sobre todo,

delante de Antúnez. Por ese motivo afirmó:

—Es mejor que hablemos en mi despacho. Discúlpenos, comisario.

La expresión de Antúnez fue de desconcierto, aunque Verónica prefirió hacerlo así para que no presenciase su posible reacción ante aquel inesperado reencuentro. Salió del despacho y caminó pasillo adelante, seguida muy de cerca por Quintero. Al llegar a su oficina, lo invitó a entrar y cerró la puerta. Luego se situó al otro lado de su mesa, para mantener cierta distancia con él.

—¿Eres consciente de que el juez decretó una orden de alejamiento? —le dijo ella mirándole con rabia—. No puedes acercarte a menos de trescientos metros de mí.

—Excepto por motivos de trabajo —le replicó Quintero sin perder su falsa sonrisa—. Pensé que eras una buena profesional y que dejarías al lado nuestros problemas personales.

—Eso que llamas problemas personales fue un intento de violación por tu parte.

—Esa es solo tu versión de los hechos.

—La que quedó demostrada en el juicio.

—Me disparaste en una pierna.

—La próxima vez apuntaré a la cabeza, tenlo por seguro.

—No hace falta ponerse tan agresiva —dijo él alzando las manos en señal de rendición—. Solo he venido por motivos profesionales.

—Bastaba con una llamada —le replicó sin fiarse de su fingida actitud amistosa.

—Quería entregarte esto.

Quintero echó mano del bolsillo y sacó una memoria USB, que puso encima de su mesa.

—Ahí tienes todo lo relacionado con nuestro crimen, un jubilado al que le pegaron un tiro en la cabeza hace dos meses. Si es cierto lo que le dijiste a la subinspectora Andrade y crees que ese crimen puede estar relacionado de algún modo con el que investigas, creo que deberías revisar la información que te he traído. Puede que los dos nos enfrentemos al mismo asesino. —El inspector sacó entonces un bolígrafo y una pequeña libreta del bolsillo, y apuntó en una de las hojas un número. Luego la arrancó y la dejó sobre la mesa—. Es mi teléfono. Puedes llamarme si lo deseas. Estaré por aquí un par de días.

—Espero que ni se te ocurra acercarte a mí durante ese tiempo.

—No lo haré si tú no quieres —dijo con una sonrisa que le heló la sangre—. Que pases un buen día.

Verónica le observó mientras salía de la oficina y en cuanto cerró la puerta se dejó caer en la silla, notando su corazón latir a mil por hora.

—Esto es una mierda —murmuró sintiendo cómo la vida apacible que había construido durante los últimos meses acababa de



resquebrajarse.

16

Julián López Llanos era médico ginecólogo retirado y residía en Burgos. La asistenta que limpiaba su casa le había encontrado al día siguiente de su muerte, tendido en el suelo del comedor con un charco de sangre alrededor de la cabeza. El forense determinó la hora de la muerte entre las once y las doce de la noche. Ningún vecino escuchó el disparo ni discusión alguna dentro de la vivienda. Como el caso de Tarragona, la puerta no había sido forzada. El asesino obligó a la víctima a arrodillarse y le pegó un tiro en la cabeza desde un par de metros de distancia. Luego procedió a realizar el tatuaje en su nuca con el número dos.

A lo largo de cuarenta años, Julián López había trabajado en casi una docena de ciudades del país. La única vinculación que había entre él y la mujer asesinada en Tarragona era que los dos estaban jubilados en el momento de su muerte. Nada más. Algo que, por otra parte, no los vinculaba con Paloma Riesgo. Por lo tanto, el único nexo en común entre las tres víctimas era el tatuaje numerado realizado en la nuca de cada una de ellas después de asesinarlas.

Si se trataba de un asesino en serie, y en principio Verónica tenía que valorar esa hipótesis, los crímenes los cometía por algún motivo. Quizás las víctimas no tuviesen relación alguna entre ellas y las había elegido al azar, pero el hecho de que las numerase era muy significativo. Estaba claro que con ello pretendía mandar un mensaje muy concreto: adjudicarse la autoría de cada uno de los crímenes.

La lógica le decía que no se pararía y que lo más probable era que siguiese asesinando, por eso tenían que detenerle. La cuestión era quién lo haría. Sin duda, era un caso para la Brigada de Homicidios. Ellos tenían los medios y el personal necesario para hacerlo, pero, sobre todo, tenían jurisdicción en la mayor parte del territorio español. Por ese motivo decidió que era el momento de comunicarse con ellos y contarles lo que estaba ocurriendo.

Descolgó el teléfono y llamó a la central de la Brigada en Madrid. Le respondió una voz masculina ante la que se identificó y solicitó hablar con el inspector jefe de la Brigada. No tuvo que esperar mucho hasta que escuchó una voz que reconoció al instante.

—Inspector jefe Olaya.

—Buenos días, soy la inspectora Cuevas.

—¡Cuevas! —exclamó él con evidente alegría—. ¡Qué bueno oír tu voz! ¿Qué tal te va todo?

—Bien, estoy destinada en la comisaría de Santander —le replicó con cierta frialdad. No podía olvidar el modo en que había salido de la Brigada.

—Lo sé, te he seguido la pista desde que nos dejaste.

—Yo no dejé la Brigada, me expulsaron.

—Es cierto, perdona —rectificó él—. Supe que habías ascendido hace poco a inspectora, gracias al cambio en el plan de estudios. Me alegré mucho por ti, la verdad.

—Ya —dijo con sequedad. Todavía estaba resentida por lo ocurrido, a pesar de que él solo cumplía órdenes de arriba y se había limitado a comunicarle el cese—. Le llamo por un tema laboral, una investigación que llevo entre manos.

—Tú dirás.

—Tengo motivos para pensar que tres crímenes que se han producido en los últimos meses en distintos lugares de España podrían estar relacionados.

Verónica le hizo un resumen rápido de cada uno de los asesinatos, incidiendo en aquellos detalles que tenían en común. Luego, le dio su opinión sobre el posible autor.

—Por lo que sabemos hasta ahora de los crímenes, tengo claro que seguirá matando hasta que alguien le detenga. Las víctimas no están relacionadas entre sí, aunque el *modus operandi* sea el mismo, por eso creo que lo mejor es que se encargue de investigarlo la Brigada de Homicidios.

—Entiendo.

—Además, dos de las investigaciones ya están en manos de la Policía. La otra la llevan los Mossos d’Esquadra.

—Nuestra relación con ellos es buena, así que no creo que haya problema en que colaboremos juntos, si fuese necesario.

—El único crimen que me ofrece dudas es el que estoy investigando y que se produjo en Cantabria. Aparentemente, parece el mismo asesino, pero se usó una arma diferente a la del crimen de Tarragona. La Policía Científica catalana comparó su bala y la mía y no coinciden.

—Puede que el asesino usase una diferente.

—Es una de las posibilidades que barajo, por eso se deberían comparar las balas de los tres crímenes.

—Asignaré a alguien para que se ponga con ello. Si hay indicios claros de que se trata del mismo asesino, solicitaré que el caso pase a nosotros.

—Mi comisario se alegrará de saberlo.

—Escucha, Cuevas —se apresuró a decir Olaya, antes de que colgase el teléfono—. Quiero que sepas que no me olvido de ti y que me gustaría que algún día pudieses volver a la Brigada, esté yo en ella

o no.

—Ahora mismo tengo otras preocupaciones en la cabeza. Además, Groucho Marx decía que no quería estar en un club donde no se le quería.

Él soltó una breve carcajada.

—En realidad lo que dijo es que nunca pertenecería a un club que le admitiese como socio, pero entiendo lo que quieres decir. De todas formas, sabes tan bien como yo que deberías estar aquí con nosotros. Este es tu sitio.

—Lo era.

Al menos, Verónica se despidió de él en un tono más amigable de cómo había iniciado la conversación, consciente de que estaba en lo cierto. En su fuero interno deseaba poder regresar algún día a la Brigada de Homicidios.

Lo triste era que, con toda probabilidad, nunca se haría realidad.

17

Ese día Verónica regresó a casa más tarde de lo previsto, cuando la noche había caído sobre la ciudad. Se pasó buena parte de la tarde leyendo los informes tanto del crimen de Burgos como de los otros dos, y comparándolos entre sí. Cada vez tenía más claro que parecían cometidos por la misma persona.

También estuvo buscando noticias sobre el atentado de Williams. Ningún medio de comunicación añadía nueva información, a excepción de la que un medio digital publicó sobre el grupo yihadista autor del asesinato. En el comunicado que los terroristas habían emitido, hablaban de venganza por la masacre de un pueblo cuyo nombre no supo pronunciar y en el que habían muerto más de doscientos civiles. Acusaban a Williams de ser el responsable y se alegraban de haber hecho justicia por las víctimas.

Cansada después de un día tan intenso, sobre todo desde un punto de vista mental, regresó caminando a casa. La temperatura había subido y a esa hora de la noche resultaba bastante agradable caminar, por eso pensó en darse una ducha y salir a cenar algo por la zona del puerto, en alguna terraza con vistas al mar.

Estaba cerca ya de su edificio cuando sus ojos captaron un Audi Q5 gris metalizado aparcado en ese lado de la calle, justo delante del portal. Esta vez la puerta se abrió cuando se encontraba a pocos metros de él, lo que hizo que todas sus alarmas se activasen. Se detuvo y echó mano con rapidez a su cadera, en busca de la pistola. La tenía empuñada y a punto de desenfundar cuando el ocupante pisó la acera.

—Tranquila —dijo el hombre alzando las manos—. No voy a hacerte nada.

Era Quintero.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella sin soltar la empuñadura de su arma.

—Quería hablar contigo fuera de la comisaría, en un ambiente más relajado —aseguró caminando hacia ella con una fingida sonrisa en los labios.

—No tenemos nada más de lo que hablar —dijo ella dando un par de pasos atrás, lo que hizo que Quintero se detuviese.

—Creo que me debes una disculpa.

—¿Cómo dices?

—Me disparaste sin motivo —dijo bajando las manos.

—¡Estás de coña! —exclamó ella sin perder el rictus serio y

soltando su arma, aunque manteniendo la mano cerca de la cadera.

—Todo fue un malentendido.

—Y lo volverá a ser como no te alejes de mí.

—No hace falta que te pongas así —le replicó él perdiendo la sonrisa—. Tú eres la que me destrozó la vida. Por tu culpa mi mujer se divorció de mí y me expulsaron de la Brigada.

—Lo que deberían haber hecho era expulsarte de la Policía. Eres un puto psicópata.

—¿Y tú no lo eres? Te recuerdo que me disparaste en la pierna.

—Porque intentaste asfixiarme mientras me violabas.

—Yo no te violé, solo era un juego. Pensé que te gustaría.

—¡Y una mierda era un juego! —exclamó Verónica con rabia, a la vez que le señalaba con el dedo—. Vi en tus ojos lo que querías hacerme, cabrón. Si no te llego a disparar, me habrías matado.

—Estás loca.

Fue en ese momento cuando ambos escucharon una voz poderosa que cortó el ambiente como un cuchillo.

—Creo que te ha dejado muy claro que quiere que te largues.

Quintero giró la cabeza con un movimiento seco para mirar al hombre que acababa de cruzar la calle hasta situarse entre ambos.

—¿Y tú quién coño eres?

—¿Santi? —murmuró Verónica, sin poder evitar que una sonrisa de alivio se dibujase en sus labios.

—Un amigo —aseguró deteniéndose a un par de pasos de Quintero —. Será mejor que te largues, como ella te ha pedido.

—¿Quién eres tú, su protector?

—Te aseguro que sabe defenderse muy bien sola, sobre todo de capullos como tú.

—Más te vale tenerme más respeto —le replicó Quintero, desafiante, y señalándole con el dedo—. Estás hablando con un inspector de policía.

—Tu mirada indica más bien que eres un psicópata.

—¿Ah, sí? ¿Es lo que ella te ha contado?

—No hace falta. He tratado con muchos tipos como tú a lo largo de mi vida, gente que se escuda en su trabajo para cometer crímenes y abusos que de otra manera no podría llevar a cabo sin terminar en la cárcel.

—¿Qué pasa, eres adivino?

—No, solo soy alguien que no tendría problemas en pegarte un tiro y enterrar tu cadáver en un lugar donde nadie lo encuentre. —Tras decir eso, dio un paso más hacia él—. Mírame a los ojos y sabrás si estoy mintiendo o digo la verdad.

—Santi, eso no es necesario —intervino Verónica acercándose a ellos, para luego dirigirse a Quintero—. Quiero que te largues ahora

mismo y que no vuelvas a acercarte a mí en lo que te queda de vida. Si lo haces seré yo la que te pegue un tiro y te aseguro que no me costará convencer al juez de que intentaste agredirme de nuevo.

Quintero se mantuvo impasible, mirando desafiante primero a Santi y luego a ella. Tras unos segundos, se dio media vuelta y regresó a su vehículo para ponerlo en marcha y largarse de allí pisando el acelerador a fondo.

No fue hasta perderle de vista que Verónica se dirigió a Santi.

—¿Qué haces aquí?

—Te dije que volveríamos a vernos.

—Ya, pero… ¡Joder! Has aparecido en el momento más oportuno, como casi siempre.

—Es una de mis habilidades. ¿Quién era ese tío?

—Te lo contaré en un lugar más tranquilo. Vamos, tenemos mucho de lo que hablar.

18

Entraron en el pequeño apartamento de Verónica, con solo una habitación, un baño y un salón con cocina americana. Era lo mejor que había encontrado al ser destinada a Santander, al menos en cuanto a la relación entre calidad y precio, suficiente para ella sola. Se quitó la cazadora, que dejó sobre el sofá, y se volvió hacia Santi.

—¿Quién era ese tío? —preguntó él con gesto de preocupación, plantado en la puerta de entrada a la estancia.

—Nadie importante.

—Te escuché decirle que intentó violarte.

—Se lo impedí pegándole un tiro en la pierna, por eso ya no estoy en la Brigada de Homicidios. En ese momento éramos compañeros de investigación.

—¿Cuándo sucedió eso?

—Justo después de regresar de los Estados Unidos.

—¡Joder! —exclamó Santi apretando los dientes—. ¿Y por qué no está en la cárcel?

—Lo echaron de la Brigada y el juez lo condenó a no poder acercarse a mí a menos de trescientos metros.

—¿Y entonces qué hacía aquí?

—Vino a la comisaría esta mañana para entregarme la información sobre una investigación relacionada con la que yo llevo a cabo.

—¿Y por qué te abordó al llegar a casa?

—No tiene importancia.

—Sí que la tiene, ese tío es peligroso. Lo he visto bastante claro cuando le he mirado a los ojos.

—Lo sé y puedo defenderme de él sola, no te preocupes. Además, no es un tema del que me apetezca hablar ahora mismo. Lo que quiero es saber qué haces aquí.

Él se encogió ligeramente de hombros.

—He venido a verte.

—¿Y cómo sabías dónde encontrarme?

—Me dijiste que trabajabas en Santander.

—Sí, pero no te dije dónde vivía.

—Tengo mis métodos para averiguarlo —dijo Santi dando a sus palabras un tono misterioso.

—¿Qué métodos?

—Ya te lo explicaré en otro momento. Ahora quiero saber cómo te encuentras.

—¿Qué métodos? —insistió ella.

—Está bien —dijo soltando un soplido—, ya veo que no vas a parar de preguntar hasta saberlo.

—Pues no.

Santi tragó saliva y luego afirmó:

—La noche que estuvimos juntos en los Estados Unidos instalé un programa espía de posicionamiento en tu teléfono.

—Que instalaste… ¿Qué? —preguntó Verónica abriendo los ojos como platos.

—Era la mejor forma de saber dónde te encontrabas en todo momento.

—¿Pero qué eres tú, otro psicópata? —preguntó casi fuera de sí.

—No te lo tomes de esa manera. Solo quería saber dónde encontrarte cuando regresase a España.

—¿Me estás diciendo que me has tenido controlada todo este tiempo?

—Te aseguro que lo he consultado muy pocas veces, cuando te echaba de menos. —Santi dibujó una suave sonrisa que se borró en cuanto vio que ella no cambiaba su actitud.

—No me lo puedo creer —murmuró Verónica sacudiendo la cabeza y mirando al suelo—. Seguro que has hecho algo más que controlar mi posicionamiento, como mis llamadas, mis mensajes, mis fotos…

—No, nada de eso —se apresuró a aclarar—. Solo el posicionamiento. Te lo juro.

—¿Y piensas que voy a creerte?

Él dio un paso hacia ella, pero al ver que retrocedía, se detuvo.

—Te aseguro que te estoy diciendo la verdad.

Verónica se quedó unos segundos pensativa, hasta que levantó la vista para mirarle de nuevo.

—Por eso sabías que estaba en Londres.

—No lo supe hasta que te vi, aunque reconozco que así averigüe en qué hotel te alojabas. Gracias a eso también pude seguirte de camino al aeropuerto, cuando te llevaron a esa granja.

Verónica sintió que por primera vez en mucho tiempo las piernas le temblaban, por eso se sentó en el sofá.

—¿Para qué has venido, Santi?

—Para decirte que estás a salvo y que ya no debes preocuparte por lo sucedido en Londres. Esta mañana unos terroristas asesinaron al comandante Williams.

—Lo sé, vi las noticias. Dicen que fueron yihadistas.

—Era lógico que terminase así. Ese cabrón mató a mucha gente en Irak y Afganistán y acabó pagando por ello. Ahora ya no podrá hacerte daño.

—¿Y qué hay de los dos hombres a los que mataste? Esos dos

policías.

—No eran policías, eran agentes operativos que trabajaban para Williams. Dudo que nadie los busque ahora que él está muerto y, aunque los encuentren, eso no les llevará hasta ti. Me he asegurado de ello.

—¿Cómo que te has asegurado? ¿De qué modo?

Santi dudó. Durante unos segundos elevó la vista al techo y luego la bajó de nuevo para mirarla a los ojos.

—¿Acaso importa?

—A mí, sí.

—He cobrado un favor que me debían.

—¿Qué tipo de favor?

—Eso es lo de menos.

Verónica recordó entonces lo sucedido en Madrid dos años antes y cómo Santi había huido después de salvarle la vida. Tuvieron que pasar muchos meses hasta que volviese a cruzarse en su vida, en los Estados Unidos, y por algún motivo ese recuerdo hizo que se le encogiese el corazón.

—Vas a volver a desaparecer, ¿verdad? —murmuró.

En ese momento, los ojos de Santi brillaron.

—No, todo lo contrario. También he venido para decirte que por fin me he desligado de Red Point. Soy libre para decidir mi futuro.

—¿Lo dices en serio?

—Te prometí que lo haría.

Verónica se puso en pie y se acercó a él, mientras notaba cómo su corazón se aceleraba.

—¿No vas a irte? —preguntó deteniéndose a un par de pasos.

—No, aunque el problema es que no tengo claro lo que hacer con mi vida a partir de ahora.

—¿Has pensado al menos dónde vas a vivir?

—Eso depende de lo que tú me digas.

—¿Con respecto a qué?

—A esta ciudad. ¿Crees que es un buen lugar para vivir?

—No lo sé, solo hace una semana que llegué aquí. Dicen que en ciertas épocas del año suele llover bastante.

—Estoy acostumbrado a la lluvia.

Al decir eso, dio un paso hacia Verónica, que en esta ocasión no se movió de su sitio. Santi se acercó tanto que pudo percibir su olor corporal, lo que le trajo recuerdos de la noche que habían pasado juntos en los Estados Unidos.

—¿Por qué quieres quedarte aquí? —dijo intentando apartarlos de su mente.

—Porque mis sentimientos hacia ti no han cambiado desde aquella noche.

—Aquello fue… Ha pasado mucho tiempo desde entonces —dijo dando un paso atrás— y yo no soy la misma.

—¿Lo dices por lo que te ocurrió con ese cabrón que te abordó antes?

—En parte, sí, pero también por otras cosas que han pasado en mi vida a lo largo de los años.

—¿Qué cosas?

Verónica negó con la cabeza. No era el momento de mantener aquella conversación con él. No estaba preparada para hablarle del secuestro y los abusos que había sufrido siendo una niña y de cómo eso había marcado su carácter a partir de entonces. Nunca había confiado en los hombres y sucesos como el de Marcos, su último novio, o el propio Quintero no ayudaban a que lo hiciese. A pesar de que Santi le había salvado la vida en dos ocasiones, no podía fiarse de él.

—Lo siento, pero no quiero hablar de ello. Lo único que puedo decirte es que me cuesta confiar en ti después de lo que te vi hacer en Londres.

—Te aseguro que solo quería protegerte.

—Y eso es lo que más me asusta. Te vi matar a dos hombres y cómo eso no parecía afectarte lo más mínimo, igual que sucedió en Madrid cuando Marcos…

—Dame tu mano —la interrumpió Santi avanzando hacia ella de nuevo. Verónica alargó la mano y él la cogió entre las suyas, poniéndola sobre su pecho, a la altura del corazón. Luego la miró directamente a los ojos—. Me enamoré de ti la primera vez que te vi en Madrid y ese sentimiento no ha cambiado desde entonces. Entiendo tus dudas, pero solo tienes que notar los latidos de mi corazón para saber que no te miento. Lo que ocurrió entre nosotros en los Estados Unidos fue algo más que sexo, al menos para mí.

Verónica recordaba muy bien aquella noche. Estuvieron cenando en un pub irlandés, donde bebieron, rieron e incluso bailaron juntos. El exceso de alcohol ayudó a que se dejase llevar y terminase haciendo el amor con Santi en un hotel, llevada por un deseo como hacía tiempo que no sentía por ningún hombre. Incluso notaba todavía en sus labios el sabor de los suyos.

Sin embargo, no podía olvidar lo ocurrido en Londres y lo que había visto en sus ojos después de que asesinase a los dos policías. Era la misma mirada que había visto en él en Madrid dos años atrás, después de salvarle la vida por primera vez. La frialdad de alguien acostumbrado a arrebatar la vida a otro ser humano, sin sentir remordimientos por ello.

—¿Estás bien? —preguntó Santi.

—Lo siento, pero es mejor que dejemos esta conversación para otro

momento —dijo ella apartando su mano y retrocediendo.

—Claro, perdona. Quizás me he precipitado y lo que necesitas ahora es estar sola. Será mejor que me vaya.

—No, por favor, quédate —le pidió. Después de todo, estaba agradecida de todo lo que había hecho por ella y no quería que la conversación terminase de un modo tan brusco—. Me apetece que cenemos juntos y charlemos un rato, aunque sea de otros temas.

—¿Estás segura?

—Con todas las cosas que bullen ahora mismo en mi cabeza, lo que menos necesito es quedarme sola. Eso sí, antes de nada quiero que desinstales ese programa espía de mi teléfono.

—Por supuesto, lo haré ahora mismo.

19

Prepararon juntos una cena ligera y luego se sentaron a comer en la pequeña mesa que había en el salón. Santi enseguida se interesó por su vida y lo ocurrido desde que habían coincidido en los Estados Unidos.

—¿Así que ya eres inspectora?

—Sí.

—¿Te ayudó en algo el curso que hiciste en el FBI?

—No, en realidad lo conseguí gracias a un cambio en el plan de estudios de la Policía, motivado por la necesidad de inspectores que cubriesen la demanda que existe en la mayoría de unidades y comisarías del país. Se han marchado muchos en los últimos años.

—Pensé que una institución como la Policía Nacional tendría previsto algo así.

—Se ve que no. Muchos están hartos de ver cómo las decisiones políticas afectan a su trabajo. Las leyes cambian y casi siempre lo hacen a favor del delincuente, y llega un momento que muchos policías, sobre todo los más veteranos, se plantean si merece la pena seguir.

—¿Tú te lo has planteado?

—En alguna ocasión, pero me gusta este trabajo y de momento no pienso dejarlo. Los inspectores que lo han hecho es porque podían jubilarse ya o han pedido la excedencia. De no darse esa situación, todavía sería subinspectora.

—Eso no quita mérito a que lo hayas conseguido.

—Algunos inspectores no lo ven así.

—¿Quiénes?

—Los que tardaron el doble de tiempo que yo en conseguirlo.

—Es su problema. No permitas que te menosprecien por ello.

—Por eso no te preocupes.

—¿Y qué tal este destino en Santander? ¿Te gusta el trabajo que haces aquí?

—Llevo cuatro días, como quien dice, por lo que todavía es pronto para juzgarlo. De todas formas, puedo decirte que este no es mi destino soñado.

—¿En cuál te gustaría estar?

—En la Brigada de Homicidios y Desaparecidos, donde estaba antes, aunque me valdría con cualquiera de los grupos de homicidios repartidos por España. De todas formas, tendré que esperar bastante

tiempo. Los jefes me han puesto la cruz después de lo ocurrido en Salamanca, así que pasarán unos cuantos años hasta que tenga la oportunidad de regresar.

—No entiendo por qué. Eres muy buena en tu trabajo. ¿Acaso no valoran el curso que hiciste con el FBI?

—Lo único que valoran es que le pegué un tiro en la pierna a un compañero. No me han echado debido a las circunstancias en las que se produjo, pero me consideran inestable.

—Ese cabrón trataba de asfixiarte.

—No les importa. Creen que dañé la imagen de la Policía.

—¿Y él no?

—Ellos no lo ven así.

—Entonces quizás deberías buscarte otro trabajo donde te valoren como mereces.

—No pienso dejar que me derroten —aseguró Verónica—. Además, me gusta este trabajo. Creo que valgo para él.

—Yo también lo creo.

Verónica decidió en ese momento cambiar de tema y hablar menos de ella.

—¿Has pensado a qué te vas a dedicar ahora que has vuelto a España?

—Todavía no lo he decidido. Por suerte, he ganado suficiente dinero para tomarme las cosas con tranquilidad durante una temporada, así que tengo tiempo para pensarlo.

—¿Lo de quedarte en Santander iba en serio?

Santi se encogió de hombros antes de responder.

—Es tan buen lugar como cualquier otro.

—Dicen que aquí hay mucha humedad. ¿No prefieres un clima más cálido, como en el sur o el Levante?

—No me gusta mucho el calor y tampoco sabría qué hacer allí. La verdad es que nunca me había planteado qué hacer después de dejar mi trabajo. ¿Alguna sugerencia?

—Ninguna en la que tengas una arma cerca.

Lo dijo tan seria que Santi se quedó desconcertado. No fue hasta que ella sonrió que dijo: —No seas mala conmigo.

—Te la debía. Todavía no te he perdonado por lo que hiciste en mi teléfono.

—Puedo comprarte uno nuevo, si así te quedas más tranquila.

—No hace falta.

—No me importa, de verdad. También tengo que comprar uno para mí.

—En ese caso cógeme el más caro.

—Vale.

—Y que sea muy seguro. No quiero que nadie pueda controlarme a

través de él.

—Eso está hecho.

Verónica le miró a los ojos unos segundos y luego soltó una carcajada.

—¡Pero qué tonto eres! No tienes que comprarme ningún teléfono.

—De verdad que no me importa.

—Estoy contenta con el mío. Lo único que quiero es poder confiar en ti —dijo más seria.

—Te aseguro que puedes hacerlo.

Después de cenar tomaron un café y hablaron de temas menos importantes, hasta que Verónica miró su reloj y vio que eran cerca de las doce de la noche.

—Mañana tengo que trabajar, así que es mejor que me vaya a la cama. Puedes quedarte a dormir en el sofá, si quieres.

—Debería buscarme un hotel.

—¿A estas horas? ¿Qué pasa, no te gusta mi sofá? —preguntó ella haciéndose la ofendida—. ¿O es que estás acostumbrado a *suites* de cinco estrellas?

—Si te contase los sitios donde he tenido que dormir, te asombrarías. En una ocasión incluso me dormí mientras caminaba durante una patrulla.

—En ese caso, iré a buscar una manta y una almohada.

—¿Estás segura? No quisiera incomodarte.

—No seas tonto. Aunque no lo parezca, me alegra verte y me encantaría que mañana desayunásemos juntos antes de irme a trabajar.

—A mí también me encantaría.

—Entonces voy a por una manta.

—¿Podrías traerme una toalla? Me gustaría ducharme antes de dormir, si no te importa.

—Claro, no hay problema.

Unos minutos después, mientras Santi estaba en la ducha, ella se metió en la cama. Normalmente, dormía desnuda, pero en esta ocasión no le pareció lo más acertado, ya que solía levantarse a media noche para ir al baño. Por ese motivo se puso una camiseta.

Desde la cama escuchó el agua correr, lo que le trajo recuerdos de su encuentro con Santi en los Estados Unidos y la ducha que se habían dado juntos después de hacer el amor buena parte de la noche. Todavía recordaba el olor de su piel y la suavidad de sus labios recorriendo la suya. Esos pensamientos hicieron que comenzase a acalorarse, hasta el punto que tuvo que destaparse.

Por suerte, no tardó en escuchar cómo se cerraba el grifo y un minuto después vio a través de su puerta entreabierta la figura de Santi saliendo del baño para regresar al salón. Eso hizo que sus

pulsaciones bajasen de intensidad. Aun así, no logró conciliar el sueño. En principio lo achacó al café que había tomado después de cenar, algo que no era habitual en ella. No tardó en darse cuenta de que era otra cosa la que la impedía dormir. La sola idea de que Santi estuviese durmiendo en la sala de al lado hizo que dentro de ella creciese un deseo que cada vez le costó más dominar.

—Necesito una ducha fría —murmuró mientras saltaba de la cama.

Justo iba a salir de la habitación, cuando la luz del pequeño pasillo se encendió y casi chocó de bruces con Santi.

—Perdona, ¿te he despertado? —preguntó él.

—No, es que tenía calor.

Solo llevaba puesto un bóxer, dejando a la vista su torso desnudo y musculado.

—Se me había olvidado colgar la toalla en el baño para que se seque —dijo mostrándola en su mano.

Ella le miró de arriba a abajo y acto seguido se acercó para besar sus labios, un beso que él aceptó, algo desconcertado.

—¿Estás segura de esto? —murmuró cuando se separaron.

—Es de lo único que estoy segura ahora mismo —dijo cogiéndole de la mano y guiándolo a su habitación.

20

Verónica se despertó abrazada a Santi y con una sonrisa tan amplia que supo que no se le iba a borrar de la cara en todo el día. Faltaban cinco minutos para que sonase el despertador, así que ronroneó y se pegó a él más todavía para impregnarse del olor de su piel.

—¿Ya estás despierta?

—Me tengo que levantar en cinco minutos.

—Una lástima. Mi mejor momento de actividad sexual es por las mañanas.

—Pues anoche no lo hiciste nada mal.

Santi soltó una carcajada.

—Llevaba mucha tensión sexual acumulada, desde que estuvimos en Estados Unidos.

Verónica levantó la cara para mirarle.

—¿Vas a decirme que no te has acostado con ninguna mujer desde entonces?

—No. ¿Tanto te cuesta creerlo?

—En un tío, la verdad es que sí.

—Yo no soy un tío cualquiera.

—Eso es cierto —dijo ella riendo, a la vez que se ponía encima de él.

—Pensé que tenías que irte a trabajar.

—Y tengo que irme —aseguró besándole con pasión. Tras el beso, le miró a los ojos—. ¿Qué vas a hacer hoy?

—Lo primero será buscar un hotel.

—De eso nada. Te quedas aquí conmigo.

—¿Estás segura?

—Muy segura. Podemos vernos luego para comer y después dar un paseo, así te enseño la ciudad.

—¿No estarás liada?

—Con un poco de suerte, lo más probable es que el caso que estoy investigando pase a manos de la Brigada de Homicidios. Y, a no ser que me asignen otro, hoy será un día tranquilo. Podré tomarme la tarde libre, sin problemas.

—En ese caso, no pasa nada si llegas un poco tarde al trabajo —dijo mordiendo su cuello y provocando que ella soltase una carcajada.

Verónica entró a trabajar ese día con media hora de retraso, aunque nadie se lo recriminó. Fue directa a su oficina, para así no tener que dar explicaciones de por qué lucía una sonrisa de oreja a oreja y todavía tenía las mejillas ardiendo.

Si la noche anterior Santi y ella habían hecho el amor como dos caballos desbocados que llevaban tiempo deseándolo, lo de esa mañana al despertarse había sido como tocar el cielo. La delicadeza con la que él la había tratado, logró que alcanzase unos límites de placer que no conocía hasta ese momento. Sin duda, la conexión que había entre ellos era muy especial y de no ser por su trabajo se habría quedado todo el día en casa haciendo el amor con él, hasta que su cuerpo le dijese basta.

Apenas llevaba un minuto sentada en su silla cuando Parra irrumpió en su despacho.

—Jefa, ¿vio anoche el programa de televisión?

—¿Qué programa? —preguntó con aire distraído.

—El de Grissom. Trataba sobre los crímenes del Asesino del tatuaje.

—¿Ya le han puesto un nombre?

—Eso parece. El programa tuvo bastante éxito.

—La verdad es que anoche no vi la tele. ¿Dijo algo interesante?

—Básicamente, que ya había cometido tres crímenes y que seguiría matando si no le detenían. Llevó a un par de expertos en psicología criminal y a un forense que analizó las escenas de los crímenes. Estuvo muy interesante y todos coincidieron en que el asesino no tiene ningún criterio a la hora de elegir a las víctimas, que son aleatorias.

—Sí, es lo que parece.

—¡Me encanta ese Grissom! Es buenísimo en lo suyo.

—No tanto —le contradijo ella—. Si lo fuese, no haría públicos los detalles de los crímenes.

—Pues gracias a eso, después de terminar el programa recibió un montón de llamadas de ciudadanos con pistas para ayudar a atrapar al asesino. Lo leí antes en Internet.

—Lo más probable es que ninguna de esas pistas conduzca a nada. De todas formas, es casi seguro que el caso pase a manos de la Brigada de Homicidios y Desaparecidos de Madrid.

—¿Lo dice en serio? —preguntó Parra, sorprendido.

—Ayer hablé con ellos. Veremos qué deciden al final.

—¿Eso quiere decir que podremos disfrutar de un fin de semana tranquilo?

—Ya veremos. De momento voy a reunir toda la información que tenemos del caso para remitirla en cuanto me la pidan. Puedes tomarte este viernes de relax, aunque estate pendiente del teléfono por si te necesito.

—De acuerdo.

Parra se marchó, dejándola de nuevo en el despacho a solas con sus pensamientos. Le costó varios minutos concentrarse y ponerse a trabajar, mientras las imágenes de lo vivido con Santi en las últimas horas inundaban su mente.

El tiempo pasó demasiado lento, en parte por las ganas que tenía de que llegase el momento de la comida, para reencontrarse con él. Había quedado en esperarla en casa hasta que saliese de trabajar.

Faltaba menos de una hora cuando recibió una llamada en el teléfono de su mesa.

—¿Inspectora Cuevas? —preguntó una voz de hombre.

—Sí.

—Soy el inspector Zabala, de la Brigada de Homicidios y Desaparecidos.

—Encantada.

—El inspector jefe Olaya me ha hablado muy bien de ti. Dice que antes de ascender estuviste aquí destinada.

—Así es.

—Yo llevo cinco meses.

—Me alegro por ti —le replicó sin mucha emoción.

—La cuestión es que me han puesto a cargo de los crímenes del Asesino del tatuaje.

—Ya veo que el nombre es oficial.

—Sí, bueno… —dudó—. El programa de televisión de anoche ha provocado bastante revuelo y al final han decidido que se encargue la Brigada.

—Me parece bien.

—Voy a necesitar todo lo que tengas sobre el crimen cometido en Santander.

—No hay problema, ya lo tengo preparado.

—¡Perfecto! He llamado a Burgos y he hablado con el inspector Quintero. Ya me ha remitido todo lo que tenía sobre el crimen cometido allí.

Verónica se sintió aliviada al saber que ya no estaba en Santander.

—En cuanto al crimen de Tarragona —prosiguió Zabala—, el subinspector Navarro de los Mossos d’Esquadra me ha dicho que colaborará con nosotros en todo lo que necesitemos. Esperemos que entre unos y otros logremos atrapar a ese asesino.

—Yo también lo espero.

—Es probable que la semana que viene me acerque a Santander a verte, aunque antes necesito revisar la documentación de los tres crímenes. También he solicitado comparar las tres balas, tal y como le indicaste al inspector jefe Olaya.

—Estaré aquí para lo que necesites.

La conversación no duró mucho más. Verónica se despidió de él y acto seguido le envió por correo electrónico toda la documentación sobre el crimen de Paloma Riesgo. Luego pasó por el despacho del comisario para informarle de que el caso ya no lo llevaban ellos. La sonrisa de Antúnez al escuchar la noticia le dejó claro el alivio que sentía por quitárselo de encima.

Verónica aprovechó la situación para comunicarle que pensaba tomarse el fin de semana libre y descansar de las emociones de los últimos días, algo a lo que no le puso ningún inconveniente.

Minutos después salía de la comisaría pensando que sería una buena idea alejarse unos días de la ciudad y comprobar si lo que había nacido entre Santi y ella podía tener algún futuro.

21

Alquilaron una casa rural en San Vicente de la Barquera, un pueblo situado a sesenta kilómetros de Santander, donde tuvieron la suerte de disfrutar de un tiempo casi veraniego. A pesar de que todavía estaban a finales del mes de junio, había muchos turistas y muy buen ambiente en las terrazas de los bares.

Fue un fin de semana muy especial para ella. Como volver a la adolescencia, a ese amor de juventud, sin preocupaciones, en el que todo pasaba a un segundo plano. Hicieron el amor hasta caer rendidos, caminaron por las calles del pueblo cogidos de la mano, se dieron besos furtivos cuando no se sentían observados e incluso se rieron a carcajadas gastándose bromas el uno al otro. En cierto modo fue como si el mundo se hubiese detenido a su alrededor y todas las preocupaciones desapareciesen.

Sin embargo, conforme se acercaba el momento de regresar a Santander, Verónica no pudo evitar que cierto desasosiego la asaltase. Como si su subconsciente tratase de avisarla de que esa felicidad era circunstancial y que había cuestiones que seguirían ahí una vez regresase su rutina diaria.

Por ese motivo, mientras daban el último paseo junto a la ría, se atrevió a decir: —Supongo que ahora que ya no trabajas para Red Point, puedes contarme lo que hacías para ellos.

—¿Por qué quieres saberlo? —preguntó él mirándola de reojo mientras caminaban cogidos de la mano.

—Para averiguar quién eres realmente.

—¿Acaso no lo sabes ya?

—Solo sé lo que me has contado, pero, si queremos que esta relación vaya a alguna parte, necesito saber más.

—No necesitas conocer mi pasado para averiguar quién soy y lo que siento por ti.

—Para mí eso no es suficiente.

Al escuchar eso, Santi se detuvo y la miró a los ojos.

—¿No es suficiente?

—Después de lo que me sucedió con Marcos hace dos años, mi confianza en los hombres ha disminuido bastante, sobre todo en lo que respecta a los que forman parte de mi vida. No quiero volver a cometer un error semejante.

—¿Crees que yo también quiero hacerte daño?

—No, pero creo que guardas demasiados secretos.

—Si lo hago, es para protegerte.

—No entiendo por qué.

—Ya viste lo que sucedió en Londres, después de que Williams descubriese que habías estado hablando conmigo. Mi trabajo y la empresa para la que trabajaba es… —Santi resopló, como si no encontrase las palabras adecuadas—. Es un mundo demasiado peligroso, como has podido comprobar.

—¿Te refieres al asesinato de Richard Brown o al de esos dos policías a los que disparaste?

—No eran policías. Bueno, puede que ahora sí lo fuesen —rectificó—, pero antes eran mercenarios que trabajaban para una empresa militar privada.

—Como hacías tú.

—No exactamente. Mi empresa no realizaba ese tipo de operaciones.

—¿A qué operaciones te refieres? ¿Qué es lo que tú hacías?

—Ya te he dicho que no puedo hablarte de ello.

—Pero sabes a qué se dedicaba Williams.

—Sí.

—Y él te conocía. —Al ver que Santi no decía nada más, afirmó—: No estabas en ese pub de Londres por casualidad, ¿verdad?

Santi sacudió la cabeza, contrariado, y se pasó la mano por el cabello, como si eso le ayudase a pensar.

—Verás, yo… No estoy orgulloso de algunas operaciones en las que he participado durante estos años, pero te aseguro que no le he hecho daño a nadie que no se lo mereciese.

—Eso no me aclara mucho —le replicó ella.

—Entiendo que tengas dudas y te prometo que responderé a todas tus preguntas, pero yo también necesito tiempo. —Santi posó su mano sobre la mejilla de Verónica y la acarició con delicadeza—. Lo que no debes dudar nunca es que te quiero y que haría cualquier cosa para protegerte. No permitiría que alguien te hiciese daño, ni siquiera yo mismo.

—No sé si eso me tranquiliza —le replicó ella poniendo la mano sobre la suya y dibujando una tímida sonrisa.

—Eres lo más importante para mí en esta vida y me gustaría pasar el resto de mis días a tu lado.

—¿Es una proposición de matrimonio?

—Es mi manera de cambiar de tema —dijo Santi antes de besar sus labios.

Verónica aceptó el beso y luego cogió su mano para continuar con el paseo, mientras observaba cómo al fondo el mar se oscurecía por las nubes grises que se cernían sobre él.

Esperó que no fuese un mal presagio de lo que estaba por venir.

22

La nueva semana empezó para Verónica con el recuerdo del fin de semana tan especial que habían pasado junto a Santi, lo que provocó que la vuelta al trabajo se le hiciese un poco cuesta arriba. Y más cuando el subinspector Parra entró en su despacho casi a la carrera a primera hora del lunes.

—Jefa, menudo follón se ha montado en todas las televisiones.

Verónica alzó la mano para detenerle, sentada tras su mesa.

—Acabo de llegar a la oficina, después de pasar un fin de semana de relax y desconexión. ¿Podrías esperar al menos a que me tome un café?

—¿Es que no se ha enterado?

—¿De qué?

—Ayer apareció muerto en su casa Cándido Morales, el que fue ministro de Sanidad. Le pegaron un tiro en la cabeza —No me suena, aunque nunca me ha preocupado la política.

—Pues ahora viene lo mejor. ¡Tenía un número tatuado en el cuello!

—¡No jodas!

—Lo que oye —dijo Parra, visiblemente emocionado—. Y adivine qué número.

—Imagino que el cuatro.

—No, el tres.

Verónica se puso en pie de inmediato.

—¿Cómo que el tres?

—Así es.

—Eso no encaja.

—Lo mismo pensé yo. ¿Cree que el Asesino del tatuaje está jugando al despiste con nosotros o que tiene un imitador?

Durante unos segundos, Verónica se quedó pensativa. Algo en aquel asunto no tenía sentido.

—¿Cuándo dices que le asesinaron?

—El sábado de noche, aunque el cuerpo no se encontró hasta el domingo a media mañana. Me parece que los de la Brigada de Homicidios van a tener bastante trabajo —concluyó Parra antes de abandonar la oficina.

En cuanto Verónica se quedó sola, descolgó el teléfono y llamó a Madrid para hablar con el inspector Zabala, pero le dijeron que estaba ocupado y que la llamaría en cuanto fuese posible.

Mientras esperaba, decidió averiguar lo que pudiese por su cuenta. Hizo una búsqueda en Internet y de inmediato le aparecieron diversos enlaces con la crónica del asesinato del exministro. Un vistazo rápido le dejó claro que la noticia estaba teniendo bastante impacto.

Cándido Morales había ocupado el cargo de ministro de Sanidad durante cuatro años, en el momento más convulso del gobierno de la época, en la que salieron a flote varios casos de corrupción. Uno de ellos le había salpicado a él en concreto. Había sido por un medicamento llamado Maxitina que se diagnosticaba a las mujeres con menopausia y que tuvo unos efectos secundarios terribles.

Se trataba de un tratamiento que, según aseguraba la farmacéutica, mitigaba muchos de los síntomas y consecuencias físicas que provocaba la menopausia, como los sofocos o los cambios en el estado de ánimo y la sexualidad. En un principio resultó casi milagroso y su uso se extendió por toda Europa, hasta que la OMS lanzó una alerta mundial sobre las contraindicaciones de la Maxitina. A partir de ese momento, muchos países lo prohibieron, pero en España se siguió suministrando, hasta que saltaron a la luz los primeros casos de graves enfermedades provocadas por él. Finalmente, se retiró de todas las farmacias, aunque ya fue demasiado tarde. Se produjeron varios fallecimientos y muchas mujeres sufrieron las graves secuelas, en la mayoría de los casos porque los tratamientos que las contrarrestaban eran demasiado costosos y no todo el mundo se los podía permitir.

Lo peor fue que el Ministerio de Sanidad, con Cándido Morales como cabeza visible, se negó a asumir esos costes, apoyándose en que no estaba demostrado que el medicamento estuviese relacionado directamente con las enfermedades que padecían las pacientes. Las protestas pidiendo su dimisión fueron numerosas, aunque aguantó en el cargo hasta terminar la legislatura y luego se retiró de la política para pasarse a la sanidad privada. En el momento de su asesinato llevaba dos años jubilado.

En cuanto al crimen, la prensa no parecía tener demasiados datos, más allá de lo que ya le había comentado Parra. Había recibido un disparo en la cabeza, estando en su casa, y tenía el número tres tatuado en la nuca. Este último dato, al parecer, lo había hecho público Emilio Grissom en un programa especial la noche anterior, que señaló al Asesino del tatuaje como autor del asesinato.

Lo primero que desconcertó a Verónica fue el hecho de que la víctima tuviese tatuado el número tres. De ser así, uno de los dos últimos crímenes no encajaba con los anteriores. No tenía sentido que el asesino hubiese repetido el mismo número, lo que le llevó a preguntarse si uno de ellos podía haber sido cometido por un imitador, para encubrirlo.

No sería la primera vez que ocurría. En los Estados Unidos, a día

de hoy, seguía estando viva la polémica sobre la autoría de los crímenes del Estrangulador de Boston. Según le habían explicado en la Academia del FBI, la mayoría de expertos no creían que todos los asesinatos los hubiese llevado a cabo Albert DeSalvo, el único detenido y condenado por ellos. Algunos de los crímenes, teniendo en cuenta la edad y la etnia de las víctimas, sugerían que habían sido llevados a cabo por otro asesino, imitando los métodos del Estrangulador. ¿Sería este el caso?

Justo en ese momento escuchó el sonido del teléfono de su mesa, así que descolgó esperando que fuese el inspector Zabala. Le sorprendió escuchar una voz distinta, que en un primer momento no reconoció.

—Buenos días, inspectora.

—¿Quién es?

—Soy Emilio Grissom. Imagino que ya sabrás lo ocurrido ayer en Madrid.

—Sí, acabo de enterarme.

—Anoche hice un programa especial que tuvo muchísima audiencia. Después de este cuarto crimen, el Asesino del tatuaje se ha convertido en toda una celebridad en el país.

—Perdona, ¿has dicho cuarto?

—Sí ¿Acaso tienes dudas de que este crimen también sea obra suya?

—No lo tengo muy claro. No me encaja que repitiese el tatuaje con el número tres.

—Eso es porque llevas poco tiempo en este trabajo —aseguró con tono de suficiencia—. Sabía que el asesino intentaría en algún momento despistarnos, por eso ha tatuado de nuevo el número tres, aunque esta víctima sea la cuarta. Del mismo modo que en el crimen de Laredo utilizó una pistola diferente a la que usó en los dos primeros asesinatos. Su objetivo es despistar a los investigadores.

—¿De dónde has sacado esa información de la pistola?

—Ya te dije que tengo mis fuentes. También sé que la Brigada de Homicidios y Desaparecidos se ha hecho cargo de la investigación, tal y como te aconsejé.

—Ya veo que estás bien informado.

Grissom soltó una breve carcajada.

—Imagino que habrá sido un alivio para ti que ellos se hagan cargo de la investigación.

—Para mí el alivio sería que el asesino dejase de matar.

—Para ti y para todos, eso está claro.

—Puede que para la audiencia de tu programa no tanto —le replicó ella con ironía. Seguro que estaba encantado con que el asesino siguiese matando, así tenía contenido fresco para su programa

—. ¿Querías algo de mí?

—Solo quería saber si estabas al corriente de lo ocurrido y comentarlo contigo. Parece que yo tenía razón y que el Asesino del tatuaje no sigue ningún patrón en la elección de las víctimas.

—La verdad es que ya no es algo que me preocupe. Como bien dices, ahora es competencia de la Brigada.

—Pues sí —murmuró—. Bueno, también quería decirte que tienes abiertas las puertas de mi programa por si alguna vez quieres intervenir. En la televisión se paga muy bien a los colaboradores. Podemos quedar para tomar una copa un día de estos, incluso cenar juntos, y así te lo explico todo.

—De momento no estoy interesada, gracias.

Verónica decidió dar la conversación por terminada y se despidió de él de manera un poco fría.

Tampoco deseaba darle más vueltas a unos crímenes que ya nada tenían que ver con ella.

23

Pasó el resto de la mañana mirando cada poco la hora en su reloj. Había quedado a las dos de la tarde con Santi en el bar situado a cien metros de la comisaría, para desde ahí ir juntos a comer a un restaurante que conocía en la playa de El Sardinero.

Sin ningún caso nuevo al que dedicarle su tiempo, aprovechó para leer un par de manuales del FBI que se había traído consigo tras su estancia en la Academia de Quantico, sobre perfilación de criminales y asesinos en serie. Una lectura bastante amena, con casos reales, que la tuvo entretenida hasta que por fin llegó la hora de salir.

Se disponía a abandonar su pequeña oficina, cuando una figura se recortó en la puerta. Era una mujer bastante atractiva, de aspecto atlético y alrededor de metro setenta de altura. Calculó que andaría por los treinta años. Su pelo rubio, casi platino, estaba recogido en una cola de caballo. Vestía unos vaqueros azules muy apretados y una camiseta blanca con el logo en grande de una conocida marca deportiva, a la altura del pecho.

—Hola. Imagino que eres la inspectora Cuevas. —Su voz sonaba clara y segura.

—Sí.

La recién llegada entró y se acercó a ella para tenderle la mano.

—Soy Katia Romero, del Centro Nacional de Inteligencia.

—Encantada —dijo mientras se la estrechaba—. ¿Qué necesita de mí el CNI?

—Información.

—Tú dirás.

—¿Conoces a un hombre llamado Santiago Murillo Luján?

Verónica intentó mantenerse impasible.

—Sí. Hace dos años me salvó de morir estrangulada a manos de un asesino en serie.

—¿Y después de eso has vuelto a verle?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Eso es cosa mía —dijo endureciendo el gesto—. Bueno, mía y del CNI.

Verónica la observó durante unos segundos con detenimiento. Algo le decía que aquella mujer tenía algún tipo de relación personal con él.

—¿El CNI lo busca? —preguntó.

—Digamos que estamos interesados en encontrarle.

—¿Tiene algo que ver con lo que ocurrió hace dos años en Madrid? —preguntó, recordando el modo tan precipitado en que Santi había huido.

—Entre otras cosas.

—Lo único que puedo decirte es que en aquel momento salió del país y desde entonces no he vuelto a saber de él —dijo Verónica de la manera más natural posible—. Algo que tampoco es extraño, dado que se cursó una orden de detención contra él.

—¿Por qué queríais detenerle?

—Asesinó a un hombre a sangre fría y luego desapareció.

—¿Y dices que no has vuelto a verle?

—Me temo que no.

Ahora fue la agente del CNI quien la miró con interés, como intentando adivinar si sus ojos escondían algo.

—Me gustaría que me contases lo que te ocurrió en Londres la semana pasada.

—¿Te refieres al sospechoso que seguí hasta allí?

—Sí.

Verónica se encogió de hombros antes de responder.

—No hay mucho que contar. Lo asesinaron dentro de un pub poco después de que Scotland Yard se hiciese cargo del seguimiento.

—¿Viste lo que ocurrió?

—No, yo estaba fuera del local en ese momento. Solo sé que alguien le disparó y que luego escapó de la policía.

—¿Conoces a un comandante de Scotland Yard llamado Frederick Williams?

—Sí, fue con el que hablé durante mi seguimiento. Después de lo ocurrido se ocupó de buscarme un alojamiento y al día siguiente dos de sus hombres me llevaron al aeropuerto, para subirme a un avión de regreso a España.

—¿Sabes que le asesinaron la semana pasada?

—Sí, lo vi en televisión. Fueron los yihadistas, según tengo entendido.

—Ellos reivindicaron el atentado, pero no está claro —murmuró la agente, pensativa.

—Escucha… Katia —dijo entonces Verónica, mirando su reloj—. Me gustaría seguir hablando contigo, pero es la hora de salida. Si no tienes nada más que preguntarme…

—¿Me dejas invitarte a una cerveza? Así podremos charlar tranquilamente y te cuento de verdad por qué estoy aquí.

En un primer momento, Verónica pensó en negarse, aunque no se le ocurrió ninguna disculpa convincente. Además, la curiosidad pudo con ella. Necesitaba saber qué quería en realidad esa mujer. El problema era cómo avisar a Santi, que se suponía que la estaría

esperando en la puerta del bar situado cerca de la comisaría. No tenía forma de comunicarse, dado que todavía no tenía teléfono, aunque había un modo de saber si estaba allí.

—Antes tengo que ir al baño. Será un minuto.

Los aseos de esa planta daban a la calle principal de la comisaría, así que una vez dentro se asomó para ver si Santi se encontraba en la puerta del bar. Le sorprendió que no fuese así, por lo que supuso que todavía no había llegado o quizás la estaba esperando dentro.

Regresó junto a Katia y bajaron juntas a la planta baja. Nada más salir del edificio, la agente señaló en dirección al bar donde había quedado con Santi.

—He visto aquel bar de la que venía. Parece un buen sitio para charlar.

—Lo dudo, a esta hora estará lleno de policías que terminan turno —le replicó Verónica—. Mejor vamos a uno que conozco a dos calles de aquí, más tranquilo.

—Prefiero ese, si no te importa. No tengo mucho tiempo.

—De acuerdo —dijo para no levantar sospechas.

Cruzaron la carretera, mientras Verónica miraba a ambos lados para asegurarse de que Santi no estaba cerca. Tampoco estaba en la puerta, por eso, una vez dentro del bar, lo buscó con la mirada. Respiró aliviada al comprobar que no se encontraba allí.

—Aquel parece un buen lugar —dijo Katia señalando una mesa vacía al fondo del local, en un rincón apartado de las mesas más cercanas.

Un camarero se acercó en cuanto se sentaron, así que pidieron un par de cañas.

—¿A qué viene tanto interés por Santi? —preguntó Verónica cuando se quedaron solas.

—Estoy preocupada por él —respondió Katia.

—Eso quiere decir que lo conoces personalmente.

—Hemos trabajado juntos en el pasado.

—¿En el ejército?

—Se podría decir que sí.

Katia era una mujer muy guapa, por lo que no pudo evitar sentir celos al preguntarse qué tipo de relación existía entre ellos.

—Dime una cosa, Katia. ¿Cómo consigue una mujer entrar en el CNI?

—Depende. Unas veces eligen entre los candidatos que se presentan voluntarios y otras son ellos los que te buscan.

—¿Y en tu caso?

—Me captaron hace cinco años. Entre en la Academia de Suboficiales muy joven, con veinte años, y nada más salir hice el curso de Operaciones Especiales. Luego estuve destinada al Mando de

Operaciones Especiales, donde realicé varias misiones en el extranjero. En una de ellas conocí a Santi.

—Entiendo.

—La cuestión es que un día recibí una llamada del CNI. Estaban buscando mujeres con un determinado perfil y la propuesta me pareció sugerente.

—¿Y cómo es trabajar para ellos?

—Depende. A veces aburrido y otras muy emocionante. Si estás interesada, puedo conseguirte una entrevista. Siempre están buscando nuevos talentos.

—De momento me gusta lo que hago. Dime una cosa, Katia. ¿Santi trabajó para el CNI?

—Directamente, no.

—¿Qué quieres decir?

—A veces subcontratamos ciertos servicios y Santi es muy bueno en lo suyo.

—¿Qué significa «en lo suyo»?

En ese momento el camarero posó las dos copas de cerveza sobre la mesa, así que Katia cogió la suya y bebió la mitad del contenido de un solo sorbo.

—Perdona, estaba sedienta —afirmó dibujando una débil sonrisa, mientras posaba la copa en la mesa—. Está claro que no sabes mucho de Santi. ¿Me equivoco?

—Sé lo que averigüé hace dos años cuando desapareció después del tiroteo: que trabajaba para una empresa de seguridad privada llamada Red Point y que había sido militar antes de eso, en el ejército español.

—Cuando le conociste en Madrid había dejado la empresa, aunque luego volvió a ella. Imagino que ellos le sacaron del país antes de que pudieseis detenerle. —Al ver que no decía nada, añadió—: No pareces sorprendida.

—Imaginaba que sería algo así. —Ahora fue Verónica la que tomó un sorbo de su cerveza—. Todavía no me has dicho de qué querías hablar conmigo.

—Está bien. Antes de nada quiero que sepas que no he sido del todo sincera contigo. No estoy aquí por lo que sucedió hace dos años en Madrid. El verdadero motivo es que hace dos días recibimos en el CNI una petición del servicio de inteligencia inglés, para que les avisásemos si localizábamos a Santi en territorio español.

—¿Por qué motivo?

—Nos adjuntaron un vídeo de unas imágenes en las que se le ve en Londres, cerca del lugar donde asesinaron a un ciudadano inglés llamado Richard Brown, apenas un minuto después de su muerte. En ellas se ve a Santi hablando con una mujer. —Hizo una breve pausa

para ver su reacción y, al no producirse, continuó—. Ella le estaba apuntando con una pistola, aunque luego la bajó y habló con él durante un par de minutos, hasta que alguien la llamó por teléfono. En ese momento le dio la espalda y Santi huyó.

Estaba claro que había visto las imágenes, por lo que no merecía la pena negar que era ella con quien hablaba.

—Pensé que podía ser el autor del tiroteo —se justificó Verónica—, pero las explicaciones que me dio me convencieron de que no estaba implicado.

—¿Y qué explicaciones fueron esas?

—Eso es lo de menos. Él no mató a Richard Brown.

Katia la miró unos segundos a los ojos y luego afirmó: —Yo tampoco lo creo, no es su forma de actuar. Sí lo es lo que sucedió luego con el comandante Williams y por eso necesito hablar con él.

—¿Y qué te hace suponer que yo sé dónde está?

—Tu mirada. Está claro que estás enamorada de él. Lo sé porque yo también lo estuve.

24

Eran cerca de las tres de la tarde cuando Verónica regresó a casa. Dado que no tenía forma de contactar con Santi, esperaba encontrarlo en el portal. En principio no fue así, lo que empezó a preocuparla. Estaba metiendo la llave en la cerradura cuando le escuchó a su espalda.

—Has tardado.

Ella se volvió y lo miró aliviada.

—¿Dónde estabas?

—Lo siento, pero tuve que irme.

—¿Por culpa de Katia?

Se dio cuenta al instante de que él no se sorprendía al escuchar su nombre.

—Sí, la vi entrar en la comisaría y supuse que iba a verte.

—¿Por eso desapareciste?

—Es mejor que hablemos de todo esto en tu apartamento.

—De acuerdo.

Un minuto después entraban en casa de Verónica, sin haber cruzado una sola palabra más de camino.

—Tengo que conseguir un teléfono —afirmó él—, así podremos estar comunicados en todo momento. Era lo primero que tenía que haber hecho al llegar aquí.

—¿Eso significa que no vas a largarte?

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Katia dice que estás metido en un lío.

—¿Qué clase de lío?

—No me lo dijo.

Santi forzó una sonrisa.

—Katia exagera. Se preocupa demasiado por mí.

—¿De qué la conoces?

—Es una amiga del pasado, nada más. Espero que no estés celosa.

—¿Tengo motivos para estarlo? —le replicó para ver su reacción.

En realidad, Verónica no tenía derecho a echarle nada en cara. Y más teniendo en cuenta que ella estaba con otro hombre cuando había conocido a Santi. No podía reprocharle nada de su vida pasada, aunque eso no impedía que sintiese celos de una mujer tan guapa como Katia.

—Desde luego que no —aseguró él—. Mi relación con ella fue hace mucho tiempo.

—Pues parecía estar muy preocupada por ti.

—Ya te digo que no hay motivo. ¿Qué fue exactamente lo que te contó?

—En realidad, no mucho. Me dijo que hubo algo entre vosotros hace tiempo, aunque no especificó cuándo.

—Fue mucho antes de conocerte en Madrid.

—¿Cuando estabas en Red Point o en el ejército?

Santi dudó unos segundos. No parecía muy dispuesto a hablar de ello, aunque al final asintió con la cabeza.

—En el ejército. Nos conocimos durante una misión y tuvimos un lío. Después de eso no volví a coincidir con ella hasta unos años más tarde, cuando estaba en el CNI. Mi empresa recibió un encargo y volvimos a vernos.

—Y me imagino que surgió de nuevo la llama —murmuró Verónica.

—La verdad es que no —dijo Santi con rotundidad—. Esa llama se había apagado hace tiempo y ahora solo somos amigos. De todas formas, la última vez que la vi fue antes de conocerte.

—¿Y no has tenido nada con ella desde entonces?

—No, puedes estar tranquila. —Él se acercó y le acarició la mejilla —. Te aseguro que no te mentí al decir que eres la mujer de mi vida. La única.

Verónica aceptó el beso que le dio y luego dijo: —Katia me peguntó por lo sucedido en Londres. Al parecer, los ingleses mandaron al CNI el vídeo en el que se nos ve a los dos hablando, el mismo que Williams me enseñó en su despacho, y pidieron que les avisasen si te localizaban en territorio español.

—Yo no me preocuparía por eso —afirmó con aparente tranquilidad.

—También me dijo algo más, referente a lo ocurrido en Londres. Según ella, no tuviste nada que ver con la muerte de Richard Brown.

—Ya te lo dije.

—Sin embargo, aseguró que el asesinato de Williams coincide más con tu forma de actuar.

—¿A qué forma de actuar se refiere?

—No me lo dijo. Después de eso me pidió que, si tenía contacto contigo, te dijese que por favor hablases con ella. Estará alojada hasta mañana aquí en Santander, en el hotel Sol. Luego terminó su cerveza y se largó del bar. ¿Crees que sabe lo que sucedió con esos dos supuestos policías?

Santi negó con la cabeza, antes de responder.

—Lo dudo. De todas formas, no quiero que te preocupes.

—¿Cómo no voy a estar preocupada? El CNI te está buscando.

—No me buscan a mí, quieren respuestas. Tranquila, lo solucionaré

—dijo a la vez que la abrazaba.

Verónica apoyó la cara en su pecho y le rodeó la cintura con los brazos.

—No quiero que tengas que huir otra vez —murmuró—. No quiero perderte.

—Eso no va a ocurrir, te lo prometo.

25

No volvieron a hablar del tema. Al día siguiente Verónica acudió al trabajo como si todo hubiese vuelto a la normalidad, aunque pronto comprendió que la tranquilidad iba a durar poco.

Apenas llevaba media hora en su oficina cuando recibió una llamada del inspector Zabala, de la Brigada de Homicidios.

—Buenos días, Cuevas. Espero no pillarte liada.

—No, tranquilo.

—Imagino que sabes lo del asesinato del exministro de Sanidad.

—Sí, me enteré ayer cuando vine a trabajar.

—Creemos que este asesinato es el tercero que comete el asesino al que perseguimos.

—¿Lo dices porque le tatuó el número tres en la nuca?

—No solo por eso. Acaba de llegarme el informe de balística, que confirma que la bala que lo mató salió de la misma arma que se usó en los crímenes de Tarragona y Burgos. El crimen de Cantabria es el único que se cometió con otra arma distinta. Imagino que sabes lo que eso significa.

Verónica asintió con la cabeza antes de responder.

—El Asesino del tatuaje no mató a Paloma Riesgo.

—¡Exacto! Te diré lo mismo que me dijo el perito en balística forense, cuando comprobó las balas y vio que la de Cantabria provenía de una arma distinta: una bala nunca miente.

—¿Y eso qué significa?

—Que si tres asesinatos se cometieron con la misma arma y un cuarto con otra distinta, lo más probable es que ese cuarto crimen no tenga nada que ver con los otros tres.

—Sin embargo, el *modus operandi* es el mismo. La mató de un tiro en la parte posterior de la cabeza y le tatuó el número tres. La única explicación que se me ocurre es que el asesino quisiese cargarle el crimen al Asesino del tatuaje.

—Es una de las posibilidades. De todas formas me temo que la investigación queda fuera de nuestro ámbito. Lo siento.

—No lo sientas, es mi trabajo. Siempre tuve dudas de que el crimen de Paloma estuviese relacionado con los otros dos y ahora me lo has confirmado. De todas formas, me gustaría que me mantuvieses informada de vuestros avances, dentro de lo posible, claro. Si el asesino al que busco está imitando al Asesino del tatuaje, me podría ser de ayuda en mi investigación lo que averigües. Quién sabe, quizás

incluso se conocen.

—Claro, no hay problema. Te daré mi número personal por si necesitas contactar conmigo.

Se intercambiaron los teléfonos y, tras despedirse, Verónica se fue directa al despacho del comisario Antúnez. Sabía que no le gustaría que el caso pasase de nuevo a manos de la comisaría de Santander, aunque eso no era lo importante.

Había un asesino suelto al que debían capturar antes de que saliese impune.

~

Tras hablar con el comisario, que no se tomó muy bien la noticia, Verónica llamó al subinspector Parra para que se reuniese con ella en su oficina.

—Tenemos que retomar la investigación —le dijo en cuanto entró.

—¿Qué investigación?

—La del asesinato de Paloma Riesgo Álvarez.

—Me lo temía —dijo él, dejándose caer en una de las dos sillas que había delante de la mesa de Verónica—. En cuanto dijeron que el exministro de Sanidad tenía tatuado un tres en la nuca, me imaginé que los de Madrid se desentenderían y nos devolverían el caso.

—Ellos no se han desentendido y el tatuaje no es el único motivo. La bala que mató a Paloma no coincide con la de los otros tres crímenes.

—¿Y eso qué significa?

—Que se usó una arma distinta y, por lo tanto, es muy probable que el asesino también sea otro.

—Lo dudo. Grissom explicó en su programa que los asesinos hacen eso para despistar a la policía.

—Me importa una mierda lo que diga ese charlatán —le replicó ella con voz firme. Empezaba a estar cansada de la fascinación que sentía Parra por el presentador—. Esto es la vida real, no un programa de televisión, y nuestro trabajo es resolver el crimen. ¿Vas a ayudarme?

—Sí… claro —dijo no muy convencido.

—Lo importante es que al menos ya tenemos un punto de partida en nuestra investigación, sobre todo si tenemos en cuenta que el asesino de Paloma usó el mismo *modus operandi* que el Asesino del tatuaje.

—¿Qué quiere decir?

Verónica le miró desconcertada.

—¿Me lo estás preguntando en serio?

—No termino de entender a qué se refiere.

—Joder, Parra, me sorprende que hayas llegado a subinspector.

—Tuve suerte en el examen.

—Ya lo veo —murmuró ella, resoplando—. El asesino de Paloma es alguien que conoce el modo en que se produjeron los dos primeros crímenes.

—¿Quiere decir que es un policía?

—Tampoco te lances tan rápido. Hay que investigar en qué medios de comunicación se publicó la noticia, sobre todo en medios locales de Tarragona y Burgos, y también en los nacionales. De alguna manera tuvo el asesino que averiguarlo.

—Me pondré a ello.

—Averigua qué detalles se hicieron públicos. Yo volveré a hablar con el entorno de la víctima, empezando por sus compañeros de trabajo. Cualquier cosa que averigües quiero que me la comuniques de inmediato.

—De acuerdo, jefa.

—Y, Parra —dijo cuando se levantó de la silla para salir del despacho—, tómate esto en serio. El hecho de que su muerte no tenga nada que ver con el Asesino del tatuaje, significa que es alguien que la conocía. No podemos cometer errores —concluyó.

26

Verónica llegó cerca de las doce a la fábrica de conservas Hermanos Castañón, situada en la zona del puerto de Santander, el lugar de trabajo de Paloma Riesgo. Si el asesino la conocía, era donde primero debía mirar.

Habló con su jefe y luego con las compañeras de administración, que no aportaron ninguna información nueva sobre la vida de Paloma. También habló con el resto de personal de la fábrica, incluidas las mujeres que trabajaban en la cadena de envasado. Una de ellas, bastante joven, fue la que aportó la primera pista a seguir.

—Creo que tenía novio, aunque ella nunca me lo comentó. Solo hablábamos cuando coincidíamos en la zona de fumadores de la fábrica, y la verdad es que charlaba poco.

—¿Entonces cómo lo sabes?

—Por Raúl, uno de los guardias de seguridad. Andaba detrás de Paloma. Bueno, en realidad anda detrás de todas, a ver cuál le hace caso, pero con ella era más pesado.

—¿En qué sentido? —preguntó Verónica cada vez más interesada.

—Siempre que se cruzaba con ella la invitaba a salir y no dejaba de insistir, a pesar de que Paloma siempre le decía que no.

—¿La acosaba?

—Yo no lo llamaría acoso, pero era bastante pesado. En una ocasión, Paloma me dijo que estaba pensando en cambiar de trabajo si no la dejaba en paz.

—¿Cuánto hace de eso?

—Ufff, no sé —dijo tras resoplar—. Tres o cuatro meses, que es lo que lleva ese capullo de Raúl trabajando aquí.

—¿Sabes si la acosaba de algún otro modo o si la seguía fuera del trabajo?

—No lo creo. Al menos ella no me dijo nada. Lo que sí puedo decirte es que hará un mes o así que escuché a Raúl comentarle a otro compañero que le daba igual que Paloma tuviese novio y que al final lograría cepillársela.

—¿Eso dijo? ¿Cepillársela?

—En realidad dijo follársela.

—¿Cómo es ese tal Raúl?

—Es uno bajito y bastante cachas. Imagino que estará fuera. Suele hacer patrullas durante el día alrededor de la fábrica y de vez en cuando entra a hablar con nosotras. Es bastante desagradable, la

verdad, por eso la mayoría le ignoramos.

—Hablaré con él. Gracias por tu ayuda.

Verónica salió de la nave y comenzó a caminar alrededor de ella, hasta que vio acercarse a un hombre con un uniforme marrón claro y gorra de plato. Por cómo caminaba con los brazos en jarras, supuso que era él. Le pareció que era el típico cachas que conseguía sus músculos a base de esteroides, más que con el trabajo en el gimnasio.

—¿Eres Raúl? —preguntó deteniéndose a un par de pasos de él.

—Hola, preciosa —respondió pegándole un repaso con la mirada de arriba a abajo, sin ningún tipo de rubor.

—Corta el rollo, soy inspectora de policía. Quiero que me hables de Paloma Riesgo.

—¿Qué le pasa?

—¿Aparte de que la han asesinado? —La reacción de él fue encogerse de hombros—. Quiero saber qué relación tenías con ella.

—Muy poca.

—No es lo que me han dicho. Según tengo entendido, andabas detrás de ella.

—Para nada —aseguró forzando una sonrisa.

—Escucha, podemos hablar de esto aquí, tranquilamente, o en la comisaría. Como tú prefieras.

—¿Me estás amenazando?

—En realidad todavía no he empezado. ¿Vas a responder a mi pregunta?

—¿Qué pregunta?

—¿Tenías alguna relación personal con Paloma?

—Ninguna.

—Pero no porque tú no quisieses.

—Era una estrecha que se lo tenía muy creído.

—¿Y eso te cabreaba?

—Para nada, me sobran las tías —aseguró hinchando el pecho con orgullo.

—Permíteme que lo dude —le replicó ella—. ¿Es cierto que Paloma te rechazó porque tenía novio?

—Eso fue lo que me dijo.

—¿Sabes quién era?

—Un policía nacional.

Eso activó todas las alarmas en la cabeza de Verónica.

—¿Te dijo ella que era policía nacional?

—Sí. La última vez que hablamos me dijo que si no la dejaba en paz avisaría a su novio, que era policía nacional y que le bastaba con hacerle una llamada para que se presentase aquí en cinco minutos.

—¿Te dijo algo más sobre él, como su nombre?

—No, y tampoco creo que fuese verdad. Ya te digo que era una

estrecha.

—Puede que tuviese mejor gusto.

—¿Quieres juzgarlo por ti misma? —preguntó dando un paso al frente, lo que hizo que ella alargase la mano para detenerle.

—Tranquilo, Espartaco, si no quieres pasar la noche en el calabozo.

—¿Vas a encerrarme por intentar seducirte?

—Créeme, te sobran veinte kilos de peso y te faltan treinta centímetros de estatura para que despiertes el más mínimo interés en mí. Y ni siquiera así. Lo que quiero que me digas ahora es dónde estabas la noche que mataron a Paloma.

—Aquí, trabajando. Tenía turno de noche.

—¿Estabas solo?

—Sí, pero hay cámaras en todo el recinto, si necesitas confirmarlo. Las grabaciones las tienen en la central, por si quieres verlas.

—Mandaré a alguien a buscarlas.

—Como quieras.

Verónica le dio la espalda y se alejó sin siquiera molestarse en volver a mirarle. Le pediría a Parra que revisase las grabaciones, mientras ella comprobaba si era cierto que Paloma mantenía una relación con un policía nacional.

De ser así, puede que estuviese más cerca de atrapar a su asesino.

27

El hotel Sol estaba situado cerca de la playa. Era un edificio moderno de diez plantas, con vistas al mar y fachada acristalada. En la entrada había una puerta giratoria de la que salía en ese momento un matrimonio inglés que parecía haber tomado el sol en exceso.

Santi se hizo a un lado para que pasasen y accedió a la recepción. Una vez en el mostrador, preguntó por Katia Romero. La joven situada al otro lado sonrió y luego negó con la cabeza.

—Lo siento, por la ley de privacidad no podemos dar datos de nuestros huéspedes.

—Solo necesito que la llame a su habitación y que le diga que Santi la espera en el bar. Ella me pidió que viniese.

Dicho eso, se dirigió a la cafetería que se encontraba al otro lado de la recepción. Nada más entrar echó un vistazo al local. Había una puerta que daba a la calle, así que eligió una mesa donde pudiese controlar tanto ese acceso como el que acababa de usar desde el interior del hotel. Pidió un café al camarero que se acercó a atenderle y luego esperó paciente.

Conocía a Katia lo suficiente para saber que no estaba allí para darle caza. De ser así, no habría mantenido una charla amistosa con Verónica ni le habría dado el recado de que quería verle. No obstante, observó una a una a todas las personas que estaban en el bar y visualizó mentalmente la ruta de escape, en caso necesario.

Apenas pasaron un par de minutos desde que el camarero le puso el café en la mesa hasta que Katia entró en el lugar. Estaba espléndida, con unos vaqueros ajustados y una camiseta de manga corta que realzaban cada una de sus curvas. No supo decir si tenía el pelo más largo de lo que recordaba, dado que lo llevaba recogido, pero sí que lo tenía de un rubio más claro. No estaba maquillada, solo se había pintado la raya para resaltar aquellos ojos verdes que lo habían seducido tiempo atrás. De su hombro derecho colgaba una pequeña mochila.

En cuanto se acercó a la mesa, se puso en pie para recibirla.

—Hola, Santi. ¡Ha pasado mucho tiempo! —saludó ella deteniéndose a un par de pasos de la mesa.

—Sí, bastante.

—Tienes buen aspecto.

—Yo también te veo bien.

—Gracias.

Los ojos de ella brillaban de un modo especial, aunque Santi se mantuvo distante. Ni siquiera hizo ademán de acercarse para darle dos besos, algo de lo que ella fue consciente.

—¿Sigues enfadado conmigo?

—Resentido, más bien.

—¿Por eso dejaste la empresa hace dos años para irte a vivir a Madrid?

—La última misión me dejó mal sabor de boca y decidí que era el momento de marcharme.

—Sin embargo, regresaste.

—Tuve un motivo.

—De bastante peso, diría yo. Es muy guapa —añadió Katia.

—Un cabrón estuvo a punto de matarla y tuve que salvarle la vida. Después de eso, me vi obligado a huir.

—Debes de sentir algo muy fuerte por ella para haberlo arriesgado todo de ese modo.

Santi no respondió, se limitó a tomar asiento y ella hizo lo mismo.

—¿Qué haces aquí, Katia?

—He venido a verte.

—¿Cómo supiste dónde encontrarme?

—Tengo contactos dentro de Red Point.

—Nadie en la empresa sabía que estaba en Santander.

—Sabían que cogiste un barco pesquero al sur de Inglaterra para cruzar el mar Cantábrico, hasta Santander.

—¿Y qué te hizo suponer que estaba aquí todavía?

—Ella —dijo con rotundidad—. Escucha, Santi, no me ha enviado nadie. Estoy aquí por mi cuenta.

La expresión de él fue de incredulidad.

—Perdona que lo dude.

—Lo digo en serio.

—¿Vas a decirme que el CNI no tiene nada que ver en esto?

—No.

—¡Ya! —exclamó con ironía.

En ese momento se acercó el camarero y ella le indicó que no quería tomar nada.

—Por favor, Katia, no me tomes por estúpido —dijo cuando se quedaron a solas—. Sabes de sobra que no soy nuevo en esto.

—Es cierto que el CNI sabe que estás aquí, pero te aseguro que he venido por decisión propia. Les pedí que me dejasen hablar contigo primero.

—¿Para qué?

—Para que entiendas la mierda en la que te has metido hasta el cuello. La inteligencia británica tiene el punto de mira puesto en ti.

—No entiendo por qué.

—Lo sabes de sobra.

—Lo siento, no tengo ni idea.

—Ahora eres tú el que me toma por tonta —murmuró ella, resoplando—. No terminan de creerse que los yihadistas se cargasen al comandante Williams. Para hacer algo así se necesita una amplia planificación.

—Tampoco tanta —le replicó Santi con cierta ironía—. Además, sabemos de sobra que los terroristas tienen células durmientes en bastantes países europeos, esperando una orden para atentar contra los que consideran sus enemigos.

—No conozco muchos yihadistas capaces de abatir a un hombre a quinientos veinticinco metros de distancia de un disparo en la frente.

—Seguro que los hay.

—Tal vez en zonas de guerra, pero no aquí, en Europa.

—Sabes tan bien como yo que Williams llevaba mucho tiempo en su lista negra.

—Sí, y por eso los yihadistas no han tenido problemas en asumir la autoría de su muerte. Es más, lo han hecho orgullosos. Pero tú y yo sabemos que no han sido ellos.

—¿De verdad? —preguntó fingiendo sorpresa.

—Los británicos lo sospechan, aunque los dos sabemos que no van a encontrar nada. Te conozco lo suficiente para saber que habrás ocultado tu rastro muy bien. Aun así, no van a desistir. Creen que tu presencia en Londres no era casual. Te vieron en el lugar del crimen de Richard Brown hablando con tu amiga policía. Lo sé porque nos mandaron las imágenes de vídeo para que te identificásemos y les diésemos tu paradero si regresabas a España.

—Bueno, ahora ya sabéis dónde estoy. ¿Qué piensa hacer el CNI?

—Protegerte. Les diremos a los británicos que ya estabas en España cuando se produjo el atentado contra Williams.

—¿Y por qué ibais a hacer eso?

—Te necesitamos.

—No voy a volver a esa vida, Katia —dijo Santi negando con la cabeza—. Por fin he conseguido desligarme de la empresa y lo que quiero ahora es llevar una vida tranquila.

—En el CNI creen que tienes una deuda con nosotros.

Nada más escuchar eso, soltó una carcajada.

—¡Venga ya! ¿Acaso se han olvidado de lo de Marruecos o lo de Venezuela?

—Esos fueron trabajos que se subcontrataron a Red Point.

—¿Y por qué se supone entonces que estoy en deuda con el CNI?

—Gracias a nosotros pudiste regresar a España. Red Point nos pidió que eliminásemos la orden de detención contra ti.

—Imagino que os pagaron por ello.

—Escucha, lo único que queremos es cubrirte las espaldas, a cambio de que trabajes para nosotros muy de vez en cuando.

Santi la miró con detenimiento durante unos segundos y luego negó con la cabeza.

—Ya te he dicho que no pienso volver a esa vida.

—No tienes otra salida, si quieres que los británicos te dejen en paz.

—Si andan detrás de mí no es por lo de Williams, es por Richard Brown.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Katia, algo desconcertada.

—Piensan que logró transmitirme cierta información clasificada sobre Williams y las operaciones que llevaba a cabo en Irak y Afganistán. En realidad, para eso me mandó Red Point a Londres, pero la gente de Williams se lo cargó antes de que pudiese dármela.

—¿Williams ordenó la muerte de Richard Brown?

—Así es.

—¿Y qué información era esa?

—No tengo ni idea. Por lo poco que sé, Brown se vio envuelto en un crimen aquí en España y se puso en contacto con Red Point para que le ayudase. Les pidió dinero y protección a cambio de la información. Lo que no entiendo es por qué regresó a Inglaterra y, sobre todo, a Londres. Tendría que haberse imaginado que Williams se enteraría. —En ese momento, Santi se quedó unos segundos pensativo, y luego añadió—: A no ser, claro, que no supiese que ahora trabajaba para Scotland Yard.

—¿Richard Brown y tú erais buenos amigos?

—No especialmente.

—¿Y por qué eliminar a Williams entonces?

Al ver que no respondía, Katia le observó con detenimiento durante unos segundos, como si intentase leer su mente. Finalmente, Santi comentó: —Williams fue a por Verónica.

—¿Qué quieres decir?

—Ese cabrón ordenó a dos de sus hombres que la asesinasen de camino al aeropuerto. Al vernos juntos en ese vídeo, pensó que sabía algo o que incluso estaba compinchada conmigo y Brown.

—¿Y qué ocurrió?

—No lo consiguieron.

—Entiendo —murmuró ella—. Sabías que Williams tarde o temprano volvería a mandar a alguien a por ella, por eso te lo cargaste.

Santi no dijo nada. Se limitó a tomar un sorbo de café y a apoyar luego la espalda en el respaldo de su silla.

—Ahora ya lo sabes todo.

—¿De verdad te has jugado la vida por ella?

—Te aseguro que haría eso y más.

Katia bajó la mirada y murmuró:

—Nunca sentiste algo tan fuerte por mí.

—Éramos más jóvenes y los dos buscábamos otra cosa. Fue bonito mientras duró. Esto es distinto, yo soy distinto.

—Ya lo veo —dijo posando de nuevo los ojos en él.

—Estoy cansado, Katia. Cansado de la vida que he llevado todos estos años de atrás y de no tener nadie con quien compartirla. Lo de Verónica no fue algo que buscase, surgió sin más, y no estoy dispuesto a renunciar a ella por nada ni por nadie.

—Sin duda, es una mujer afortunada.

—Por eso quiero que se quede fuera de todo esto. Verónica no tiene nada que ver con lo que hacemos. ¿Está claro? Se vio implicada en ese asunto de Londres sin comerlo ni beberlo y no voy a permitir que le suceda nada malo. Creo que ya lo he dejado claro.

—Una bala nunca miente, ¿verdad?

—Así es. Williams escribió su nombre en una cuando quiso matarla.

—Está bien. —Katia asintió con la cabeza—. La dejaremos fuera de todo esto, siempre y cuando trabajes para nosotros. Eres el mejor operativo que conozco y te necesito en el CNI a mi lado.

—¿Me necesitas?

—El CNI te necesita, por eso he venido a buscarte.

—De acuerdo, aceptaré con dos condiciones.

—Tú dirás.

—La primera es que tengo pensado descansar una temporada — aseguró sin poder evitar dibujar una ligera sonrisa.

—No hay problema. Los trámites llevarán su tiempo. Ya sabes, hay que resolver el papeleo, ponerte en nómina y…

—No quiero estar en nómina de nadie. Cobraré por trabajo realizado y podré rechazarlo si no me convence. Tampoco voy a aparecer por el Centro Nacional de Inteligencia. Cuando haya algo, trataré solo contigo. No me fío de nadie más.

—No creo que el director lo acepte.

—Tú le convencerás de que merece la pena aceptar mis condiciones. Me conoces de sobra para saber que las dos partes ganamos con este acuerdo.

—Lo intentaré.

—¿Cómo vas a solucionar el tema de los ingleses?

—Les diremos que entraste en el país antes del asesinato de Williams. ¿Un día será suficiente?

—Es demasiado tiempo. Mejor decirles que entré en España diez horas antes del atentado. A partir de ese momento no pueden demostrar que estaba en suelo inglés.

—De acuerdo.

—Tengo otra última condición.

—Pensé que eran dos.

—No me quiero ligar a vosotros toda la vida, así que, por favor, consígueme un buen trato.

Ella sonrió.

—¿Es que estás pensando en formar una familia?

Por primera vez en la conversación, Santi sonrió más relajado.

—¿No crees que sea capaz?

—Antes lo habría puesto en duda, pero está claro que has cambiado.

—Procura que esto salga bien, Katia —dijo con tono más relajado —. En la antigüedad se decía que no había guerrero más fiero que el que no tenía nada que perder, pero yo te aseguro que el más peligroso es el que lucha para no perder lo que tiene.

—No lo olvidaré.

Katia abrió entonces la mochila que había dejado en el suelo, a su lado, y sacó del interior la caja de un teléfono móvil comercial.

—Es un teléfono dual, que admite dos tarjetas. Tenlo siempre encendido, por favor, y usa siempre la SIM que va en él para comunicarte conmigo. Puedes comprar otra y usarla para temas personales.

—Gracias, me has ahorrado comprarme uno.

—Gracias a ti por aceptar —dijo poniéndose en pie.

Santi también lo hizo y, cuando ella le ofreció su mano, la estrechó. Durante un par de segundos se miraron a los ojos, hasta que Katia le soltó y salió de la cafetería por donde había llegado, sin volver la vista atrás.

Mientras la observaba, Santi rezó para no arrepentirse del trato que acababa de hacer.

28

Verónica llegó a casa pasadas las nueve de la noche. Tras su visita a la empresa en la que trabajaba Paloma, se puso en contacto por teléfono con tres amigas suyas de la universidad, con las que solía reunirse una vez al mes. Todas dijeron no saber nada de que tuviese una relación amorosa con un policía. O no era cierto o lo llevaba tan en secreto que no se lo contó a nadie. Sus padres también dijeron no saber nada.

En cuanto al guardia de seguridad, Parra comprobó los vídeos de las cámaras del complejo y la noche del asesinato de Paloma no se había movido de su puesto.

Decepcionada y cansada tras una jornada tan larga, regresó a casa, donde al menos se llevó una alegría. Santi tenía la cena lista.

—Gracias, eres un encanto —dijo tras besar sus labios—. La verdad es que vengo demasiado cansada como para ponerme a preparar algo.

—Lo supuse cuando te llamé hace un par de horas y me dijiste que todavía tardarías un rato en llegar.

—Me sorprendió que me llamases.

—Ya te dije que compraría un teléfono para poder comunicarme conmigo.

—¿Y cómo sabías mi número?

—Me lo dejaste apuntado en la nevera. ¿No lo recuerdas?

—Es verdad, lo siento.

—Y también me diste por la mañana una copia de las llaves de tu casa.

—Eso sí lo recuerdo —dijo ella soltando una breve carcajada—. Estoy agotada, pero no tanto como para no acordarme de algunas cosas.

—¿Recuerdas al menos mi nombre?

—Claro que sí, Arturo.

Ambos rieron al unísono y luego se sentaron a la mesa.

—Se ve en tu cara que has tenido un día duro en el trabajo —comentó él.

—Más bien complicado. No contaba con retomar un caso que ya había pasado a manos de la Brigada de Homicidios. ¿Qué tal tú?

—Salí a dar un paseo y comí en un bar cerca del puerto.

Una duda surgió en ese momento en la mente de Verónica.

—¿Fuiste al hotel Sol?

—No, llamé por teléfono y me pasaron con la habitación de Katia.

—¿Y…? —murmuró dejando la pregunta en el aire.

—Está todo aclarado.

—¿Y eso qué significa?

—Que ya no nos molestará a ninguno de los dos. No tienes nada de lo que preocuparte. ¿Por qué no comes algo?

Ella miró la mesa y sonrió.

—¿Has hecho tortilla de patata?

—Es mi especialidad. He conquistado el corazón de muchos extranjeros gracias a ella. También he hecho ensalada y unas pechugas de pollo rebozadas.

—Demasiada comida.

—Come lo que puedas y deja sitio para el postre.

—¿También has hecho postre?

—Es una sorpresa —dijo guiñándole un ojo.

Comieron con tranquilidad, aunque Verónica no pudo evitar repasar en su mente las últimas averiguaciones del caso de Paloma Riesgo. Si era cierto que la víctima mantenía una relación en secreto con un policía, eso podría explicar que el crimen fuese calcado a los del Asesino del tatuaje. Tenía que ser alguien que tuviese acceso a los informes y los detalles de cada uno de ellos. Podía ser un policía de cualquier comisaría de España, incluso de la propia Santander.

—Estás muy pensativa —dijo Santi cuando ambos habían terminado de cenar.

—Lo siento. Estaba pensando en el caso de Paloma Riesgo.

—¿Eso quiere decir que ya no crees que la matase Richard Brown?

—No, aunque tampoco tengo ninguna pista fiable que me lleve hasta el asesino.

—Seguro que la encuentras.

—Eso espero, aunque tendrá que ser mañana —comentó ella dejando escapar un bostezo.

—Creo que te vendría bien un baño caliente en una bañera llena de espuma.

—No tengo bañera, solo ducha.

—En ese caso tendré que darte un masaje.

—¿También sabes dar masajes?

—No como un profesional, pero me defiendo bien.

—En ese caso, nos saltaremos el postre —dijo Verónica con mirada sugerente.

—No es necesario. He comprado un bote de nata al que seguro que le damos uso —aseguró él rompiendo a reír.

29

Verónica se despertó con los primeros rayos de sol, abrazada a Santi. El sexo con él era genial, pero existía además una complicidad entre ellos mayor de la que había tenido con cualquier otro hombre antes. Era consciente de que había muchas cosas sobre él y su pasado que desconocía, pero eso no impedía que cada día que transcurría a su lado se enamorase más de él.

Por desgracia, el trabajo la reclamaba y tenía un crimen que resolver, por eso salió de la cama procurando no despertarle y se dio una ducha rápida. Luego fue a la cocina para prepararse un café. Mientras rellenaba de agua el depósito de la cafetera, Santi la abordó por la espalda y la besó en el cuello.

—Buenos días. ¿Has dormido bien?

Ella se giró y le besó en los labios, a la vez que le rodeaba con sus brazos.

—Como una princesa.

—En ese caso… Buenos días, princesa.

—Me gusta cómo suena.

Se besaron de nuevo y luego Verónica se dio la vuelta para preparar el café.

—¿Qué vas a hacer hoy? —preguntó mientras introducía la cápsula en la máquina.

—Pensaba invitarte a comer —respondió él.

—No sé cómo andaré de tiempo. Tengo un crimen que resolver y pocas pistas que me lleven hasta el asesino, por no decir ninguna. Me da que hoy también será una jornada intensa.

—¿Tienes compañero en la investigación?

—Sí, un subinspector llamado Parra. No le gusta demasiado este trabajo y tampoco es muy avispado, aunque para labores administrativas me sirve.

—Si necesitas un chofer o un guardaespaldas, solo tienes que decírmelo.

—Me las arreglo bien.

Verónica añadió un poco de leche fría al café que acababa de hacerse.

—¿Quieres que te prepare algo para desayunar? —preguntó Santi.

—No, nunca desayuno al levantarme. No soy capaz de meter nada en el estómago antes de ir a trabajar. Suelo salir luego a media mañana a tomar otro café y un pincho.

Con la taza en la mano, regresó a la habitación y se vistió con unos pantalones vaqueros, una camiseta y una chaqueta fina. Después sacó la pistola con su funda del cajón de la mesita y, una vez se la ajustó a la cadera, regresó a la cocina. Santi se estaba preparando un café.

—Te llamaré si consigo escaparme a la hora de la comida —dijo acercándose a él.

—Si no puedes, no pasa nada. Buscaré algo que hacer durante el día.

—De acuerdo.

Verónica le dio un beso de despedida y acto seguido abandonó el piso.

De camino a la comisaría pensó de nuevo en Paloma Riesgo y recordó un detalle al que no le había prestado la suficiente atención el día anterior. El guardia de seguridad le había dicho que ella lo había amenazado con llamar a su novio policía y que se presentaría allí en cinco minutos. De ser eso cierto, tenía que ser un policía de la comisaría de Santander, aunque antes de investigarlo era mejor hablarlo con Antúnez. No le interesaba crear malestar entre sus nuevos compañeros.

Sondearía antes al comisario para saber qué opinaba y si estaba dispuesto a apoyarla.

~

El comisario Antúnez era la imagen clásica del cincuentón que vivía una segunda juventud. Vestía con ropa moderna, como si tuviese treinta años menos, y se había comprado una moto con la que iba a trabajar todos los días.

Al entrar en su despacho, Verónica percibió un fuerte olor a colonia de hombre que flotaba en el ambiente y que a punto estuvo de hacer que le llorasen los ojos.

—Buenos, días —dijo él, sentado tras su escritorio—. ¿Cómo va la investigación?

—Para eso vengo a verle. Ayer hablé con un guardia de seguridad que trabaja en la misma fábrica que la víctima y al parecer ella le dijo que tenía una relación con un policía.

—¿Un policía? —repitió el comisario alzando las cejas.

—Así es.

—¿Policía local o nacional?

—Nacional y creo que de aquí, de Santander.

El hombre resopló, como si le incomodase ese hecho.

—¿Y qué vas a hacer?

—Bueno… no puedo interrogar a todos los policías de esta comisaría.

—Eso está claro.

—Aunque debería —prosiguió con voz más firme—. El asesino al que buscamos imitó los crímenes del Asesino del tatuaje. Le disparó a Paloma en la parte posterior de la cabeza y luego le tatuó el número tres en la nuca. Es decir, que de algún modo tuvo acceso a los informes y supo cómo debía llevarlo a cabo para que pareciese que lo había cometido él. Con lo que no contaba era con que se produjese un nuevo crimen que con el número tres tatuado.

—¿Por eso crees que es un policía?

—Sí.

—Esa me parece una conclusión demasiado aventurada, ¿no te parece?

—Sabemos que la bala que mató a Paloma no provenía de la misma arma con la que se cometieron los otros tres crímenes, y no me creo que el Asesino del tatuaje grabase el mismo número en sus dos últimas víctimas.

—Seguro que lo ha hecho para despistarnos, tal y como dijo Grissom en su programa.

—¿Qué pasa, que todo el mundo en esta comisaría ve ese programa? —preguntó, molesta.

—Es muy instructivo y hay que reconocer que Grissom es un gran comunicador. Fuimos compañeros en Madrid y ya entonces era un excelente investigador.

—Ahora solo es un presentador.

—Pero con más tablas que muchos policías de los de ahora.

El modo que tuvo de mirarla no le dejó muy claro si lo decía por ella, por ese motivo decidió demostrarle que no hablaba con una novata.

—Un asesino no cambia de *modus operandi* de pronto, para luego volver al anterior. A todas las víctimas las mató en su casa y dejó allí los cadáveres, a excepción de Paloma, cuyo cuerpo apareció en una playa. Tampoco es normal que use un arma distinta en uno de los crímenes para despistar a la policía, ni que decida repetir el mismo tatuaje. —Tras lo cual, añadió con voz firme—: Hablamos de un psicópata que tiene muy claro su objetivo. Está matando gente basándose en una lista, por eso les tatúa un número consecutivo. No sé hasta cuál llegará ni cómo elige a sus víctimas, pero lo que sí tengo claro es que el crimen de Paloma no encaja con los otros tres, a pesar de que parezca cometido por la misma persona.

—Yo no lo veo igual que tú.

—¿Y cómo lo ve usted?

—Ese tipo es muy listo, tal y como Grissom demostró en su programa. Me apuesto lo que quieras a que, cuando le detengan, reconoce que también mató a Paloma Riesgo.

—Lo dudo.

—¿Cuánto llevas siendo inspectora, una semana? Grissom lo fue durante treinta años y en ese tiempo atrapó a muchos criminales y asesinos.

Verónica se sintió ofendida por el comentario, pero logró dominarse. Podía haberle enumerado todos los asesinatos que había resuelto siendo todavía subinspectora, pero decidió ser más aséptica.

—En ese caso, tal vez debería encargarse él de la investigación.

—La Brigada de Homicidios es quien debería hacerse cargo —afirmó Antúnez—, en lugar de pasarnos a nosotros el muerto, nunca mejor dicho.

Así que es eso, pensó Verónica. El comisario parecía molesto porque la investigación hubiese vuelto a manos de la comisaría de Santander, algo que estaba claro que no le agradaba.

—Si lo han hecho es porque piensan lo mismo que yo. De todas formas —prosiguió antes de que pudiese rebatirla—, mi trabajo es atrapar al asesino basándome en las pruebas de las que dispongo y es lo que pienso hacer.

—De acuerdo, pero no te extralimites. No voy a permitir que realices una caza de brujas dentro mi comisaría. Primero asegúrate de que ese guardia de seguridad no te mintió para alejar las sospechas de él.

—Lo hemos comprobado y no se movió de la fábrica durante la noche del crimen.

—Pues si sospechas de alguien de esta comisaría, quiero que antes de nada hables conmigo. ¿Está claro? —añadió con tono autoritario.

—No hay problema —se limitó a decir.

Verónica tenía claro que nadie iba a entrometerse en su investigación y que daría los pasos que ella creyese convenientes. Le daba igual lo que dijese un comisario que parecía más preocupado por conservar su silla que de resolver un crimen.

Cuando salió de su despacho lo hizo convencida de que atraparía al asesino de Paloma Riesgo del modo que fuese necesario.

30

Nada más regresar a su oficina, Verónica llamó al subinspector Parra para que se reuniese con ella.

—¿Qué tal con el comisario, jefa? Antes la vi entrar en su despacho.

—Tuvimos un intercambio de opiniones, sin más —respondió, tratando de ocultar que en realidad estaba bastante cabreada por la charla que había mantenido con él.

—Es un hombre muy peculiar.

—Ya lo he comprobado. Solo hay que ver el pestazo a colonia que inunda su despacho. Casi salgo de allí mareada.

Parra soltó una carcajada.

—Es lo que pasa cuando uno está de nuevo en el mercado.

—¿Qué quieres decir?

—El comisario se separó hace un año de su mujer —le explicó Parra—. Al parecer ella llevaba años poniéndole los cuernos. Desde entonces ha cambiado de *look,* como si tuviese treinta años menos, se ha apuntado a un gimnasio y por las noches sale de fiesta para ligar con jovencitas. Y, por lo que me han contado, ha conseguido llevarse a más de una a la cama —añadió soltando una carcajada a continuación.

A Verónica no le sorprendió. Aunque Antúnez no le pareciese atractivo, ni mucho menos, comprendía que algunas jóvenes se sintiesen atraídas por los hombres maduros como él. Los «viejóvenes», como había escuchado llamarles en alguna ocasión, hombres que a los cincuenta vivían una segunda juventud y que buscaban sentirse como cuando tenían treinta años menos. Se compraban una moto o un coche nuevo, se vestían con ropa moderna y derrochaban dinero para conseguir llevarse a la cama a cualquier jovencita que cayese en sus redes. La mayoría buscaban una veinteañera que les hiciese sentirse jóvenes de nuevo. De lo que no eran conscientes muchos de ellos era que aguantar ese ritmo no resultaba fácil, y la mayoría terminaban quedándose solos de nuevo.

—El comisario es todo un dandi —aseguró Parra con voz jocosa.

—Yo más bien diría un «varón dandy» —replicó ella, recordando la colonia que usaba su abuelo.

Tras unos instantes de risas, Verónica cambió de tema.

—Dime una cosa, Parra. ¿Cuánto tiempo llevas en esta comisaría?

—Con este serán cuatro años.

—Es decir, que conoces bastante bien a la gente que trabaja en ella.

—Más o menos. ¿Por qué lo pregunta?

—Ayer hablé con el guardia de seguridad de la empresa de conservas en la que trabajaba Paloma Riesgo y parece ser que ella le comentó que tenía un novio policía.

—¿En serio? —preguntó sorprendido.

—Le dijo que era policía nacional, así que imagino que será alguien de esta comisaría.

—Bueno, yo… —dudó durante unos segundos—. Puede que fuese policía en otra ciudad, fuera de Cantabria.

—No lo creo. Dio a entender que trabajaba en Santander.

—Pues no tengo ni idea de quién puede ser.

—Me gustaría que lo averiguases. Eso sí, procura ser discreto.

—No termino de entender lo que me está pidiendo.

—Llevas cuatro años aquí, por lo que te será fácil averiguar quién está casado y quién tiene novia. Necesito saber si alguien de esta comisaría conocía a Paloma y mantenía una relación con ella.

—Eso no me lo va a contar nadie. Además, su entorno aseguró que no tenía novio.

—Dijeron que no lo sabían, no que fuese mentira —remarcó Verónica—. Creo que la víctima mantenía una relación en secreto, de ahí sus mensajes en redes sociales sobre el amor y lo bella que es la vida. Hace un mes los mensajes cambiaron y se volvieron tristes, dejando entrever que tenía el corazón roto. Sufrió una ruptura traumática, estoy segura. Tenemos que averiguar quién es ese misterioso novio para saber si está implicado o no en su muerte, y necesito que me ayudes.

—Entiendo.

—Y procura ser discreto —repitió para que le quedase claro.

—Lo intentaré. Por cierto, se me olvidaba decirle que ayer estuve revisando hasta tarde la existencia de noticias en prensa sobre los dos crímenes anteriores al de Paloma.

—¿Y encontraste algo?

—Un par de noticias en medios locales, tanto de Burgos como de Tarragona, en los que no se decía el nombre de las víctimas, aunque sí las circunstancias de las muertes.

—¿Se hacía mención al tatuaje?

—No. Una de las noticias hablaba de un posible ajuste de cuentas, por cómo le habían disparado en la cabeza.

—De acuerdo, gracias.

Parra abandonó el despacho y Verónica se quedó pensativa con la mirada perdida en la pared de enfrente. La mayor parte de los crímenes de mujeres que se cometían en España eran a manos de

maridos o novios con los que habían roto la relación. Aunque no le gustase el término «asesinato machista», dado que no siempre explicaba lo sucedido, tenía claro que aquella era una de las grandes lacras de la sociedad actual. Que en pleno siglo veintiuno muriesen tantas mujeres a manos de sus parejas le hacía preguntarse qué tipo de educación tenía la sociedad actual. Sin duda eran hombres con la mente enferma, psicópatas capaces de cruzar una línea que muy poca gente se atrevía a traspasar, pero el problema era más de fondo.

Verónica pensaba que una parte importante de la culpa la tenía el hecho de que un porcentaje demasiado elevado de la sociedad actual pensase que matar salía gratis. O, al menos, casi. Veinte años de condena, pudiendo salir bastante antes por buena conducta, era argumento suficiente para que muchos no tuviesen problemas a la hora de arrebatar una vida. Al menos eso era lo que transmitían los medios de comunicación tan potentes como las televisiones. Lo curioso era que en los telediarios nunca se mencionaban la gran cantidad de suicidios que se producían en el país cada año, para evitar que se produjese un efecto llamada. Eso sí, no tenían problemas para hablar casi a diario de las mujeres que morían a manos de un hombre, como si eso no tuviese el mismo efecto.

En una ocasión, recién llegada a la Brigada de Homicidios, participó en el interrogatorio de un hombre que acababa de asesinar a su mujer, después de que ella le abandonase por otro. No tuvo problemas en confesar que lo había hecho.

—En diez años estaré en la calle, como ese tío de Cuenca que salió de la cárcel el otro día —dijo sin pudor, refiriéndose a un hombre que había acaparado todos los noticiarios después de ser puesto en libertad —. ¡Y encima no veas lo a gusto que me he quedado!

Verónica tuvo claro que aquel hombre era un psicópata, sin ninguna empatía hacia otro ser humano, y que lo mismo habría matado a su mujer que a su jefe o al taxista que le hubiese cobrado de más.

Quizás eso era lo que le había sucedido a Paloma. Tal vez se había interpuesto en el camino de alguien, perjudicando sus intereses. Puede que le hubiese amenazado con hacer pública su relación o con decírselo a su esposa, en caso de que estuviese casado.

También podía ser alguien que quisiese vengarse de las mujeres y que hubiese encontrado en ella la víctima perfecta.

Decidió que era el momento de crear un perfil del asesino, basándose en lo que se sabía del crimen, así que cogió un folio en blanco y empezó a tomar notas.

Tenía que ser alguien metódico, capaz de replicar los dos primeros crímenes con exactitud. Alguien que había tenido acceso a los informes de la investigación o las autopsias, ya que de otro modo no

podía conocer qué número tenían tatuado en la nuca. Además, había utilizado una munición con el mismo calibre: el .22. Era un calibre muy usado en el tiro deportivo, practicado por muchos policías, lo que daba más fuerza a la teoría de que fuese un miembro del Cuerpo.

El siguiente paso era determinar la edad del asesino. Si había mantenido una relación sentimental con Paloma, debía tener entre veinticinco y treinta y cinco años. Incluso cuarenta. Tras meditarlo unos segundos, decidió ampliar esa edad. Muchas jóvenes se sentían atraídas por hombres maduros, así que la elevó hasta los cincuenta años.

Otro punto importante era la autopsia. Paloma no tenía heridas defensivas ni había signos de forcejeo en su cuerpo, de lo que se deducía que lo conocía y confiaba en él. Tenía que ser alguien que le inspiraba confianza, con un carácter seductor y muy seguro de sí mismo. Un hombre para quien Paloma no era más que un objeto del que había decidido deshacerse al interponerse en su camino o sus aspiraciones.

—Seguro de sí mismo, con un fuerte carácter y mayor que ella —murmuró mientras lo apuntaba al final de las notas en el folio—. Casado o divorciado, y… —Se quedó pensativa unos segundos, antes de añadir—: Policía de esta comisaría.

Casi por inercia escribió un primer nombre a la lista de sospechosos: comisario Antúnez.

31

El registro que se realizó después de su muerte en el piso donde vivía Paloma Riesgo no había revelado nada que pudiese ayudarles en su investigación. Aun así, Verónica decidió echar un nuevo vistazo, mientras dejaba a Parra intentando averiguar si alguien de la comisaría tenía relación con la víctima. No le comentó nada de sus sospechas sobre el comisario Antúnez, entre otras cosas, porque no tenía razones de peso que las sustentasen.

La vivienda se encontraba en la quinta planta de un bloque de pisos situado en el centro de la ciudad, por lo que fue hasta allí dando un paseo. Desde que vivía en Santander, tenía el coche aparcado en el garaje del piso que había alquilado y solo lo había usado para ir a San Vicente de la Barquera con Santi. Prefería ir caminando, mientras fuese posible.

Nada más llegar al piso de Paloma, y antes de que pudiese siquiera meter en la cerradura la llave que obraba en poder de la Policía, la vecina de enfrente abrió la puerta.

—¿Busca a alguien?

—Soy policía. He venido a ver el apartamento de Paloma.

—¡Pobre chiquilla! —se lamentó, dando un paso al frente—. ¿Saben ya quién la mató?

—Estamos en ello.

Era una mujer que pasaba de los ochenta años, de aspecto agradable. Llevaba puesta una bata de color rosa y tenía al menos media docena de rulos enredados en su cabello. Le recordó a una de esas mujeres que lo sabían todo de sus vecinos y que nunca perdían detalle de lo que sucedía en el edificio, por eso se atrevió a preguntar:

—¿Usted la conocía?

—Sí, tomaba el café en mi casa muchas tardes.

—¿Le importaría responderme a unas cuantas preguntas?

—Claro, no hay problema.

La mujer se hizo a un lado y alargó el brazo, invitándola a pasar. Verónica entró en el apartamento y esperó a que la anciana hiciese lo mismo y cerrase la puerta.

—La segunda puerta de la izquierda es la salita. Espérame ahí mientras voy a por un café. ¿Lo tomas solo o con leche?

—Con leche, por favor.

Verónica recorrió un corto pasillo, con un aparador de madera en el lado derecho en el que no cabía una foto más. Entró en la sala que

le había indicado, donde se encontró un pequeño salón con un sofá de cuero de color chocolate, con los cojines agrietados por el uso. Frente a él había un armario de madera de caoba, con una tele de tubo sobre la que reposaba un tapete de ganchillo con un jarrón encima.

Por un momento creyó que había retrocedido treinta años en el tiempo, a casa de sus abuelos, en el pueblo. Los muebles, los adornos, incluso el olor, le recordó a aquellas casas con decoración típica de los años sesenta y setenta.

Tras el sofá había una mesa de madera redonda con cuatro sillas y otro tapete de ganchillo con un jarrón aún más grande sobre él, lleno de flores artificiales. Allí fue donde se sentaron cuando la mujer entró con una bandeja en la que llevaba dos tazas de café y un plato de pastas. Otro recuerdo entrañable de épocas pasadas.

—He traído pastas. Por tu cara diría que no has desayunado todavía.

—Gracias.

—Las jóvenes de hoy en día deberíais alimentaros mejor. Más cocidos y menos tortitas de arroz.

—Tiene toda la razón —dijo Verónica soltando una breve carcajada, tras la cual decidió dirigir la conversación hacia donde le interesaba—. Así que conocía a Paloma.

—Sí. La verdad es que era un encanto de niña. Guapa, simpática y muy amable —aseguró—. Una vez fui al médico y el gato se quedó fuera del piso sin que yo me diese cuenta. Cuando volví estaba esperando para decirme que lo había metido en su casa para cuidarlo y que incluso le había comprado un par de latas de comida por si yo tardaba en regresar.

—¿Tiene usted gato?

—Ya no. Murió el año pasado y la verdad es que no he querido coger otro. El día que yo falte no tengo a quién dejárselo. ¿Por qué no coges una pasta? —dijo ofreciéndole el plato—. Las hago yo misma. A Paloma le encantaban.

Verónica cogió una y le dio un mordisco.

—Está buenísima —reconoció—. Todavía no le he preguntado su nombre.

—Me llamo Carmen.

—Dígame, Carmen. ¿Hasta qué punto hablaba Paloma con usted de sus cosas?

—Yo era su pañuelo de lágrimas. Cuando se encontraba mal, venía a verme y se desahogaba conmigo.

—¿Qué sabe de sus relaciones amorosas? Tengo entendido de que los últimos meses salía con alguien.

—Desde hace un año exacto. Lo recuerdo porque dos días después de que muriese mi gato vino a contarme que había conocido a alguien

muy especial. Fue muy feliz durante esa época. Lástima que rompiesen.

—¿Usted lo conocía?

—¿A él? No, siempre se veían fuera de aquí.

—Pero le diría su nombre, al menos.

—Tampoco. Ella siempre le llamaba Osito y nunca me dijo su verdadero nombre.

—¿Qué puede contarme de esa relación?

—La llevaban en secreto. Se veían siempre en lugares fuera de la ciudad, donde estaban solos.

—¿Quizás porque él estaba casado?

—Si era así, ella nunca me lo dijo. Lo único que me comentó fue que tenía un trabajo importante, relacionado con la ley.

—¿Era policía?

—No lo sé, quizás era abogado. Lo que sí te puedo decir es que cuando rompieron ella lo llevó muy mal, se pasaba el día llorando.

—Eso fue un mes antes de su muerte, ¿verdad?

—Sí —dijo la mujer, tras lo cual sacó un pañuelo para limpiar las lágrimas que comenzaban a asomar en sus ojos—. ¡Mi pobre niña!

Verónica esperó a que se repusiese y luego preguntó: —¿Cuál fue el motivo de la ruptura?

—Imagino que él se cansó de la relación. Lo único que Paloma me dijo fue que le seguía queriendo y que encontraría la manera de que volviese con ella.

—¿Cree que pensaba amenazarle o chantajearle?

—Paloma no era de esas, era muy buena niña. Creo que él se dio cuenta de su error y por eso decidió regresar con ella.

—¿Cuándo fue eso?

—Dos días antes de su muerte pasó por aquí para regalarme una botella de vino dulce, que me gusta mucho. Le pregunté qué tal estaba y me respondió que bastante bien, que había quedado en verse muy pronto con su novio para arreglar las cosas y me enseñó un anillo de oro blanco con un zafiro azul que acababa de entregarle un mensajero. Se la veía muy feliz.

—No tenía ese anillo cuando encontramos el cuerpo —recordó Verónica, tras lo cual, añadió—: Se me hace raro no haber visto ninguna declaración suya en los informes del caso. ¿Es que ningún policía habló con usted después de la muerte de Paloma?

—Quise hablar con un policía jovencito de bigote, más bajo que tú, pero no me hizo caso. Creo que me tomó por la típica vecina cotilla.

—Yo no creo que lo sea. Es más, estoy segura de que ayudó mucho a Paloma.

La mujer volvió a emocionarse.

—¿Quién pudo hacerle algo tan horrible?

—Es lo que pienso averiguar. ¿Recuerda si Paloma le habló de alguno de esos lugares en los que se veía con su novio?

La mujer se limpió las lágrimas con el pañuelo, mientras se quedaba pensativa.

—Ahora que lo pienso… —murmuró pasado unos segundos—. Cuando me dijo que iba a arreglar las cosas con él, comentó que pensaba llevarla al mismo lugar donde hicieron el amor por primera vez. Su nido de amor multicolor, lo llamó.

—¿Qué puede significar eso?

—Estoy casi segura de que era un faro o una casa pegada a él, porque decía que se escuchaban las olas del mar golpeando contra la costa y que por la ventana se veía una luz poderosa iluminando el mar.

—Lo investigaré, no creo que haya muchos faros en Cantabria con viviendas cerca.

—¿Crees que pudo matarla ese novio misterioso?

—Es lo que quiero averiguar.

Verónica terminó su café y le dejó apuntado a la anciana su número de teléfono, por si recordaba algo más. Luego se despidió, no sin llevarse consigo un par de pastas que la mujer le metió en una servilleta de papel.

—Espero que hagas justicia por ella —le dijo a modo de despedida.

—Yo también lo espero —respondió Verónica.

32

Mientras caminaba de regreso a la comisaría, Verónica sacó su teléfono y llamó al subinspector Parra.

—¿Tienes un minuto? —preguntó en cuanto respondió a la llamada.

—Claro, jefa.

—Tú estuviste interrogando a los vecinos de Paloma Riesgo, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y hablaste con su vecina de enfrente?

Parra tardó unos segundos en responder, como si estuviese haciendo memoria.

—Imagino que sí.

—Acabo de estar con ella y dijo que no le prestaste demasiada atención. —De nuevo el silencio, por eso Verónica insistió—. Es más, no recuerdo haber visto su declaración en el informe. Es una mujer mayor, de unos ochenta años.

—Ahora la recuerdo y me pareció que desvariaba. Me dijo nosequé de su gato y algo de que Paloma lo quería mucho y que cuidaba de él. Pensé que no estaba bien de la cabeza.

—¿Eso pensaste?

—Parecía una momia con rulos —dijo soltando una sonora carcajada.

—¡Déjate de bromas! —exclamó ella, tajante—. ¿Tengo que recordarte cuál es tu trabajo? No puedo creerme que no le tomases declaración solo porque no te gustó su aspecto.

—Bueno, yo…

—¿Cuándo entenderás que estamos investigando un crimen y que cada detalle es importante? Ignoraste a una testigo que poseía una información valiosa para resolver el crimen.

—¿Qué tipo de información?

—Eso es lo de menos en este momento. —El tono de voz de Verónica se fue endureciendo conforme la rabia crecía dentro de ella —. Si no puedo confiar en que hagas tu trabajo como es debido, no te quiero trabajando conmigo. Estamos aquí para hacer justicia por las víctimas, para meter entre rejas a quien se las arrebató a sus familias y seres queridos. Ellos confían en nosotros y no voy a tolerar que alguien de mi equipo eluda sus responsabilidades. ¿Me entiendes?

—Sí —murmuró con voz apagada.

—¡Espabila de una puta vez!

—Sí, jefa.

—¡Y no me llames jefa, joder! Soy inspectora.

—Lo siento, inspectora.

—No me vale con que lo sientas. Te quiero entregado a esta investigación al cien por cien y que estés pensando en el caso las veinticuatro horas del día, incluso cuando le estés echando un polvo a tu novia.

—No tengo novia.

—Pues a tu novio.

—Tampoco.

—Me da igual si echas polvos o no. Lo que quiero saber es si has entendido lo que te estoy diciendo.

—Por supuesto. No volverá a ocurrir algo así.

—Eso espero —dijo algo más calmada—. ¿Hay algún testigo más que hayas pasado por alto?

Verónica pudo escuchar cómo tragaba saliva antes de responder.

—Creo que no.

—Compruébalo. En cuanto regrese a la comisaría revisaremos todos los testimonios.

No se despidió de él. Se limitó a cortar la llamada, mientras la rabia que sentía se iba disipando. Aunque ella había sido subinspectora hasta poco tiempo antes, jamás se había tomado su labor con la falta de interés que demostraba Parra. Pensaba apretarle las tuercas hasta que espabilase o cambiase de trabajo. Podía tolerar la ineptitud, pero jamás la desidia, y mucho menos cuando esta afectaba a su trabajo.

Guardó el teléfono y trató de centrar sus pensamientos a partir de ese momento en la conversación que había mantenido con Carmen, la vecina de Paloma, y lo que esta le había contado. A pesar de que seguía sin saber quién era su novio misterioso, tenía una pista que podía conducirle hasta él: el lugar en el que se habían visto, quizás incluso el día de su muerte, por eso decidió que lo buscaría en cuanto llegase a su oficina.

Estaba entrando en el edificio de la comisaría cuando recibió una llamada en su teléfono, por lo que decidió quedarse en la calle. Era el inspector Zabala, de la Brigada de Homicidios y Desaparecidos de Madrid.

—Buenos días, Cuevas. ¿Cómo van las cosas por ahí?

—Retomando la investigación de la muerte de Paloma Riesgo. ¿Vosotros qué tal? ¿Alguna novedad?

—Por eso te llamaba. Hemos encontrado algo fundamental que podría ayudarnos en nuestra investigación y llevarnos hasta el asesino.

—¿El qué?

—Creemos que no eligió a sus víctimas al azar. Al menos dos de ellas estaban relacionadas, trabajaban en el área de sanidad.

—¿Quiénes?

—Julián López, el ginecólogo asesinado en Burgos, y Cándido Morales, exministro de Sanidad.

—¿Se conocían?

—No estamos seguros, pero lo que sí hemos confirmado es que ambos tenían una cuenta en Suiza donde recibían pagos de una empresa farmacéutica alemana. Lo sabemos gracias a la investigación que está llevando a cabo la fiscalía europea. ¿Recuerdas el escándalo en el que se vio envuelto el exministro por un medicamento llamado Maxitina, para combatir los efectos de la menopausia?

—Sí.

—Al parecer había más de doscientas personas implicadas, a las que la farmacéutica pagó generosas cantidades de dinero para que promoviesen y apoyasen el uso de la Maxitina.

—¿Y los dos las recibieron?

—Así es.

—¿Y la mujer de Tarragona?

—En el caso de ella, no nos consta que tenga relación con ese asunto. Ahora estamos trabajando en averiguar quién podía tener motivos para asesinar a ese ginecólogo y al exministro.

—Si es por el uso de la Maxitina, la lista puede ser larga.

—Lo es. Más de doce millones de mujeres recibieron ese tratamiento en todo el mundo, principalmente en Europa, de las cuales la mayoría tuvieron problemas leves, aunque unas cien mil sufrieron secuelas graves. Por lo que he podido averiguar, basándome en las denuncias de las distintas asociaciones de mujeres afectadas, fallecieron más de cuatro mil, unas cuatrocientas de ellas en España.

—Sigue siendo una lista muy larga. Quien los mató podría ser alguien que sufriese las secuelas del medicamento o estar relacionado con una de las víctimas fallecidas.

—De momento estamos investigando a los familiares de las mujeres que fallecieron a causa de la Maxitina, pero será un trabajo laborioso y que llevará mucho tiempo.

—Ya me imagino.

—El problema es que todavía no hemos podido relacionar a la primera víctima, la mujer de Tarragona, con las otras dos. Era funcionaria y no tenía nada que ver con el dichoso medicamento. Tampoco recibió ninguna compensación económica, que sepamos, y no tiene cuenta en Suiza.

—Pues alguna relación tiene que haber.

—De momento vamos a concentrarnos en ellos dos. Ese es el otro motivo por el que te llamaba —dijo el inspector Zabala—.

Necesitamos que nos ayudes.

—Tú dirás.

—Mañana empieza en Santander un congreso internacional sobre medicina, en el Palacio de Congresos y Exposiciones, donde estarán presentes personalidades de todo el mundo. Una de ellas es Hans Becker, directivo de la farmacéutica que lanzó al mercado la medicina en cuestión. Por eso queremos pedirte un favor.

—¿Queréis que lo proteja?

Zabala soltó una breve carcajada.

—No, eso ya lo hace el equipo de seguridad privada que tiene y que le sigue a todas partes. Por lo menos es lo que nos han contado en la farmacéutica cuando solicitamos hablar con él. A pesar de explicarles el motivo, dijeron que no estaba disponible para hablar con nosotros. Lo que necesito es que vayas a verle y le preguntes si ha recibido algún tipo de amenaza contra su vida. Podría hacerlo yo, pero, ir hasta ahí para que me dé calabazas de nuevo, no me apetece mucho. Por aquí tengo bastante trabajo y he pensado que quizás tú podrías hablar con él.

—Claro, no hay problema.

—Gracias, Cuevas. Esperemos que contigo esté más dispuesto a colaborar.

—Mañana te contaré.

Tras despedirse de él, Verónica decidió aprovechar lo que quedaba de día para seguir con su investigación, empezando por la búsqueda del faro donde Paloma se había visto con su novio.

33

Existían nueve faros en la costa cántabra, según la búsqueda que Verónica realizó en Internet. Ya en las primeras fotos hubo uno que llamó su atención, pero decidió revisarlos todos antes de centrarse en ese.

Descartó los que tenían un difícil acceso, como el de la isla de Mouro o el Faro del Caballo, que además llevaba años fuera de servicio. Estudió las ubicaciones y a cuáles se podía llegar en vehículo. Era lógico pensar que hubiesen ido hasta él de ese modo, sin tener que caminar en exceso. También descartó los dos que había en la ciudad de Santander.

Hecha la primera criba, uno destacaba por encima de todos, un precioso faro que se elevaba elegante al pie de un acantilado y al que podía llegarse en coche. Era el más cercano a Laredo, con una urbanización de chalés muy cerca. Pero además tenía una característica: estaba pintado con multitud de colores.

—Un nido de amor multicolor —murmuró, recordando el comentario que Paloma le había hecho a su vecina.

Buscó más detalles sobre él y descubrió que cinco años atrás un artista local había recibido el encargo de pintarlo de diversos colores, lo que atrajo a muchos turistas y curiosos. Sin embargo, varios partidos políticos se unieron para denunciar que esa afluencia estaba estropeando el entorno. Primero consiguieron que se limitase el acceso y finalmente que se borrasen las pinturas, devolviéndolo a su aspecto original. Eso hizo que dejase de ser un reclamo turístico.

Hacía ya un año y medio de eso, lo que no encajaba con el tiempo que Paloma llevaba con su novio secreto. Un año atrás, cuando había iniciado su relación con él, el faro ya no estaba pintado de colores, por lo que no tenía sentido que se hubiese referido a él como «nido de amor multicolor». No obstante, decidió que merecía la pena comprobarlo.

Salió de su despacho, justo para encontrarse de bruces con Parra.

—Inspectora… —murmuró con voz apagada y mirada esquiva—. ¿Quiere que revisemos ahora esas declaraciones de testigos?

—Cambio de planes. Nos vamos.

—¿A dónde?

—A comprobar una cosa.

Cinco minutos después estaban subidos en uno de los coches de incógnito, con Parra al volante y Verónica estudiando el recorrido en

su teléfono.

—Hay que coger la S-10 hasta Hoznayo y luego la carretera hasta Ajo.

—¿Qué hay allí?

—El faro de Ajo.

—Lo conozco. Estuve un par de veces antes de que borrasen las pinturas. El lugar es precioso —dijo algo menos tenso—, aunque estaba lleno de turistas.

—He leído que las borraron por eso.

—No he vuelto por allí desde entonces. —Parra se quedó unos instantes callado y luego dijo—: Inspectora, siento mucho lo ocurrido.

—Ya te he dicho que no quiero que lo sientas —le replicó ella, menos tensa que en su anterior conversación—. Lo que tienes es que centrarte y pensar si realmente te gusta este trabajo. Si te soy sincera, no entiendo cómo te presentaste a subinspector.

—Mi padre y mi tío insistieron para que lo hiciese —dijo con voz apagada—. Incluso mi primo, que es inspector, insistió en que me presentase. Para ellos era una obligación que ascendiese.

—¿Viven aquí, en Santander?

—No, mis padres están en Valencia y mi tío y mi primo en Málaga. Por eso me vine a Cantabria. Necesitaba estar alejado de ellos.

—Quizás deberías decirles que esto no te gusta.

—No es que no me guste. Es que… —Durante unos segundos pareció no saber qué decir—. Es posible que usted tenga razón y que no valga para esto, pero nadie en la familia lo va a entender si lo dejo.

—No debería importante lo que ellos piensen y sí lo que te haga feliz.

Verónica tuvo la sensación de que la conversación le estaba afectando, por eso decidió no insistir más en el tema. Prefirió centrarse en darle las indicaciones para llegar a su destino.

Pronto dejaron atrás la ciudad y disfrutó del paisaje que encontraron a su paso. El día era soleado, lo que hizo que recordase los días que había pasado en Asturias un año atrás, antes de iniciar su proceso de ascenso a inspectora. Decidió que regresaría allí con Santi en cuanto le fuese posible.

Por fin llegaron al pueblo de Ajo, casi cuarenta y cinco minutos después de abandonar Santander. Atravesaron el núcleo urbano, para dirigirse luego a la urbanización que antecedía al faro, y aparcaron el vehículo al llegar a las últimas casas, recorriendo a pie los restantes doscientos metros.

El faro era tal y como lo había visto en las fotos, de un intenso color blanco y destacando poderoso sobre la llanura que lo rodeaba. No se veía ningún turista, solo un vehículo aparcado muy cerca de la entrada al faro. Al ver que tenía en la puerta el logo del Gobierno de

Cantabria, supuso que pertenecería al farero.

—Puede que tengamos suerte —murmuró acelerando el paso para encontrarse con él.

34

Llegaron a la puerta de entrada al faro justo cuando esta se abría y un hombre cercano a los sesenta años salía del interior.

—Buenos días —le saludó Verónica—. ¿Trabaja usted aquí?

—Sí —replicó él mirándola con desconfianza.

—Soy la inspectora Cuevas, de la Policía Nacional, y este es mi compañero, el subinspector Parra. ¿Podemos hablar con usted unos minutos?

—Voy un poco justo de tiempo. Todavía me quedan por revisar otros dos faros antes de regresar a Santander.

—No le entretendré mucho.

—De acuerdo —accedió.

—Entiendo que en este faro no vive nadie.

—Ninguno de los que hay en Cantabria están habitados —dijo el hombre algo más relajado—. Hace años que funcionan solos.

—¿Viene usted mucho por aquí?

—Una vez a la semana. Mi oficina está en la Autoridad Portuaria de Santander y cada jueves reviso los cuatro faros que están a mi cargo.

—¿Sabe si suele venir mucha gente por aquí?

—Desde que pintaron de nuevo el faro de blanco, muy poca. Y la verdad es que lo agradezco. Antes todo esto estaba lleno de basura —dijo señalando a su alrededor—. La gente no tiene respeto por la naturaleza.

—¿Le importaría que echase un vistazo al interior del faro?

—¿Por qué? ¿Ocurre algo?

—Necesito comprobar si alguien pudo colarse en el interior hace un par de semanas.

—Eso es imposible. Siempre cierro la puerta y las ventanas de la planta baja tienen rejas.

—Aun así, me gustaría echar un vistazo, si no le importa.

—Claro.

El farero les abrió la puerta y entraron en el interior de la base del faro, un recinto circular muy pequeño de apenas cinco metros de diámetro, parte del cual lo ocupaba la escalera central que ascendía hacia la cúpula, donde se encontraba la luz que iluminaba cada noche el mar. No había nada de mobiliario en la estancia.

Lo primero que le llamó la atención fue que las paredes interiores estuviesen pintadas de colores.

—Pensé que habían borrado las pinturas —comentó Verónica.

—Las exteriores, sí, pero alguien decidió pintar este cuarto también y no tocarlo cuando se borró la pintura exterior. La verdad es que cualquier día vengo con un bote de pintura blanca y lo pinto todo —dijo con cara de agobio—. Cada vez que entró aquí me mareo de ver tantos colores.

Ahora entendía por qué Paloma lo había llamado «su nido de amor multicolor». Allí dentro era donde se había visto por primera vez con su novio misterioso. ¿Sería posible que hubiese regresado a ese lugar la noche de su muerte?

—¿Quién tiene llave de aquí?

—Solo yo. Bueno, hay otra de repuesto en la caja fuerte de la oficina.

—¿Puede enseñarme su llave?

El hombre la sacó del bolsillo y se la mostró. Era una llave normal, de las que podían copiarse en cualquier ferretería.

—Parece fácil de duplicar.

—Por eso nunca se la entrego a nadie. Además, ¿quién iba a querer entrar aquí? Como ve, no hay mobiliario ni nada que robar. Yo soy el único que entra. —El farero se quedó entonces pensativo durante unos segundos—. Además, ahora que lo recuerdo, después de pintarse el faro otra vez de blanco, cambiamos la cerradura por la que tiene ahora. Les habíamos entregado una copia a los trabajadores para que dejasen aquí dentro sus cosas, por eso hay algunas manchas de pintura en el suelo. La verdad es que se gastaron una pasta en pintarlo de colorines para luego dejarlo como estaba al principio, pero nadie se preocupó de limpiar esto.

Verónica se acercó para observar más de cerca lo que le decía. En algunas zonas había gotas de pintura, aunque pequeñas. Nada escandalosas. Sin embargo, hubo algo que le llamó la atención en la pared más alejada de la entrada. Todos los dibujos estaban compuestos de formas geométricas de distintos colores. En uno de los rombos blancos, vio unas salpicaduras rojas, a un metro del suelo. Eran pequeñas, pero no lo bastante como para que no llamasen su atención. Al verlas más de cerca y con detenimiento tuvo la sensación de que no eran de pintura.

Acto seguido, bajó la mirada al suelo y vio que en esa zona las baldosas que lo cubrían estaban más limpias. De inmediato una idea cruzó su mente. Miró de nuevo a la pared, dio un par de pasos atrás y se imaginó a una persona arrodillada al lado de ella.

La bala que había matado a Paloma Riesgo estaba alojada en su cráneo, por lo que no existía orificio de salida. Si lo que había en la pared eran las salpicaduras producidas por el disparo, estas solo se explicaban si estaba arrodillada de lado a la pared y no mirando a

ella.

De cualquier modo, sería trabajo de la Policía Científica averiguar lo ocurrido en aquel lugar y confirmar si eran gotas de sangre de la víctima.

—Es mejor que salgamos de aquí antes de que contaminemos más el lugar —dijo volviéndose hacia sus dos acompañantes.

—¿Contaminar? —preguntó desconcertado el farero.

—Parra, llama ahora mismo a la comisaría y di que necesitamos acordonar esto y que venga la Científica a analizar el interior del faro.

—¿Qué ocurre? —insistió el hombre.

Verónica alargó el brazo para que los dos la acompañasen al exterior y, una vez fuera, dijo:

—Es muy probable que aquí dentro se haya cometido un crimen.

35

Durante el resto del día, Verónica y Parra permanecieron en el faro de Ajo. La Policía Científica se encargó de analizar el interior de la edificación y los alrededores, mientras la Guardia Civil les apoyaba para mantener a cualquier curioso alejado del lugar.

No era necesario que permaneciesen allí, pero Verónica quiso quedarse hasta saber al menos si las manchas encontradas eran de sangre. A media tarde, el inspector Bermúdez, de la Brigada Provincial de la Policía Científica, le confirmó no solo que estaba en lo cierto, sino que el suelo había sido limpiado, aunque no lo suficiente para eliminar la sangre que había en las juntas de las baldosas.

—Debió creer que nadie pensaría que este podía ser el lugar de un crimen —aseguró—. ¿Cómo lo supiste?

—Una pista me trajo hasta aquí —le respondió Verónica—. Lo que necesito ahora es confirmar que la sangre es de Paloma Riesgo y que la mataron ahí dentro.

—Hasta mañana no sabremos nada seguro. De momento estamos recogiendo huellas y cualquier fibra que haya en el lugar, así que puedes regresar a Santander. Esto llevará rato.

—Lo haré, pero antes quiero interrogar a los vecinos. Alguien tuvo que ver algo la noche de su muerte.

Verónica se despidió de él y, con la ayuda de cuatro agentes que llegaron de Santander, se pasó el resto de la tarde hablando con los vecinos. El problema fue que muchos de ellos no vivían allí, solo iban los fines de semana, y ninguno de los habituales recordaba haber visto nada que se saliese de lo normal la noche del crimen.

—Desde que quitaron esas pinturas horribles del faro apenas viene gente por aquí —le explicó una mujer mayor que vivía en una de las primeras casas a la entrada de la urbanización—. Eso sí, alguna que otra noche veo pasar alguna pareja joven en coche que van a besarse mirando al mar.

Verónica supuso que hacían algo más que besarse, aunque no quiso alargar la conversación. Se despidió de ella y, tras reunirse con Parra y confirmar que no habían sacado nada útil, decidió que era hora de regresar a la comisaría. Tendrían que esperar que alguna de las huellas que estaba recogiendo la Policía Científica fuesen del asesino.

De camino le mandó un mensaje a Santi para avisarle de que llegaría un poco tarde, a lo que él le preguntó si le apetecía cenar fuera de casa, en un lugar tranquilo. En principio pensó en decir que

no, pero luego decidió que le vendría bien salir y desconectar un rato del trabajo.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —preguntó Parra captando su atención mientras tomaban la autovía de regreso.

—¿Qué quieres decir?

—No parece que haya ningún testigo del crimen, si es que la mataron en ese faro.

—Habrá que esperar a los resultados que obtenga la Policía Científica. Mientras tanto, hay otro asunto del que debo ocuparme y del que ya me había olvidado.

—¿Qué asunto?

—El inspector Zabala, de la Brigada de Homicidios, me ha pedido que me acerque mañana a una convención de medicina que por lo visto se está celebrando en Santander.

—¿La del Palacio de Congresos y Exposiciones?

—Sí. Tengo que localizar al dueño de una farmacéutica para hablar con él. El problema es que no tengo ni idea de cómo hacerlo.

—Eso no es problema. Tengo una amiga que trabaja allí y que estará encantada de acompañarla para que hable con él.

—Eso estaría muy bien.

—Entonces la llamo en cuanto lleguemos —dijo Parra, sonriendo—. Yo me encargo de que pueda entrar, no se preocupe.

Se notaba que estaba contento por servir de ayuda, como si eso le redimiese en cierto modo de la bronca que había recibido esa mañana.

—Gracias —le replicó Verónica, haciendo que su sonrisa se agrandase.

36

Verónica notó que Santi no hacía más que mirarla mientras cenaban en un restaurante con vistas a la playa. Cada poco posaba los ojos en ella, lo que hizo que al final preguntase: —¿Va todo bien?

—Sí, claro.

—Es que no dejas de mirarme.

—¿Y cómo te miro?

—No estoy segura, pero pareces preocupado.

—Me preocupas tú. Te veo cansada.

—Ha sido un día muy largo.

—Quizás debería haber preparado algo para cenar en casa, así podrías acostarte antes.

—No quiero que hagas eso —dijo ella negando con la cabeza.

—¿El qué?

—Hacerme la comida y tratarme como si necesitase cuidados.

—Solo me preocupo por ti —le replicó Santi, desconcertado.

—Ya, el problema es que eso me trae malos recuerdos.

—¿En qué sentido?

—La última vez que viví con alguien que era tan atento conmigo, la cosa no terminó muy bien.

—Entiendo —murmuró él, consciente que se refería a Marcos—. Lo siento, no lo había pensado.

—No pasa nada, pero quiero que entiendas que estoy acostumbrada a llevar esta vida. Cuando estaba en la Brigada de Homicidios, la mayoría de los días no tenía tiempo casi ni para pensar. Comía cuando y donde podía, y me acostumbre a la falta de sueño, sobre todo si las investigaciones eran complejas.

—¿Y esta lo es?

—Empieza a serlo. Es probable que hoy hayamos encontrado el lugar del crimen.

—Eso es una buena noticia, ¿no?

—El problema es que la víctima se veía en secreto con alguien, probablemente el hombre que la asesinó, y nadie parece saber quién es.

—Hoy en día, con tantas cámaras y métodos de posicionamiento, es fácil seguirle los pasos a alguien.

—¿Tú crees?

—Quizás no al asesino, pero sí a la víctima.

—En este caso, su teléfono se apagó cuando estaba en Laredo y no

lo hemos encontrado desde entonces.

—¿Y qué hay de ese supuesto novio?

—Es posible que sea policía, al menos fue lo que ella le dijo a un guardia de seguridad de la fábrica en la que trabajaba, para que la dejase en paz. De todas formas, no quiero descartar otras posibilidades. Puede que la Policía Científica encuentre sus huellas en el lugar del crimen y eso nos lleve hasta el asesino.

—Seguro que le atrapas pronto.

—Eso espero, así no pasarías tanto tiempo solo.

—Te debes a tu trabajo y no quiero que te preocupes por mí. Hoy me he comprado un lector de libros electrónicos y tengo ya un montón listos para leer —aseguró Santi con una cálida sonrisa—. También me he comprado ropa de deporte, así puedo salir a correr y hacer algo de ejercicio.

—Me encantaría acompañarte algún día.

—Buscaremos un hueco.

Tras la cena, regresaron a casa caminando. Santi estuvo contándole el argumento de la novela que había empezado a leer esa tarde y que le tenía enganchado, mientras Verónica le escuchaba agarrada de su brazo.

En ese momento se sentía culpable por no dedicarle el tiempo que merecía. A pesar de que estaba feliz de tenerle a su lado, su trabajo seguía siendo lo más importante para ella, sobre todo cuando estaba metida en una investigación de asesinato tan difícil como la que tenía entre manos. Eso siempre captaba la mayor parte de su tiempo, haciendo que todo lo demás pasase a un segundo plano.

Por suerte, Santi no parecía que se lo tuviese en cuenta, aunque hubo algo que lo puso en tensión cuando estaban a pocos metros del portal de su piso. De pronto su voz se cortó de golpe y se quedó clavado en el sitio.

—¿Ocurre algo? —preguntó ella.

—Hay un coche parado al otro lado de la calle, con alguien dentro. Es el mismo que estaba fuera del restaurante cuando salimos de cenar.

—¿Crees que nos están vigilando?

—No tendría que ser así.

—¿Qué quieres decir? —preguntó extrañada por el comentario.

En ese momento, una mujer salió de un portal cercano y se subió al coche, que arrancó y desapareció calle adelante.

—Una falsa alarma —dijo Santi, aliviado—. Tendré que empezar a acostumbrarme a la vida civil y a no ver un peligro en cada esquina.

—A todos nos cuesta volver a la normalidad.

Esa noche hicieron el amor, aunque a Verónica le costó más de lo esperado concentrarse. Tenía demasiadas cosas en la cabeza que la impidieron dejar la mente en blanco y disfrutar como deseaba. Santi

se dio cuenta y supo ser delicado y paciente con ella, aunque eso no evitó que la experiencia no fuese tan gratificante como en anteriores ocasiones.

Mientras esperaba abrazada a Santi a que el sueño la venciese, se dijo a sí misma que tenía que empezar a pensar más en ella y menos en el trabajo, si no quería que aquella relación fracasase.

37

Santi esperó a que Verónica se fuese a trabajar para darse una ducha. Mientras el agua caía sobre su cuerpo, analizó el tiempo que llevaba con ella en Santander. Estaba claro que la dedicación que tenía a su trabajo la afectaba en su vida personal, sobre todo cuando estaba metida de lleno en la investigación de un crimen. La notaba más pensativa y menos receptiva que durante el fin de semana que habían pasado en San Vicente de la Barquera, incluso ausente en algunos momentos.

No se lo reprochaba. Entendía lo importante que era su trabajo para ella y lo respetaba. Nunca se le pasaría por la cabeza pedirle que lo dejase. El problema era que eso le dejaba a él mucho tiempo libre que necesitaba ocupar en algo. Después de tantos años practicando el arte de la guerra, necesitaba encontrar una actividad con la que entretenerse cuando ella no estuviese.

—Puedo escribir una novela —murmuró entre risas mientras salía de la ducha, aunque de inmediato desechó la idea. El anterior novio de Verónica escribía novelas policíacas y, dado cómo había terminado esa relación, dudaba que ella quisiese tener otro escritor en su vida—. No, tendré que pensar en otra cosa.

Una parte del día la podía ocupar en hacer deporte y leer, pero los días se le iban a hacer demasiado largos si no podía estar con ella, así que trató de pensar en algo.

Estaba vistiéndose cuando sonó su teléfono móvil. Le extrañó no ver en la pantalla el contacto de Verónica, que era el único que tenía memorizado. Al no reconocer el número, preguntó: —¿Quién es?

—Buenos días, Santi. Soy Katia.

—No esperaba escuchar tu voz tan pronto.

—Te llamo porque quería comentarte algunas cosas.

—Tú dirás.

—Ayer hablé en persona con el director y aceptó tus condiciones.

—¿Tan rápido?

—Fui bastante convincente a la hora de explicarle que nos convenía aceptar. Además, ahora mismo no tenemos a nadie con un nivel de preparación como el tuyo.

—Me cuesta creerlo.

—Pues que no te cueste tanto. Ese tipo de trabajos los subcontratamos.

—Recuerda que te dije que yo decidiré si acepto o no el trabajo

que me asignéis.

—Sí, tranquilo, se lo he dicho. Esa es la segunda razón por la que te llamo. Te necesito para un trabajo.

—¿Ya?

—Ha surgido así.

—¿Dónde es?

—En Santander. ¿Puedo contar contigo?

—Depende del tipo de trabajo que sea.

—Tranquilo, será uno muy fácil. Nos llevará poco tiempo.

—¿Quiere eso decir que trabajaremos juntos? —preguntó Santi.

—¿Te supone eso un problema?

—Depende de lo que tengamos que hacer.

—Para alguien como tú, resultará muy sencillo. Saldré de Madrid en menos de una hora y pasaré a recogerte en cuanto llegue ahí. Hasta luego.

Katia cortó la llamada, lo que le dejó con la intriga de qué tipo de trabajo sería. No quería meterse en ningún lío mientras estuviese en Santander, por eso decidió que si no le convencía, lo rechazaría.

38

Verónica y Parra se presentaron en el Palacio de Congresos y Exposiciones poco antes de las nueve de la mañana. Gracias a la amiga que tenía trabajando allí, accedieron sin problemas a la parte del edificio donde se celebraba el congreso sobre medicina. Incluso les acompañó al comedor, donde medio centenar de personas estaban disfrutando de un desayuno de trabajo, y les indicó quién era el hombre al que deseaban ver.

Hans Becker tenía muy buena planta. Metro ochenta, pelo plateado y piel bronceada. Por lo que Verónica había averiguado de él en Internet, tenía sesenta años, aunque aparentaba diez menos. Se notaba que cuidaba su cuerpo. Vestía un elegante traje oscuro con corbata rosa y camisa blanca, y le acompañaba en ese momento una mujer muy atractiva de vestido largo ceñido al cuerpo, veinte años más joven que él.

Verónica se acercó a ellos y le preguntó en inglés al empresario si podía hablar un minuto con él. Este sonrió y recorrió su cuerpo con la mirada antes de responder en el mismo idioma que estaría encantado. Estaba claro que le gustaban las mujeres.

—Soy la inspectora Verónica Cuevas, de la Policía Nacional, y este es el subinspector Parra. —Por la cara que puso su compañero, confirmó que el inglés tampoco era su fuerte—. Nos gustaría hacerle unas preguntas. No le entretendremos mucho.

—Lo que haga falta —dijo el empresario con la mejor de sus sonrisas y sin apartar la mirada de ella. Parecía un hombre acostumbrado a conseguir todo lo que quería.

—Es usted dueño de la farmacéutica Nova Pharma.

—Soy más bien el máximo accionista —la corrigió él.

—Hace años su empresa se vio envuelta en un escándalo a causa de un medicamento para la menopausia femenina, llamado Maxitina.

—Sí, pero fue retirado del mercado —dijo sin perder la sonrisa.

—Después de que muchas mujeres muriesen a causa de los efectos secundarios.

—Muchas medicinas tienen efectos secundarios, aunque afectan a un porcentaje muy pequeño de los pacientes.

—En este caso, tengo entendido que el porcentaje fue bastante grande.

El hombre perdió la sonrisa.

—Nova Pharma ha creado cientos de medicamentos distintos a lo

largo de su historia que han salvado millones de vidas. Ese también lo hizo —dijo entonces endureciendo su expresión—. Si la policía española quiere saber más, puede hablar con mis abogados.

El empresario les dio la espalda e hizo ademán de alejarse, pero Verónica lo cogió del brazo.

—Espere, por favor. No estoy aquí por eso. He venido por su seguridad.

—¿Mi seguridad? —repitió volviéndose para mirarla.

—¿Ha recibido usted recientemente amenazas de muerte?

—No.

—¿Está seguro?

—Las recibí un tiempo, cuando sucedió lo de ese tratamiento. Ahora la gente ya se ha olvidado de lo ocurrido.

Verónica estaba segura de que no era así, pero no quiso entrar en esa discusión.

—¿Ha notado que alguien le siguiese?

—Solo las mujeres que lo hacen hasta mi alcoba —dijo recuperando la sonrisa.

—Esto es serio, señor Becker. Necesito saber si durante el tiempo que lleva en España ha recibido alguna amenaza o percibido cualquier tipo de peligro.

—Llegué aquí hace tres días para el comienzo de este congreso y la única amenaza es esa preciosidad que conocí hace dos noches —dijo mirando de reojo a su espalda— y que me ha hecho sentir como si tuviese diez años menos. Además, mi chófer es mi guardaespaldas y se encarga de velar por mi seguridad. Con él no corro ningún peligro.

Verónica miró por encima del hombro del empresario y observó cómo la mujer en ese momento les daba la espalda, para hablar con otra persona.

—Me alegro de que sea así. De todas formas, si sospecha en algún momento que su vida corre peligro, no dude en llamarnos.

—¿Puedo llamarla para invitarla a cenar? —dijo Becker con mirada insinuante.

—¿No tiene bastante con esa preciosidad?

—Soy hombre de gustos variados.

Verónica trató de ser lo más diplomática posible.

—Yo soy mujer de un solo hombre. Lo siento, deberá probar sus encantos con otra. Buenos días.

Verónica le dio la espalda y se dirigió a la salida, con Parra pegado a ella.

—¿Qué tal ha ido?

—¿No te has enterado de nada?

—De muy poco.

—Te haré un resumen rápido: Hans Becker es un gilipollas con un

pito desbocado. No creo que mucha gente le eche de menos si le pegan un tiro en la cabeza.

—Ya veo que no te ha caído muy bien.

—Quería invitarme a cenar. Por suerte, la cartera no es lo que más me atrae de un hombre.

—Pues a mí no me importaría ser él y cenar con ese pibón que le acompañaba. ¿Te fijaste qué pedazo de tía?

—Un poco mayor para ti, ¿no crees?

—Esas son las mejores. Tienen mucho que enseñar.

—Deberías preocuparte más en aprender otras cosas, como el inglés.

Parra ahogó una tímida risa mientras se encaminaban a la salida.

~

De vuelta a su oficina, Verónica llamó al inspector Zabala para contarle cómo había ido su encuentro con Hans Becker. Lo resumió en una única frase: —Está más preocupado por llevarse a la cama a todas las mujeres que pueda que por su seguridad.

—¿No tiene nadie que le proteja?

—Un guardaespaldas que ejerce de chófer.

—Al menos, le has puesto sobre aviso —dijo Zabala—. Ya es cosa suya tomar medidas o no.

—Más no puedo hacer por él. Tengo una investigación entre manos que me preocupa bastante más que lo que pueda ocurrirle a ese vejestorio alemán.

—¿Qué tal la llevas?

—Estoy a la espera de los resultados de la Policía Científica para confirmar que hemos encontrado el lugar del crimen. Espero que eso nos lleve hasta el asesino.

—Ojalá tengas suerte. Nosotros estamos intentando estrechar el círculo, pero es muy complicado. Hay muchos afectados por el medicamento, suponiendo que ese sea el motivo por el que el asesino comete los crímenes. Quizás estamos caminando en la dirección equivocada.

—Lo cierto es que no sabría qué decirte.

—Me da que la única forma de pillarle es que cometa un error. Lo que sí parece claro es que nuestro asesino es frío y calculador, y que sabe cubrir sus huellas —afirmó, resoplando—. Mi primer caso importante en la Brigada y cada vez me parece más difícil de resolver.

—Hay gente muy buena trabajando contigo. Apóyate en ellos y pídeles consejo. Seguro que te ayudan.

—Lo haré. Gracias por todo, Cuevas.

Verónica se despidió de él y permaneció en su oficina el resto de la

mañana, a la espera de una llamada de la Policía Científica, que no se produjo hasta cerca de la una del mediodía.

Por suerte para ella, su investigación sí que empezaba a ir por el buen camino.

39

Los resultados de los análisis determinaron que la sangre aparecida en el interior del faro de Ajo pertenecía a Paloma Riesgo. La víctima había recibido un disparo en la cabeza, estando arrodillada en el suelo de lado a la pared, tal y como supuso Verónica. Lo que no encontraron fue ninguna huella que ayudase a identificar a su asesino. Parecía haber limpiado muy bien su rastro, como lo haría un profesional.

Verónica cogió la hoja en la que tenía anotado un perfil previo del asesino y repasó sus notas. Entre veinticinco y cincuenta años, seductor, seguro de sí mismo, casado o divorciado… Sin duda era una persona metódica, dado cómo había limpiado el suelo de sangre y se había preocupado de que no se encontrasen huellas suyas en el lugar del crimen. Estaba claro que tenía conocimientos criminales, por eso anotó con letras bien grandes: POLICÍA.

Justo en ese momento sonó su teléfono particular y vio en la pantalla un número que no tenía registrado.

—¿Dígame?

—Soy Carmen, la vecina de Paloma.

—¡Ah, sí! Buenos días, Carmen. ¿Cómo va todo?

—Bien, hija. Te llamo porque he recordado una cosa, que no sé si será importante.

—¿El qué?

—Una vez vi desde la ventana al novio misterioso de Paloma.

—Pensé que nunca le había visto —dijo con tono de sorpresa.

—En realidad no le vi. Es decir, no le vi la cara —aclaró—. Venía en moto y llevaba puesto un casco que no dejaba ver su cara.

—¿Ha dicho una moto?

—Sí.

—¿Sabría describirla?

—Ay, hija, yo no entiendo de esos cacharros. Sé que era grande y negra, pero no sabría decirte más. Le dio un casco a Paloma y se marcharon juntos en la moto.

—¿Cuándo fue eso?

—Hará unos dos o tres meses. Fue antes de que lo dejasen.

—Muchas gracias por la información.

—Espero que te sea de ayuda y atrapes a ese criminal.

—Lo haré.

Verónica se despidió de ella y acto seguido llamó por teléfono a Parra.

—Una pregunta —dijo al escuchar su voz—. ¿Cuánto hace que tiene esa moto el comisario Antúnez?

—Algo menos de un año. La compró cuando se divorció de la mujer.

—¿Sabes qué moto es?

—No sé la marca, pero es una de esas de carretera de gran cilindrada.

—¿De qué color?

—Negra.

—Vale, gracias.

En cuanto cortó la llamada, exclamó entre dientes:

—¡Joder!

Aunque el único nombre que tenía apuntado en su lista de sospechosos era el del comisario Antúnez, lo había hecho más por inercia que por convencimiento. Ahora, sin embargo, empezaban a ser demasiadas las coincidencias que apuntaban hacia él, por lo que decidió no ignorarlas.

Volvió a llamar a Parra y le pidió que le dejase las llaves del coche camuflado que estaban utilizando en la investigación, sin explicarle para qué lo quería. Sabía que el comisario salía normalmente entre las dos y las tres para comer, así que bajó al aparcamiento y permaneció dentro del vehículo.

Un poco antes de lo que esperaba, el comisario apareció vestido de paisano, con una cazadora de motorista y un casco en la mano, y se subió a su moto, así que lo siguió. Lo hizo a una distancia prudencial para no llamar su atención.

De la comisaría fueron hasta un hotel restaurante situado a las afueras de la ciudad, donde comió con una joven que no debía tener más de veinte años. Gracias a que se sentaron en una mesa junto a la ventana que daba a la calle, pudo ver los gestos cariñosos entre ambos, lo que le dejó claro que mantenían una relación sentimental.

Menudo asaltacunas está hecho, pensó Verónica.

Tras la comida fueron a la recepción, donde entraron en uno de los ascensores, por lo que supuso que subirían a una de las habitaciones. Lo confirmó cuando vio que tardaban en salir.

Dos horas después, alrededor de las siete de la tarde, salieron del edificio para despedirse entre besos y caricias, y luego el comisario se subió a su moto para regresar a la ciudad. Verónica le siguió de nuevo, procurando no acercarse demasiado. Primero se detuvo en una tienda de deportes, de donde salió con una bolsa de ropa que metió en el cajón trasero de su moto, y luego en una joyería, en cuyo interior estuvo casi media hora. De ahí fue a su casa, situada muy cerca del puerto.

Nada más aparcar, Verónica recibió un mensaje de WhatsApp de

Santi. En él le decía que se había encontrado con un antiguo compañero del ejército y que se iban a cenar juntos. Eso hizo que decidiese continuar con la vigilancia al menos un par de horas más.

Apenas había pasado media hora cuando Antúnez salió del edificio para subirse al taxi que lo recogió en la puerta. Vestía el traje de gala de la Policía, como si fuese a asistir a algún tipo de evento. Pocos minutos después llegaron al Palacio de Exposiciones y Congresos, donde parecía estar celebrándose una fiesta o recepción.

En un principio, Verónica esperó en doble fila hasta ver cómo Antúnez entraba en el edificio y luego aparcó en la amplia explanada que había al otro lado de la calle, junto al campo de fútbol. Lo hizo en una posición desde la que tenía una buena visión de la entrada al edificio.

Tras el comisario, fueron llegando más invitados, todos vestidos de forma elegante. Reconoció entre ellos a Hans Becker, el empresario dueño de la farmacéutica Nova Pharma, que llegó del brazo de la imponente mujer con la que le había visto esa mañana. Sin duda era un hombre con aire de triunfador, al que parecía no afectar tener las manos manchadas de sangre.

Verónica estaba planteándose si merecía la pena quedarse allí más tiempo, cuando sintió que le daba un vuelco el corazón. Una pareja, a la que reconoció de inmediato, bajó de un taxi para dirigirse a la entrada. La mujer era Katia y llevaba un vestido largo muy ceñido al cuerpo, con una espectacular abertura en la espalda que le alcanzaba hasta la cintura. Estaba increíblemente atractiva, con unos zapatos de fino tacón que le permitían contonear las caderas de un modo muy sensual mientras caminaba. Sintió envidia al ver cómo los hombres la seguían con la mirada al pasar a su lado. Viéndola así vestida era imposible imaginarse que fuese una agente del CNI. Más bien parecía una modelo de las que aparecían en las películas de James Bond.

No obstante, lo que hizo que se acelerasen sus pulsaciones fue reconocer a su acompañante. Vestía un esmoquin oscuro, con camisa azul y pajarita blanca. De no ser porque antes de entrar en la fiesta giró la cara hacia el lugar donde ella se encontraba, nunca habría pensado que era Santi.

En ese momento, multitud de preguntas inundaron su mente. ¿Qué hacía con ella? ¿Por qué estaban allí? Y, sobre todo, ¿por qué Katia se agarraba de su brazo como si fuesen pareja?

Su primer impulso fue salir del coche y pedirle explicaciones, pero en el último momento pensó que quizás estaba en la fiesta por otro motivo. Su actitud era muy seria, incluso distante con ella. Eso, sin embargo, no explicaba que hubiese mentido al decir que había quedado con un amigo del ejército. ¿Qué hacía allí en realidad? ¿Acaso seguía trabajando para Red Point o es que había algo entre

ellos dos que le estaba ocultando?

Frustrada y engañada, decidió abandonar la vigilancia definitivamente y regresar a casa. No tenía ganas de seguir con aquello.

40

Por el despertador de la mesita supo que Santi había llegado a casa pasadas las doce cuarenta de la noche. Tras desvestirse, se metió en la cama y se abrazó a ella, que fingió estar dormida. El intenso olor a colonia de hombre que desprendía hizo que se preguntase qué había sucedido antes, durante y después de la fiesta entre Katia y él. Apenas durmió nada esa noche.

A la mañana siguiente se levantó antes que él, se dio una ducha rápida y se vistió para ir a trabajar. Estaba preparándose un café cuando escuchó su voz.

—Buenos días, princesa. —Al ver que ella no le respondía y que ni siquiera se daba la vuelta para mirarle, añadió—: Siento haber llegado tan tarde anoche.

—Espero que al menos lo pasases bien.

—Lo normal. Estuvimos tomando cervezas y hablando de cosas de tíos.

—No me pareció que te oliese el aliento a alcohol cuando llegaste.

—¿Estabas despierta? —dijo mientras se pegaba a su espalda y posaba las manos en sus caderas—. De haberlo sabido, yo…

Verónica dio un respingo y se alejó de él, a la vez que se giraba para mirarle. Toda la rabia que sentía y que había acumulado durante la noche salió a flote en ese momento.

—¡Eres un cabrón! ¿Por qué me mentiste?

—¿Cómo dices?

—¿Con quién estuviste anoche?

—Ya te lo he dicho, con un amigo.

—¡Mentira! —La cara de Santi se descompuso al ver la furia que se desprendía de su mirada. Cada vez estaba más cabreada con él—. Anoche te vi.

—¿Qué me viste? ¿Dónde?

—Estabas con Katia en el Palacio de Congresos y Exposiciones.

Santi la miró desconcertado.

—¿Me estabas siguiendo?

—Os vi entrar cogidos del brazo, como si fueseis una pareja feliz.

—Escucha, Vero, yo…

—Pensaba que no volverías a mentirme.

—No es lo que tú piensas.

—¿Ah, no? Pues a ella se la veía encantada, agarrada de tu brazo.

—Estaba allí por trabajo.

—¿Qué trabajo? Se supone que habías dejado Red Point.

—Y lo hice, pero es más complicado de lo que piensas.

Verónica no podía seguir discutiendo con él. Estaba tan cabreada y decepcionada que sentía cómo empezaba a ahogarse, mientras el corazón le latía a mil por hora. Necesitaba salir de allí.

—Espero que el polvo haya merecido la pena.

Sin mediar más palabras, se dirigió a la puerta, justo cuando su teléfono comenzaba a sonar. No le hizo caso.

—Espera, Vero. No te vayas así. Deja que te explique —le rogó Santi.

—Lo siento, pero no tengo tiempo para esto. Me llaman por teléfono.

Salió de casa y bajó por las escaleras mientras respondía a la llamada. Era su compañero.

—Dime… Parra —balbuceó notando como le faltaba el aire.

—Inspectora, ¿está muy lejos de la comisaría?

—Estoy saliendo de casa.

—De acuerdo, pues paso a recogerla ahora mismo. Espéreme en el portal.

—Yo tengo el coche, ¿recuerdas?

—Es verdad. Entonces la espero en la puerta de la comisaría a que me recoja. Es muy importante.

—¿Qué ocurre, Parra? Ahora mismo no estoy para misterios.

—Anoche se produjo un crimen y el comisario me ha dicho que la localice y que vayamos juntos lo antes posible.

—¿Y por qué no me ha llamado él mismo?

—Acabamos de recibir el aviso. De hecho, estaba hablando con el comisario en ese momento, por eso le dije que me encargaría de avisarla.

—Imagino que el comisario recuerda que estamos metidos en otra investigación —dijo mientras salía del portal.

—Sí, pero cuando le comenté que ayer habíamos estado con la víctima, decidió que nos encargásemos nosotros.

—¿Ayer? ¿De quién me estás hablando? —preguntó mientras trataba de recordar toda la gente con la que había estado el día anterior.

—Ese alemán tan estirado con el que estuvimos en el Palacio de Congresos y Exposiciones. Acaban de encontrarle muerto en la habitación de su hotel.

~

De camino a la comisaría, Verónica fue incapaz de concentrarse en lo que Parra acababa de contarle. La discusión con Santi la había dejado

muy mal cuerpo, sobre todo porque no había sido capaz de gestionarla. Hacía un año que no iba a terapia con su psicóloga. Entre el cambio de destino, los seis meses en la Academia de Ávila y el nuevo destino en Santander, había preferido prescindir de ella. Entre otras cosas, porque estaba convencida de que era capaz de superar los problemas por sí misma, sin ayuda externa, algo de lo que ahora empezaba a dudar.

No había logrado dominar la rabia hacia Santi, principalmente porque se sentía engañada y defraudada, además de los celos que se habían apoderado de ella. Katia era una mujer muy guapa y elegante, a la que seguro que le resultaba fácil seducir a cualquier hombre. Y encima había tenido una relación amorosa en el pasado con Santi.

En ese momento una única pregunta se apoderó de su mente: ¿y si el motivo por el que Katia había ido a Santander era para recuperarle? Lo que había percibido en su mirada mientras hablaban era que todavía sentía algo por él. Una mujer se daba cuenta de esas cosas y Verónica estaba segura de que Katia seguía enamorada de Santi.

Aun así, lo que más rabia le daba era que él la había mentido… una vez más.

Por suerte, consiguió apartar esos pensamientos de su mente cuando llegó a la comisaría y Parra se subió al vehículo.

—Buenos días, inspectora.

—¿Dónde tenemos que ir?

—Al hotel Imperial. Está frente a la Playa de los Peligros.

Verónica buscó la dirección y la introdujo en el navegador del coche, para seguir a partir de ese momento sus indicaciones.

—¿Estás seguro de que han asesinado a Hans Becker?

—Es lo que parece. El director del hotel llamó diciendo que una limpiadora lo había encontrado tirado en su habitación, con la cabeza ensangrentada.

—Esperemos que no haya tocado nada. ¿Alguien ha avisado a la Policía Científica?

—Lo he hecho yo, espero que no le importe.

—Has hecho bien —dijo satisfecha de que, por una vez, Parra hubiese tenido una buena iniciativa—. Anoche vi a Hans Becker.

—¿Dónde?

—En una fiesta que se celebraba en el Palacio de Congresos. —Al ver que se sorprendía, añadió—: No entré. Pasaba por allí y lo vi entrar acompañado de la misma mujer de por la mañana.

—¿El pibón?

—Sí. Habrá que hablar con ella, aunque antes de nada hay que saber exactamente qué ha ocurrido.

—Hay varias patrullas ya en el hotel esperándonos.

Verónica puso la sirena y aceleró a fondo para llegar lo antes

posible. Solo esperaba que la muerte del empresario alemán no estuviese relacionada con el Asesino del tatuaje.

Eso complicaría bastante las cosas.

41

Hans Becker estaba alojado en un hotel de cinco estrellas con vistas a la bahía de Santander, un edificio de cuatro plantas y fachada pintada de un blanco intenso que recordaba a los hoteles de principios del siglo veinte. Incluso tenía balneario, por la información que Verónica pudo ver en el cartel de la entrada.

Su mayor preocupación desde que puso el pie en el recinto fue controlar el acceso al lugar del crimen. Colocó un par de agentes en la puerta de entrada a la habitación, situada en el tercer piso, y pidió a la dirección del hotel que realojasen a los clientes de esa planta, para que no interfiriesen en las labores policiales. Al menos, los que estaban en las habitaciones más cercanas. Luego, una vez que la Policía Científica se personó en el lugar, situó agentes en el exterior para impedir el acceso al edificio de periodistas y medios de comunicación. Supuso que no tardarían mucho en aparecer por allí.

En cuanto a los posibles testigos, encargó a Parra que hablase con todo el personal y clientes del establecimiento, para lo cual le asignó un par de agentes de los que estaban apoyándoles. Enseguida se dio cuenta de que necesitaría más personal, así que llamó al comisario. Su respuesta fue rotunda:

—Lo que necesites. Tenemos que impedir que la situación se descontrole.

Estaba claro que lo que más le preocupaba era que el crimen le pudiese salpicar de algún modo. Como poco, la muerte de un importante empresario europeo en la ciudad iba a poner nerviosa a mucha gente dentro del ámbito político, por eso el comisario aseguró que se personaría en el lugar en cuanto le fuese posible. Fue algo que a Verónica no le hizo demasiada gracia. Prefería trabajar a su aire y no tener ningún jefe encima de ella, así que optó por averiguar lo antes posible lo ocurrido.

No podía entrar en la habitación donde se había producido el homicidio hasta que la Policía Científica terminase su trabajo, así que decidió hablar en primer lugar con la limpiadora que había encontrado el cadáver. Esta le explicó que había entrado a trabajar a las siete y media de la mañana, y que le llamó la atención encontrarse entreabierta la puerta de una de las habitaciones. Su reacción fue preguntar si había alguien dentro y, como nadie respondía, abrió la puerta del todo para ver si ocurría algo, encontrándose el cuerpo tirado en el suelo.

—No toqué nada, ni siquiera pasé de la puerta —aseguró—. Bajé corriendo a recepción para que llamasen a la policía.

Su testimonio no aportó más información, así que Verónica esperó hasta que se presentó en el hotel la jueza de guardia con todo su séquito, para el levantamiento del cadáver. Tuvieron que esperar cerca de media hora hasta que la Policía Científica creó un pasillo de seguridad y permitieron el acceso al cadáver.

El forense constató que la víctima había muerto de un disparo en la parte posterior de la cabeza y que la hora de la muerte, según la temperatura corporal, se había producido entre las doce y la una de la madrugada.

Verónica le pidió que comprobase si tenía tatuado algún número en la nuca y, al ver que no era así, respiró aliviada.

Una vez la jueza autorizó el traslado del cadáver al depósito, para realizar la respectiva autopsia, Verónica solicitó revisar las cámaras de seguridad del hotel, para ver si en alguna de ellas aparecía el asesino. Así pudo constatar que la víctima había llegado a las once quince de la noche a su habitación y que lo había hecho solo.

Veinticinco minutos después, a las veintitrés cuarenta, una persona apareció por la puerta que daba a la escalera de incendios de ese piso y se dirigió a la habitación de Hans Becker. Vestía unos pantalones vaqueros negros y una sudadera del mismo color, con una capucha que le cubría la cabeza. En la espalda llevaba una pequeña mochila. La cámara del pasillo no fue capaz de mostrar su rostro con claridad, dado que en todo momento caminaba con la cabeza baja y la capucha ocultando su cara.

Tras un par de toques en la puerta, esta se abrió y entró en el interior de la habitación, como si la víctima esperase su visita. Cuarenta y dos minutos después, a las doce y veintidós, salió para dirigirse a la salida de incendios, de nuevo con la cabeza gacha para que ninguna cámara captase su rostro.

Verónica observó las imágenes varias veces y lo único que sacó en claro fue que caminaba con las piernas algo arqueadas, aunque le pareció que era forzado. Por lo demás, ninguna pista de quién podía ser. Lo que sí supuso fue que probablemente se trataba del asesino, dada la hora a la que se había producido la muerte.

Revisando las cámaras exteriores, descubrió que el sospechoso había llegado al edificio por los jardines traseros, a los que era muy probable que hubiese accedido desde el paseo que transcurría a lo largo de las playas de esa zona. Sin duda, había estudiado bien el mejor modo de entrar y salir sin ser visto por nadie.

Decepcionada, se reunió con Parra cerca de la entrada, que tampoco tenía buenas noticias.

—Nadie vio o escuchó nada. Solo había un empleado en la

recepción anoche en el momento en que la víctima regresó al hotel y no se movió de su puesto. En cuanto a los clientes, ninguno de los que había en las habitaciones cercanas escuchó nada anormal, incluidos los pisos superior e inferior. Eso sí, hay que tener en cuenta que las dos habitaciones contiguas no estaban ocupadas.

—¿Has hablado con el chófer de la víctima?

—Su jefe le dijo al volver al hotel anoche que no iba a necesitarle hasta el día siguiente, así que salió a tomar algo por la ciudad. No regresó hasta pasadas las dos de la madrugada.

—Necesito que compruebes que es cierto. Y también hay que localizar a la mujer que vimos con Hans Becker.

—Tengo su nombre. Se llama Amanda y el chófer dice que la conoció hace dos días en un restaurante de la ciudad. Esa misma noche se la trajo a su habitación. Se ve que el tío era todo un conquistador.

—Ya lo veo.

—El chófer me dijo también que ayer estuvo con ella en la fiesta, pero que la dejó de camino al hotel.

—¿Te dijo dónde?

—En su casa. Tengo la dirección porque el chófer la metió en el navegador del coche. No será difícil encontrarla.

—Manda a alguien que la lleve a comisaría para poder interrogarla. Y habrá que hablar también con la gente que participaba en el congreso. Quiero saber todo lo que hizo durante el día de ayer y con quién habló.

—Eso nos llevará bastante tiempo.

—Lo sé, ya he pedido apoyo. El comisario se mostró bastante dispuesto a darme todo lo que necesitase cuando hablé con él por teléfono.

—Y más que lo estará cuando la noticia salte a la prensa. Que, por cierto —añadió Parra—, ya se está concentrando fuera del hotel, preguntando por qué hay tantos coches de policía.

—Intentaremos ir varios pasos por delante de ellos —aseguró Verónica—. Venga, tenemos mucho que hacer.

42

Permanecieron en el hotel hasta media mañana, momento en el cual la Policía Científica terminó con sus labores de recogida de muestras. Eso les permitió regresar a la comisaría para interrogar a Amanda Valle Rodríguez, la acompañante de Hans Becker, a la que una patrulla había localizado en su casa.

De camino, Verónica pensó en responder al mensaje de audio que le había mandado Santi unas horas antes. En él le pedía disculpas por no haber sido sincero con ella y le aseguraba que se lo explicaría todo cuando se viesen. Tras unos segundos de duda, al final decidió no responder. En ese momento tenía que centrarse en su trabajo y dejar a un lado su vida personal.

Antes de hablar con la mujer, Verónica pasó por el despacho del comisario Antúnez para ponerle al corriente de la investigación y lo poco que sabían hasta el momento. Él la escuchó con atención y se mostró algo aliviado cuando le dijo que el crimen no parecía relacionado con el Asesino del tatuaje. Antúnez le prometió de nuevo que pondría a su disposición todos los recursos que necesitase de la comisaría.

—Se lo agradezco —le replicó ella—, pero recuerde que no es el único crimen que tengo entre manos. La muerte de Paloma Riesgo sigue sin resolverse. Tal vez debería asignar este nuevo crimen a otra persona.

—No tengo a nadie, al menos con tu experiencia, por eso quiero que te ocupes tú —dijo tajante—. Tendrás que dejar aparcado el crimen de esa mujer de momento.

Verónica no percibió en su mirada ninguna emoción al decirlo, aunque eso no alejó sus sospechas de él.

Salió de su despacho y se dirigió a una de las salas de interrogatorios de la comisaría para hablar con la testigo.

Al entrar y mirarla por primera vez a los ojos, tuvo claro que Amanda era una mujer imponente. A sus cuarenta años mantenía una figura delgada y atlética, y las facciones de su rostro eran bellas. No obstante, su mirada era fría. Verónica supuso que era porque se sentía incómoda en aquella sala, después de más de una hora esperando a que alguien hablase con ella.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó cuando Verónica se sentó frente a Amanda—. Todavía nadie me ha dicho por qué estoy aquí.

—¿Conoce usted a Hans Becker?

—Sí.

—¿Y estuvo anoche con él?

—Claro. Fuimos a una fiesta en el Palacio de Congresos y Exposiciones, y luego me dejó en mi casa. ¿Por qué lo pregunta? ¿Le ha ocurrido algo?

—Anoche le asesinaron.

—¡Oh, Dios! —dijo llevándose las manos a la boca—. ¿Cómo es posible?

—Es lo que intentamos averiguar. ¿Cómo lo conoció usted?

—Coincidimos en el mismo… restaurante —acertó a decir con la voz rota, aunque sin derramar ninguna lágrima— y me invitó a tomar una copa.

—Suena a un flechazo a primera vista.

—Era un hombre muy apuesto y atento.

Verónica tuvo que reconocer que era cierto, aunque ella nunca se habría ido a la cama en su primera cita con un hombre como Hans Becker.

—Así que anoche estuvieron en una fiesta —prosiguió con el interrogatorio— y luego usted se fue a dormir a su casa. ¿Por qué no lo acompañó a su hotel?

—No me encontraba muy bien. Bebí demasiado champán y se me levantó un dolor de cabeza horrible —dijo acariciándose la sien derecha—. Todavía no se me ha quitado del todo.

—¿En algún momento el señor Becker le comentó que alguien le hubiese amenazado o que temiese por su vida?

—No me dijo nada de eso.

—¿Y le vio hablando en la fiesta con alguien que le pareciese sospechoso? ¿Alguna persona con quien discutiese?

—Tampoco, aunque… —La mujer se quedó pensativa unos segundos—. Sí que recuerdo que hubo una pareja que se acercó a él, un hombre y una mujer con los que estuvo hablando unos minutos en un lugar apartado de la fiesta. Decidí mantenerme fuera de la conversación, pero cuando Hans regresó a mi lado parecía bastante preocupado. Le pregunté qué le ocurría y no quiso contarme nada. Yo diría que le amenazaron de algún modo, porque después de eso estuvo bastante callado y ausente.

—¿Cómo era esa pareja?

—Ella era muy guapa y él también me pareció atractivo. —Por cómo los describió a continuación, tanto físicamente como por la ropa que llevaban, Verónica tuvo claro que se trataba de Katia y Santi—. Cuando nos fuimos de la fiesta, lo hicimos a escondidas para que no nos viesen. Si dice que lo asesinaron, es muy posible que fuese uno de ellos.

Ese último comentario hizo que Verónica sintiese un escalofrío.

Santi no solo había estado con Katia a espaldas suyas, sino que ahora podía estar implicado en la muerte de Hans Becker. Recordó las imágenes del sospechoso que había visto entrar en la habitación del empresario alemán y no pudo evitar compararlo con Santi y el modo en que iba vestido tras el asesinato de Richard Brown.

En ese momento notó que le faltaba el aire y decidió que necesitaba salir de allí.

—Volveremos a llamarla si fuese necesario —acertó a decir mientras se ponía en pie—. Gracias por su ayuda.

—No hay de qué.

Verónica regresó a su despacho, donde notó cómo la cabeza comenzaba a estallarle. En ese momento un aluvión de pensamientos y preguntas inundaron su mente, aunque una destacó entre todas las demás: ¿quién era realmente Santi? ¿Sería posible que la hubiese engañado todo ese tiempo?

Para empezar, mantenía un hermetismo total sobre su pasado y todo lo relacionado con su trabajo. Lo poco que sabía al respecto era lo que ella había averiguado por su cuenta, ya que él nunca le había hablado de ese tema. Su justificación siempre había sido que quería protegerla, aunque cada vez tenía más claro que era a sí mismo a quien protegía, para que nadie supiese la verdad sobre él.

Luego estaba Katia, una mujer que había afirmado ser agente del CNI y con la que Santi había mantenido una relación en el pasado.

¿Solo en el pasado?, se preguntó en ese momento.

El modo en que los ojos de ella brillaban al hablarle de Santi y, sobre todo, cómo le miraba y se agarraba de su brazo al entrar en la fiesta, la convenció de que seguía habiendo algo entre ellos. En cuanto a la presencia de ambos en ese lugar, empezaba a creer que no estaban allí por diversión. Si Amanda no había mentido, y no tenía motivos para hacerlo, su posible relación con la muerte de Hans Becker empezaba a ganar enteros.

—Joder, Santi —murmuró apretando los dientes, cabreada—. ¿En qué coño estás metido?

La noche anterior había llegado a casa pasadas las doce cuarenta, unos veinte minutos después de que el asesino abandonase el lugar del crimen. La sola idea de que tuviese algo que ver con el asesinato hizo que la sensación de ahogo comenzase a crecer dentro de ella. Por suerte, en ese momento sonó el teléfono de su mesa, lo que hizo que apartase esos pensamientos de su mente.

—¿Inspectora Cuevas? —preguntó al descolgarlo una voz de hombre que no reconoció—. Soy el doctor Marín, el médico forense que le está haciendo la autopsia al cadáver de Hans Becker.

—Sí, dígame.

—Durante el levantamiento del cadáver, me pidió que mirase si la

víctima tenía tatuado un número en la nuca y vimos que no tenía ninguno.

—Así es.

—En ese momento, obviamente, no desnudé el cuerpo, pero al hacerlo en el depósito he descubierto que sí que tiene un número tatuado en mitad de la espalda y la verdad es que bastante grande.

—¿Qué número? —preguntó temiendo escuchar la respuesta.

—El cuatro. ¿Le dice eso algo?

Verónica se quedó tan desconcertada que necesitó unos segundos para responder.

—Sí, que tengo que llamar a la Brigada de Homicidios y Desaparecidos —murmuró—. Me temo que el Asesino del tatuaje ha vuelto a actuar.

43

Dos cosas cambiaron tras esa llamada.

La primera fue que la investigación pasaba a manos de la Brigada de Homicidios y Desaparecidos, lo que el comisario Antúnez no dudó en celebrar, haciendo referencia a que la prensa y los políticos ya no tenían motivos para molestarle. Ni siquiera protestó cuando ella le comentó que, durante la llamada telefónica al inspector Zabala, este había solicitado apoyo del personal de la comisaría de Santander para la investigación.

—Encárgate tú —le ordenó Antúnez.

—Le recuerdo que el crimen de Paloma Riesgo está sin resolver.

—Tú has estado destinada en la Brigada de Homicidios, así que sabes cómo tratar con esa gente. Ayúdales en todo lo que te pidan. No quiero recibir ninguna llamada de los de arriba tirándome de las orejas porque no les apoyamos en la investigación como deberíamos. Que se encargue Parra mientras tanto del asesinato de esa mujer.

—Parra no sabe ni dónde tiene la mano izquierda.

—Es lo que hay. Te quiero apoyando a los de la Brigada y asegúrate de que no me creen problemas —concluyó, tajante.

Esa actitud de «no quiero problemas» encajaba con su personalidad, pero Verónica no podía olvidar que de momento era el único sospechoso que tenía del homicidio de Paloma. La insistencia de Antúnez en restarle importancia al caso no hacía más que acrecentar sus sospechas hacia él.

El segundo cambio que provocó la llamada del forense fue que sus sospechas hacia Santi desaparecieron, al menos en cuanto al homicidio de Hans Becker. Si el crimen había sido cometido por el Asesino del tatuaje, como todo parecía indicar, era imposible que Santi estuviese implicado. Tenía que existir otro motivo para que hubiese ido a la fiesta con Katia. Uno bastante importante, teniendo en cuenta que le había mentido con respecto a lo que había hecho esa noche. Estaba claro que Santi escondía algo y pensaba aclararlo, aunque sería después de que terminase la jornada de trabajo.

De regreso a su oficina se encontró con Parra, así que lo puso al tanto de lo que le había dicho el forense y que el caso volvía a manos de la Brigada de Homicidios.

—¿Cuándo van a venir a hacerse cargo de la investigación?

—El inspector Zabala me ha dicho que llegará en un par de horas.

—Menos mal.

—No lo celebres tan pronto. Antúnez quiere que les apoyemos, sobre todo yo.

—¿Qué hacemos con la otra investigación que llevamos entre manos?

—El comisario no quiere que nadie le tire de las orejas por no ayudar a Zabala en todo lo que necesite, así que de momento te ocuparás tú.

—¿Yo solo? —preguntó señalándose a sí mismo con el dedo.

A Verónica tampoco le parecía una buena idea, pero decidió darle una oportunidad.

—Necesito que vuelvas al lugar del crimen para interrogar a todos los vecinos, no solo a los de la urbanización más próxima al faro. Tienes que ir puerta por puerta y averiguar si alguien vio algo sospechoso. Es imposible que la matase allí sin que nadie viese nada, aunque solo fuese el vehículo en el que Paloma y su asesino llegaron.

—¿Quiere que siga yo solo en el caso?—preguntó Parra, como si únicamente se hubiese quedado con esa frase.

—Esta mañana lo has hecho bastante bien en el hotel y me has demostrado que puedo confiar en ti —dijo para motivarle—. Necesito que te hagas cargo de la investigación mientras yo esté liada con el inspector Zabala. ¿Lo harás?

El halago surtió efecto.

—Claro que sí.

—Llámame para cualquier cosa que necesites.

—Lo haré, no se preocupe.

Una vez en su oficina y a solas, Verónica decidió mandarle un mensaje de texto a Santi. Tras valorar distintas opciones, finalmente escribió: Tenemos que vernos esta noche y hablar.

No le puso nada más. Tampoco quiso llamarle por teléfono. Prefería verle cara a cara y mirarle a los ojos mientras le decía lo que tenía en mente.

Si debía romper con él, mejor hacerlo ahora que su corazón sufriría menos.

44

Eran las cuatro de la tarde cuando Verónica decidió regresar al hotel donde habían asesinado a Hans Becker y esperar allí la llegada del inspector Zabala. La entrada estaba libre de periodistas, lo que en cierto modo la tranquilizó. Aparcó frente al edificio, al lado de los dos únicos vehículos patrulla que quedaban en el lugar, y se bajó del coche con intención de tomar un café mientras esperaba al inspector. No contaba con que un rostro conocido le saliese al paso cuando apenas había recorrido unos metros.

—Buenas tardes, inspectora —dijo sonriente Emilio Grissom.

—Hola —le replicó ella con sequedad. Lo que menos le apetecía en ese momento era charlar con el presentador televisivo.

—Parece que nuestro asesino ha vuelto a actuar —aseguró señalando con la mirada el edificio.

—Estás al tanto de todo.

—Te dije que tenía una buena red de informantes.

—Ya veo —murmuró ella, preguntándose cuánto estaba dispuesto a pagar para que le informasen tan bien.

—Este quinto homicidio convierte al Asesino del tatuaje en uno de los más prolíficos en nuestro país de los últimos años. ¿No te parece?

—¿Quinto? Que yo sepa son cuatro.

—El crimen de esa mujer, Paloma Riesgo, fue cometido por el mismo asesino. Estoy seguro de ello. Ya te dije que lo de tatuarle un número repetido lo hizo para despistar a los investigadores. No es el primer asesino que lo hace. Imagino que, al menos en eso, estarás de acuerdo conmigo.

Lo cierto era que Verónica no estaba de acuerdo con él en nada. Ese tipo de psicópatas reivindicaba sus crímenes por algún motivo. Querían que se supiese que eran obra suya y el hecho de que los numerase tenía un significado para él. No era algo arbitrario. Cada víctima había sido elegida por un motivo y el hecho de que les pusiese un número significaba que formaban parte de una lista negra o del deseo de llevar un orden. Por eso no tenía sentido que repitiese un número y menos que lo hiciese para despistar a la policía. Su deseo era atribuirse cada uno de los crímenes, sin ningún género de duda.

No obstante, no quiso compartir con Grissom esos pensamientos, por eso se limitó a decir:

—Lo sabremos cuando lo atrapemos.

—No te hagas demasiadas ilusiones de que confiese todo lo que ha

hecho. Muchos asesinos niegan serlo y no reconocen la autoría de sus crímenes. Te lo digo porque tengo bastante más experiencia que tú en este terreno. Si estuviésemos en los Estados Unidos, donde una confesión puede librarles de la pena de muerte, lo haría, pero aquí es diferente.

—Lo sé.

—De todas formas, imagino que estás aquí para darle el relevo a la Brigada de Homicidios y Desparecidos, ahora que ellos van a hacerse cargo de investigar este nuevo crimen.

Durante unos segundos, Verónica le miró a los ojos. Aquel hombre tenía una información demasiado exacta de la investigación y eso despertó sus sospechas.

—Me gustaría saber quién te informa tan bien.

—Lo siento, no puedo desvelar mis fuentes —respondió con una sonrisa arrogante.

—Tiene que ser alguien de dentro de la Policía, y seguro que le estás pagando muy bien o no se la jugaría así. —Al ver que no decía nada, Verónica endureció el gesto—. Voy a decirte una cosa, Grissom. Como hagas pública alguna información que perjudique la investigación en curso, te aseguro que voy a ocuparme de que te acusen de obstrucción a la justicia.

—No puedes hacer eso. Existe la libertad de prensa y…

—También existe el secreto de sumario y el respeto a las víctimas. Además, tú no eres periodista. Como expolicía deberías saber la importancia de que no se hagan públicos ciertos datos de una investigación en curso.

—Yo me debo a la verdad y a mis telespectadores. Tengo derecho a exponer en mi programa todo lo que considere de interés para ellos.

—Pues ya te digo yo que de aquí no vas a sacar nada —dijo desviando la mirada al hotel—. Ya te estás largando, si no quieres que ordene que te detengan.

—¿Acusado de qué?

—De entorpecer mi investigación.

—Tú no estás a cargo de la investigación.

—Lo estoy hasta que lleguen los agentes de Madrid. Y ahora quiero que te largues de aquí de una puta vez.

—Y si no, ¿qué? —le preguntó desafiante.

Verónica no volvió a dirigirse a él. Alzó la mano para llamar la atención de los dos policías uniformados que estaban custodiando la entrada al hotel y les hizo un gesto para que se acercasen. En cuanto llegaron a su altura, les ordenó que acompañasen a Grissom fuera del recinto del hotel.

—Te estás metiendo en un lío, guapa. Me parece que se te ha subido a la cabeza el cargo de inspectora que has conseguido de

casualidad, en la mitad de tiempo que los inspectores de verdad.

Verónica le dio la espalda y le ignoró mientras se dirigía a la entrada del edificio. No pensaba caer en la provocación de tener que explicarle que si era inspectora en la mitad de tiempo no era culpa de ella, aunque era probable que lo mereciese más que algunos de los inspectores que había conocido hasta ese momento. Como él.

45

Dado que faltaba un rato para que el inspector Zabala llegase, Verónica entró en la cafetería del hotel y le pidió al camarero un café. Mientras esperaba, observó que en un extremo de la barra había dos hombres con el uniforme del hotel, hablando en voz baja. Ninguno de los dos superaba los treinta años. Estaban tan metidos en la conversación que no se percataron de su presencia, ni que desde su posición podía oír perfectamente lo que hablaban.

—No es el primer crimen que se produce aquí —escuchó decir a uno de ellos, con el pelo negro y un curioso mechón blanco en la frente—. Hace algo así como cincuenta años un hombre envenenó a su mujer en una de las habitaciones.

—¿En serio?

—Yo por eso de noche nunca ando por los pasillos del tercer piso. Hay clientes que dicen que escuchan ruidos raros, como de pies arrastrándose por el suelo. Seguro que es el fantasma de esa mujer, que vaga por el hotel.

—¡Venga, no me jodas! —exclamó el otro en tono escéptico.

—Que sí, tío. Te lo juro.

—¿Tú lo has visto?

—¿No te estoy diciendo que nunca ando por ahí de noche?

—No me lo creo.

—Para mí que a ese alemán se lo cargó la mujer fantasma, para vengarse de los hombres que le recuerdan a su marido.

—¿Crees que un fantasma le pegó un tiro en la cabeza?

—¿Y cómo sabes que murió así? —preguntó el del mechón blanco, sorprendido.

—Se lo escuché decir a un policía.

—Pues yo sigo pensando que fue el fantasma.

—No tienes ni idea. A ese abuelo se lo cargó la maciza esa con la que le vimos hace un par de noches.

—¿Te refieres a la rubia?

—Sí. Yo creo que le hizo una mamada tan potente que le estalló la cabeza.

—¡No seas gilipollas! —dijo su compañero soltando una carcajada a continuación.

—Lo que yo te diga. Esa es de las que saben cómo llevar a un hombre hasta el límite.

—Estás muy equivocado. Conozco a Amanda y te aseguró que no

es así.

—¿La conoces?

—Sí, aunque ella no creo que se acuerde de mí. Somos vecinos de portal.

—¡Pues menudo pedazo de hembra está hecha!

—Lo ha pasado muy mal en la vida, con la enfermedad de su madre y todo eso. Me alegra ver que ahora está mejor.

En ese momento los dos volvieron la vista hacia la puerta de entrada a la cafetería y se pusieron tensos. Verónica también miró y vio que el director del hotel acababa de asomar la cabeza. Una mirada suya bastó para que los dos empleados apurasen sus cafés y caminasen hacia la salida.

—Perdona —dijo Verónica alzando la mano para llamar la atención del que tenía el mechón blanco en la frente—, ¿podemos hablar un momento?

El empleado la miró confuso y algo temeroso.

—Tengo que volver al trabajo.

—Tranquilo, solo serán unos minutos. Tu jefe lo entenderá. Quiero hacerte un par de preguntas sobre Amanda.

~

Un minuto después, Verónica estaba hablando con el empleado en el jardín trasero del hotel, mientras el joven fumaba un cigarro.

—¿Cuál es tu nombre? —le preguntó.

—Luis.

—Antes te escuché decir que conocías a Amanda, la mujer que acompañaba a Hans Becker la noche anterior a su muerte.

—Sí, vive en mi mismo barrio, aunque nunca tuvimos trato porque yo soy mucho más pequeño que Amanda. De hecho, ni siquiera me reconoció cuando vino al hotel ese día. En cierto modo, también lo entiendo.

—¿Por qué?

—Ha sufrido mucho estos últimos años.

—¿Puedes ser un poco más concreto?

—Solo sé lo que me contó mi madre. Era muy amiga de la suya y cuando enfermó mi madre se ocupaba muchas veces de hacerle las compras para que su hija pudiese estar con ella en todo momento. —Por cómo lo dijo, Verónica supuso que se trataba de un cáncer—. Yo no estuve en el funeral, pero mi madre dijo que estaba muy afectada. Y eso que estuvo arropada por muchos compañeros de trabajo, todos con sus uniformes.

—¿Uniformes? ¿En qué trabaja?

—Es militar profesional, aunque no sé si lo dejaría, porque hace

mucho que no la veo de uniforme.

Eso explicaba que tuviese un cuerpo tan atlético.

—La verdad es que hacía bastante que no sabía nada de ella —añadió el joven empleado—, por eso me sorprendió verla el otro día con ese vejestorio.

—No sabrás en qué unidad estaba destinada, ¿verdad?

Él dio una calada a su cigarro y exhaló el humo, mientras se encogía de hombros.

—Ni idea, aunque me suena que estuvo en varias misiones en el extranjero, hasta que su madre enfermó. A partir de ahí, pasó mucho más tiempo con ella en casa, y los últimos meses no la dejó en ningún momento.

—¿Qué enfermedad tenía su madre, cáncer?

—No, qué va —respondió a la vez que sacudía la cabeza—. Fue una enfermedad de esas raras. Los médicos trataron de curarla, pero por lo visto ninguna medicación le hacía efecto.

—¿Y no sabrás de qué enfermedad se trataba?

—No, tendría que preguntarle a mi madre.

—¿Puedes llamarla, por favor? Es muy importante.

El joven asintió con la cabeza y sacó su teléfono para realizar la llamada.

—Mamá, soy Luis… Sí, tranquila, he desayunado. Escucha, estoy con una policía que quiere preguntarte por la muerte de la madre de Amanda… Sí, la que vivía en el sexto. Te la paso.

—Buenos días, señora. Soy la inspectora, Cuevas —se presentó en cuanto le entregó el móvil—. Su hijo me dice que era usted muy amiga de la madre de Amanda.

—Así es —escuchó su voz con claridad.

—Y que la cuidó cuando estuvo enferma.

—La ayudé en todo lo que pude —dijo la mujer con evidente pesar—. Me habría gustado hacer más por la pobre Inés.

Verónica comprendió que ese era el nombre de la madre de Amanda.

—¿Puede decirme de qué enfermó Inés?

—¡Ay, hija! —exclamó con pesar—. Fue por culpa de un tratamiento que le habían recetado. Y eso que era joven, solo tenía sesenta años. Amanda hizo por su madre todo lo que pudo. Se gastó todo el dinero que tenía en médicos, incluso peleó para que le diesen una ayuda, pero se la denegaron. La verdad es que lo pasó muy mal cuando murió.

—¿Recuerda qué tratamiento fue ese que le provocó la muerte?

—¡Como para olvidarlo! —respondió con voz segura—. Era un medicamento para la menopausia llamado Maxitina.

46

Mientras ponía el vehículo en marcha, Verónica llamó a Zabala y activó el altavoz del teléfono. Por lo que le había dicho en su última conversación, calculó que tardaría más de media hora en llegar a Santander.

—Hola, Cuevas. Perdona que no te haya llamado, pero creo que voy a tardar algo más de lo previsto en llegar —dijo tras el saludo inicial—. He tenido que parar por una urgencia fisiológica y he aprovechado para tomar un café.

—¿A cuánto estás de aquí? —preguntó mientras dejaba atrás el hotel.

—Una hora más o menos.

—¡Joder!

—¿Qué ocurre?

—Creo que ya tengo al Asesino del tatuaje.

—¿Cómo que lo tienes? ¿Lo has detenido?

—Todavía, no, por eso te llamaba. No quisiera que se escapase.

—¿Tienes pruebas claras de que haya sido él?

—Para empezar no es él, es ella —aseguró sin perder atención de la carretera.

—¿Cómo dices?

—La asesina a la que buscamos, la autora de cuatro crímenes, es una mujer. Es militar o lo fue en el pasado, por lo que sabe manejar armas, y su madre es una de las afectadas por el tratamiento para la menopausia. Eso explicaría todas las muertes.

Tras unos segundos de silencio, Zabala comentó: —Pero María del Carmen, la primera víctima, no tenía nada que ver con ese medicamento.

—La vecina de su madre me contó que Amanda pidió una ayuda, pero se la denegaron. Y esa mujer a la que asesinaron en Tarragona era funcionaria. ¿Y si fue la persona que se la negó?

—Una funcionaria no tiene capacidad para hacer eso.

—Tal vez, pero pudo ser la cara visible. Quizás no la trató con la amabilidad y la empatía que debía y por eso Amanda centró su odio en ella —reflexionó en voz alta Verónica—. Ten en cuenta que en todos estos crímenes hay algo personal y un deseo de venganza muy específico. Son crímenes realizados con frialdad. No hay violencia. Además, está el hecho de que les haya pegado un tiro en la cabeza cuando las víctimas estaban arrodilladas. Es como si les diese la

oportunidad de arrepentirse y pedir perdón antes de apretar el gatillo.

—No es prueba suficiente.

—La noche del crimen estuvo con Hans Becker en una fiesta y, aunque se quedó en su casa de camino y no le acompañó al hotel, la noche anterior sí que estuvo en su habitación, acostándose con él. Por eso supo dónde encontrarle y cómo acceder al hotel de madrugada, sin ser identificada.

—Si todo es cómo me lo has contado, esa mujer es muy peligrosa —aseguró Zabala.

—Lo sé.

—Deberíamos estar bien seguros antes de detenerla. Necesitamos confirmar que su madre fue una de las afectadas por la Maxitina y situarla en el lugar de cada uno de los crímenes.

—Eso podemos hacerlo una vez que la hayamos apresado —le replicó Verónica—. Lo más urgente ahora es detenerla para que no se escape.

—Está armada y, por lo que acabas de decir, tiene entrenamiento militar. Lo aconsejable en este caso es que se encargue de detenerla una unidad del G.E.O.

—Tranquilo, no voy a detenerla. Mi idea es vigilarla hasta que llegues. He pedido el apoyo de un vehículo de incógnito, pero tardarán un rato en llegar y yo estoy cerca de su casa.

—De acuerdo, pero mantente alejada de ella. Cuando lleguemos a Santander, organizaremos la detención y luego la interrogaremos. ¿Te parece?

—Por mí no hay problema —dijo acelerando por encima de los límites de velocidad permitidos en ciudad.

47

Verónica llegó con su coche a la calle donde vivía Amanda, justo cuando esta salía del portal para coger un taxi aparcado junto a la acera. Por suerte, no se percató de su presencia antes de subirse, así que en cuanto el vehículo arrancó, lo siguió a una distancia prudencial.

Amanda iba vestida muy diferente a la última vez que la había visto. Llevaba un pantalón vaquero azul claro y una sudadera que tenía en la espalda una calavera con una boina negra y dos machetes cruzados. Supuso que sería de alguna unidad militar. En esta ocasión no iba maquillada, lo que daba a su rostro un aspecto más marcado, aunque seguía siendo atractiva.

No tardaron demasiado en llegar a su destino: el cementerio de Santander. El taxi se detuvo en la puerta de acceso, mientras Verónica lo hacía al fondo del aparcamiento para no llamar la atención. Decidió esperar un par de minutos antes de entrar en el recinto siguiendo los pasos de Amanda.

Bordeó la pequeña iglesia que se encontraba en la entrada y caminó por una calle que transcurría entre tumbas y mausoleos. No había demasiada gente, por lo que no le costó mucho localizar a Amanda. Estaba de pie, frente a una lápida de granito oscuro en la que tenía la mirada clavada. Verónica trató de buscar un lugar desde el que observarla sin ser vista, pero entonces Amanda levantó la cabeza y sus miradas se encontraron. Eso la obligó a acercarse con naturalidad, mientras sacaba su teléfono y toqueteaba en la pantalla como si estuviese mirando una notificación.

—No estaba segura de que fueses tú —dijo deteniéndose a un par de pasos de ella y manteniendo el teléfono en la mano izquierda.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Amanda, sin ninguna emoción en su rostro—. ¿Me estás siguiendo?

—Para nada. El ayuntamiento ha denunciado la profanación de un par de tumbas —improvisó sobre la marcha—. Vengo a echar un vistazo.

Amanda pareció desconfiar.

—No he oído nada al respecto.

—¿Vienes mucho por aquí?

—Cuando puedo.

Verónica miró la lápida y el nombre que leyó en ella no le dejó ninguna duda de quién se trataba.

—Imagino que es tu madre.
—Sí.
—Lo siento.
—Gracias. Al menos, ya descansa en paz.
El modo que tuvo de decirlo y cómo sus ojos brillaron fue lo que la animó a preguntar:
—¿Murió de alguna enfermedad?
—Sí, una bastante larga. Los últimos días no había forma de mitigar sus dolores. Sufrió muchísimo.
—Tuvo que ser duro.
—Lo fue, sobre todo cuando ves cómo sufre una persona a la que quieres y no tienes forma de ayudarla.
—Imagino que eso fue lo que más te cabreó.
Amanda no dijo nada. Se quedó mirando la lápida, con los ojos llenos de lágrimas. No fue hasta pasados unos segundos que logró decir:
—Ella no merecía morir así.
—Lo sé, y menos teniendo en cuenta que hubo gente que podía haberlo evitado.
—¿Qué quieres decir? —dijo mirándola con expresión confusa.
—Una vecina tuya me contó que tu madre contrajo una extraña enfermedad, la que provocó aquel medicamento para la menopausia que ciertos médicos recetaron a sabiendas de sus efectos secundarios y que incluso el ministro de Sanidad se negó a retirar del mercado, hasta que se vio obligado. —Amanda se mantuvo en silencio—. ¿Sabías que la farmacéutica realizó pagos para que la Maxitina siguiese en el mercado y se recetase?
—Algo leí en los periódicos.
—El máximo responsable de todo fue Hans Becker, ese alemán estirado con el que te acostaste. —Amanda no dijo nada, aunque contuvo la respiración—. No quiero parecer cruel, pero muchas de las mujeres afectadas por la Maxitina pensarán que se ha hecho justicia con su muerte. Aunque estuviese siendo investigado por la fiscalía europea, la gente como él al final siempre consigue salir impune, de una manera u otra. Con su asesinato estoy segura de que muchas mujeres y sus familias podrán descansar en paz.
—¿Por qué me cuentas todo esto? —preguntó Amanda sin atreverse a mirarla a la cara.
—Porque si yo estuviese en tu lugar, habría deseado una y mil veces su muerte y la del resto de implicados.
—Eres policía.
—También soy mujer. Si ese medicamento me hubiese afectado a mí o a algunas de las personas a las que quiero, como mi madre, se lo habría hecho pagar. Al igual has hecho tú.

Amanda dio un paso lateral para separarse de ella y la miró de frente.

—¿Me estás acusando de algo?

—No es necesario que mientas más. Tenemos las imágenes en las que se te ve entrando en el hotel la noche del asesinato de Hans Becker, llevando una mochila a la espalda.

—No soy yo.

—Las dos sabemos que lo eres, y no nos costará demostrar tu implicación en los crímenes. Solo quiero darte la oportunidad de sincerarte conmigo, antes de llevarte a la comisaría. Aquí, delante de la tumba de tu madre.

—¿Es que vas a detenerme? —preguntó, desafiante.

—Sabes tan bien como yo que esto termina aquí.

—¿Por qué? Tú misma has dicho que hay muchos implicados —le replicó Amanda, con rabia. De pronto, las lágrimas habían desaparecido de sus ojos y su mirada era fría y calculadora.

—La justicia se hará cargo de ellos.

—Hace un minuto dijiste que esa gente siempre sale impune.

—No todos.

—Aun así, alguien tiene que ocuparse de ellos.

Amanda acercó su mano derecha a la cadera, lo que hizo que Verónica se arrepintiese de haberse presentado allí sola y, más todavía, de haber llevado la conversación por unos cauces que ahora la estaban poniendo en peligro. Si llevaba una pistola oculta bajo la sudadera, iba a ser muy complicado que pudiese desenfundar la suya antes que ella, por eso trató de evitar la confrontación.

—Yo no soy tu enemiga, Amanda, y tampoco creo que vayas a matar a una policía.

—¿Por qué no? Según tú, ya he matado a cuatro personas, así que no me costaría eliminar a una más.

—Yo no te he hablado de cuatro muertes. —Al ver que Amanda cada vez estaba más tensa, añadió—: Créeme, entiendo por qué lo hiciste.

—¿Y por qué lo crees?

—Julián López era uno de los ginecólogos que recetaron la Maxitina, a sabiendas de que era perjudicial para la salud. Imagino que fue médico de tu madre, aquí en Santander.

—Sí, durante un año —murmuró Amanda.

—En cuanto a Cándido Morales, el exministro que se negó a retirarlo de las farmacias, está claro que era un corrupto, por eso la fiscalía europea iba a por él. Aunque el más despreciable de todos era Hans Becker, responsable directo del sufrimiento de muchas mujeres y, por lo tanto, de la muerte de tu madre. Conocía de sobra las secuelas del medicamento que fabricaba su farmacéutica y, en lugar

de retirarlo del mercado, pagó importantes sumas de dinero para mantenerlo en él. —Al ver que Amanda se mantenía impasible, añadió —: Lo único que no entiendo es por qué mataste a María del Carmen, la funcionaria retirada en Tarragona. ¿Qué pasó, te denegó la ayuda que pediste para pagar las facturas del hospital?

Amanda metió la mano por debajo de la sudadera y agarró lo que escondía bajo ella, aunque sin sacarlo.

—Se rio en mi cara. Me dijo que no me habían concedido la ayuda porque esas ayudas eran para gente más necesitada que mi madre, y que ella tenía una buena pensión, con la que podía arreglarse perfectamente. ¡Esa hija de la gran puta merecía ser castigada! —exclamó, sacando al fin toda la rabia que tenía dentro—. Los cuatro lo merecían, por eso los maté.

Verónica no perdía detalle de su mano derecha y de lo que agarraba bajo la sudadera. Tenía que convencerla para que se entregase.

—Ahora ya ha terminado todo.

—¿Por qué? —replicó Amanda apretando los dientes—. Aún queda mucha gente que merece ser castigada.

—No de esa manera.

—No merecen otra cosa.

Verónica alzó las manos muy despacio, consciente de que cualquier movimiento brusco haría que la situación se descontrolase y terminase muy mal, sobre todo para ella misma.

—Te entiendo, Amanda, créeme, pero no le harás ninguna justicia a tu madre muriendo hoy.

—¿Quién dice que eso va a ocurrir?

—¿En serio crees que he venido sola? Hay un equipo de asalto apuntándote con sus rifles, con la orden de disparar en cuanto saques esa pistola que ocultas bajo la sudadera. Eres militar, así que sabes de sobra de lo que es capaz un francotirador. —Al ver que ella miraba a su alrededor buscando a los tiradores, Verónica trató de captar su atención de nuevo—. Tu madre no querría esto. Si lo que deseas es hacer justicia, la mejor forma es que cuentes toda la verdad de lo sucedido en el juicio. Allí podrás explicar por qué lo hiciste y toda la prensa se hará eco de lo que les ha ocurrido en este país a miles de mujeres como tu madre.

—No voy a entregarme.

—Si mueres hoy, nadie sabrá la verdad. —Por primera vez, vio asomar la duda en sus ojos, por eso insistió—. Nadie entenderá por qué lo hiciste y el sufrimiento de tu madre caerá en el olvido. Serás solo una psicópata más que apretó el gatillo por venganza.

—Eso no es cierto.

—Yo lo sé y tú también, pero nadie más lo sabrá si acabas hoy con

un disparo en la frente.

Amanda miró de nuevo a su alrededor y luego centró la vista en la lápida de su madre. Las lágrimas asomaron en sus ojos antes de que sacase la mano sin sujetar la pistola que ocultaba bajo ella.

—Está bien, haz lo que tengas que hacer —dijo colocando ambas manos en la espalda.

Verónica sacó sus esposas y se acercó con precaución. Una vez se las puso, le levantó la sudadera y extrajo de la funda la pistola que llevaba en ella. Era una Smith & Wesson con la leyenda «M&P22 Compact» en un lateral del cañón.

Todavía le temblaban las manos cuando se la guardó en el bolsillo de su cazadora y sacó el teléfono para llamar a Parra.

—Envía lo antes posible una patrulla al cementerio de Santander —dijo en cuanto respondió—. Acabo de detener a Amanda Valle.

Luego colgó y agarró a la detenida del brazo para llevársela hacia la salida.

—¡Qué hija de puta eres! —protestó mientras caminaban—. No hay francotiradores, ¿verdad?

—No, pero todo lo que te he dicho es cierto. Si quieres que se haga justicia por tu madre, tienes que contarlo todo en el juicio.

En realidad, no estaba segura de que fuese a hacerlo. Lo más probable era que el abogado que la defendiese buscase la manera de que pareciese inocente. Y tampoco le preocupaba ya. Lo más importante era que había conseguido que se entregase sin derramamiento de sangre, sobre todo de la suya.

Lo que pasase después ya no era de su competencia.

48

Oscurecía cuando Verónica llegó a la comisaría, siguiendo al vehículo patrulla que custodiaba a la detenida. En la misma puerta se encontraba esperando el inspector Zabala, que sonrió en cuanto la vio bajar del vehículo. Era un hombre cercano a los cuarenta, completamente calvo y con una fina perilla de color rubio. Su semblante era agradable y transmitía confianza.

Mientras los dos agentes se llevaban a Amanda al interior para los trámites de la detención, Verónica se quedó hablando con él unos minutos.

—Buen trabajo. La verdad es que no me lo podía creer cuando me llamaste para decirme que la habías detenido —aseguró Zabala—. ¿Cómo conseguiste que se entregase?

—Aplicando la psicología, aunque hubo un momento en que temí por mi vida. Tengo que reconocer que me arriesgué demasiado. Tenía que haberme quedado en el coche y pedir refuerzos, pero necesitaba ver lo que hacía dentro. Amanda me vio y entonces no me quedó otro remedio que acercarme a hablar con ella.

—Fuiste muy valiente.

—Más bien fui muy estúpida. Estaba sola, sin ningún apoyo. Amanda podía haberme pegado un tiro y luego huir con tranquilidad.

—Pero no lo hizo. Ahora nos toca hacerla confesar en la sala de interrogatorios. Esperemos que no se retracte.

—Aunque lo haga, tenemos su pistola y también he grabado la conversación en mi teléfono —dijo sacándolo de su bolsillo.

—¡Joder, sí que eres buena! —celebró Zabala—. No entiendo por qué estás aquí y no has regresado a la Brigada de Homicidios.

—Es porque le disparé a un compañero en la pierna.

—Lo sé, me contaron la historia —aseguró él con una sonrisa—. Un inspector intentó violarte y tuviste que dispararle para evitarlo. Luego, en el juicio, el juez solo decretó seis meses de suspensión, a cambio de que se sometiese a terapia y que no se acercase a menos de trescientos metros de ti.

Verónica decidió no contarle que la semana anterior había incumplido esa orden y que, de no interceder Santi a tiempo, no estaba segura de cómo habría terminado ese encuentro.

—Debieron expulsarle de la Policía —se limitó a decir.

—Es lo que todo el mundo comenta en la Brigada.

—¿En serio? Porque en su momento no percibí mucho apoyo entre

los que creía mis compañeros.

—El tiempo pone las cosas en su sitio. Además, en el poco tiempo que Quintero lleva en Burgos, varias compañeras se han quejado de los comentarios machistas que hace. Lo sé porque tengo un amigo allí.

—Te aseguro que lo más peligroso de él no son los comentarios que pueda hacer. Es un psicópata y lo que me hizo a mí se lo hará a otra, tarde o temprano.

—Esperemos que no ocurra y que, de ser así, esta vez reciba el castigo que merece.

—Ya veremos. De todas formas, prefiero cambiar de tema, si no te importa.

—Claro, perdona. Deberíamos estar celebrando que por fin hemos detenido al Asesino del tatuaje. O, mejor dicho, a la Asesina del tatuaje.

—¿Es en serio? —dijo de pronto una voz de espaldas a ellos. Al girarse, Verónica vio que se trataba de Parra, que estaba asomado a la puerta de entrada al edificio—. ¿Ese pibón es la asesina?

—Sí —le respondió ella.

—¡Joder! —exclamó desconcertado—. ¿Y cómo…?

—Luego te lo explicaré. Ahora el inspector Zabala y yo tenemos que entrar a tomarle declaración.

—Claro, claro… —murmuró pensativo.

—Luego hablamos.

Les quedaban por delante unas horas intensas.

~

Amanda Valle no se desdijo de su declaración. Aunque no quiso entrar en los detalles de los crímenes, sí que reconoció ante los dos inspectores haberlos cometido, y argumentó en su defensa que fue la muerte de su madre, y el modo en que esta la afectó, lo que la empujó a hacerlo.

Cuando salieron de la sala de interrogatorios, Zabala comentó:

—Seguro que se desdice de todo en cuanto hable con su abogado.

—Tal vez no —le contradijo Verónica—. Necesita que se sepa cómo murió su madre y el motivo por el que se lo hizo pagar a toda esa gente.

—Aun así, debemos encontrar las pruebas que la incriminen en cada uno de los asesinatos y asegurarnos de que no haya dudas sobre su culpabilidad.

—Estoy segura de que no tendréis problemas, ahora que sabemos que lo hizo ella.

—Gracias a ti —dijo Zabala asintiendo con la cabeza—. Has hecho un excelente trabajo, a pesar de que no era tu caso.

—Tuve suerte. Escuché por casualidad una conversación en la cafetería del hotel entre dos empleados y se me encendió la bombilla.

—He conocido investigadores a los que no se les encendía la bombilla ni encontrando al asesino junto a la víctima con un puñal ensangrentado en la mano —aseguró con una sonrisa.

—Tampoco exageres.

—Lo digo en serio. La verdad es que nos vendría bien tu ayuda para cerrar el caso.

—Lo siento, pero estoy pendiente de cerrar mi propia investigación —le replicó Verónica.

—¿La de la mujer que apareció en una playa con un tiro en la cabeza?

—Sí. Encontramos el lugar del crimen, aunque eso no nos ha acercado todavía a su asesino.

—Seguro que lo consigues.

Ella suspiró antes de decir:

—Tendrá que ser a partir de mañana. Ahora lo único que quiero es irme a casa para darme una ducha y dormir unas horas.

—Sin duda, te lo has ganado. Hablamos mañana entonces, antes de que regrese a Madrid con la detenida.

—De acuerdo.

Verónica se despidió de él y se dirigió a su despacho para elaborar el informe de la detención. Apenas había tecleado las primeras palabras cuando el comisario Antúnez entró en la sala.

—¡Enhorabuena, Cuevas! —exclamó exultante—. Ya me he enterado de que has detenido tú sola a la asesina de Hans Becker y que lo ha confesado todo.

—Esperemos que no cambie la declaración, una vez hable con su abogado.

—De cualquier modo, me alegro por ti, después de la jugada tan sucia que te han hecho hoy en televisión —afirmó el comisario, ensombreciendo el rostro.

—¿A qué tipo de jugada se refiere?

—¿Nadie te lo ha comentado?

—¿El qué?

—Lo que dijo Grissom sobre ti en televisión.

Al instante le vino a la mente la discusión que había mantenido con él frente al hotel Emperador

—No tengo ni idea de qué pudo decir de mí.

—Ha sido en un programa de esos de la tarde, en el que entró en directo. Dijo que la inspectora a cargo de la investigación del crimen del hotel Emperador era una inútil que no sabía dónde tenía la mano izquierda y que había ascendido gracias a la falta de personal en la Policía. Se pegó una buena rajada sobre el hecho de que ahora los

inspectores ascendiesen en la mitad de tiempo que antes y que muchos de ellos, entre los que te incluyó, no se lo merecían.

Verónica se sentía demasiado cansada para rebatirle.

—Me da igual lo que haya dicho.

—¿Es que has tenido algún problema con él? Porque parecía personal.

—Le eché del escenario del crimen. Vino con sus aires de grandeza en busca de carnaza para su programa de televisión y presumiendo de que había gente en esta comisaría que le tenía al tanto de todo.

Eso hizo reaccionar a Antúnez.

—¿Cómo dices? —preguntó perplejo.

—Tiene una red de informantes que, según él, le cuentan todo sobre las investigaciones en curso. Y le aseguro que es cierto. Conoce detalles de los crímenes que es imposible obtener si no se los proporciona alguien de dentro.

—¿No crees que exageras?

—Hoy me dijo que sabía que la investigación del crimen de Hans Becker iba a pasar a manos de la Brigada de Homicidios. Eso solo pudo saberlo si le informó alguien de aquí dentro.

—¡Qué hijo de puta! —exclamó cabreado—. ¿Cómo se le ocurre meter las narices en mi comisaría?

—Pensé que los dos eran amigos.

—¿Amigos? —repitió Antúnez entrecerrando los ojos.

—La única vez que hablamos de él me dijo que habían estado destinados juntos en Madrid y que era un excelente investigador.

—Eso no quita que sea un gilipollas con el ego muy subido. Y también un mujeriego —añadió—. Más de una vez tuve que cubrirle las espaldas para que su mujer no se enterase de que se veía con otras después del trabajo.

A Verónica le sorprendió ese cambio de opinión.

—Tampoco es que me parezca demasiado atractivo.

—Tiene mucha labia con las mujeres y más ahora que se cree una estrella de la televisión. Pero esta vez la ha cagado bien —dijo el comisario, soltando a continuación una carcajada—. Te ha puesto a parir delante de toda España pocas horas antes de que atrapases tú sola a la asesina. A ver cómo justifica ahora esa metedura de pata.

—La verdad es que me da igual. Lo único que quiero es terminar mi informe lo antes posible y volver a casa.

—Por supuesto, perdona que te haya entretenido. Solo quería darte la enhorabuena por tu excelente trabajo.

—Gracias.

El comisario salió del despacho y ella miró su reloj. Debía darse prisa si no quería llegar demasiado tarde a casa.

Todavía tenía pendiente una conversación con Santi.

49

Pasaban las doce de la noche cuando Verónica regresó a casa. Santi la estaba esperando sentado, con la tele encendida, pero, en cuanto la vio entrar en el salón, la apagó y se puso en pie.

—¿Qué tal estás? —preguntó con voz suave.

—Cansada.

—Imagino que no ha sido un día fácil para ti. Lo que ese cabrón dijo en televisión…

—Si te refieres al capullo de Grissom, me da igual. Hoy he detenido a la autora de los crímenes del tatuaje. Eso es lo que importa.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Era una mujer que perdió a su madre por culpa de un medicamento que le recetaron para la menopausia y que decidió castigar a los implicados, a los que ella consideraba culpables directos de su muerte. Entre ellos estaba Hans Becker.

—Me alegra mucho que lo hayas resuelto —dijo Santi con una sonrisa, que se borró en cuanto ella le replicó.

—No te alegres tanto. Tienes muchas cosas que explicarme, cómo por qué estuviste hablando con Hans Becker poco antes de su muerte.

—Yo no hablé con él.

—¡Ya, claro! Solo lo hizo Katia, ¿verdad? —dijo con ironía—. Lo que me lleva a otra pregunta: ¿qué coño estabas haciendo con ella? ¿Es que estáis liados otra vez o qué?

—Por supuesto que no.

—¡Venga, no me jodas, Santi! —exclamó cada vez más cabreada—. Somos personas adultas. Si me pones los cuernos, por lo menos ten los huevos de reconocerlo.

—Yo no te he puesto los cuernos. No tengo ningún lío con ella.

—¿Entonces qué hacíais juntos como una parejita feliz en esa fiesta?

—Solo fui a acompañarla. Ella necesitaba hablar con ese alemán y que alguien hiciese el papel de pareja suya.

—¿Y vas a decirme que no tenía nadie más de quien echar mano?

—Nadie que trabajase para el CNI y que estuviese en Santander.

Verónica le miró desconcertada.

—Espera un momento. ¿Estás diciéndome… que trabajas para el CNI?

—Sí, aunque desde hace muy poco tiempo.

—¿Y cuándo pensabas contármelo?

—Cuando encontrase el momento adecuado. Por favor, siéntate —dijo dando un paso hacia ella y alargando la mano para tocar su brazo.

Verónica retrocedió para que no la alcanzase.

—No voy a sentarme hasta que me cuentes por qué me has mentido todo este tiempo.

—Yo no te he mentido.

—Claro que lo has hecho.

—Solo te he ocultado información para protegerte.

—¡Venga ya! Estoy harta de que utilices esa excusa para todo.

—No es una excusa.

—No has hecho más que mentirme desde que nos vimos en Londres. Me pregunto si alguna vez me has querido.

Notó cómo a Santi le dolía ese último comentario, pero no le importó. Estaba harta de medias verdades y de vivir en la incertidumbre de no saber quién era en realidad el hombre que tenía delante.

—De acuerdo, te lo contaré todo —dijo con voz apagada—, pero necesito que te sientes.

—¿Por qué?

—Porque si cuando termine sigues pensando igual que ahora, cogeré esa puerta y saldré de tu vida para siempre —aseguró señalando la salida.

Verónica sintió un vacío en el estómago al escuchar eso, aunque se mantuvo firme en su decisión. Si no era sincero con ella y no le contaba toda la verdad, aquella relación terminaría allí mismo.

—Está bien —dijo mientras se sentaba en el sofá.

Santi se situó frente a ella, a un par de pasos de distancia, antes de comenzar su explicación.

—Es cierto que te mentí en algunas cosas. Sí que estaba en aquel bar de Londres para reunirme con Richard Brown, pero yo no le maté, te lo juro. Richard iba a entregarme una documentación muy valiosa contra el comandante Williams. Una información valiosa para Red Point, obviamente —añadió—. Mi contacto principal en la empresa fue quien me pidió que me reuniese con Richard en ese pub de Londres. Se suponía que iba a ser mi última misión para ellos, antes de abandonarla. Cuando llegó, yo estaba sentado al fondo del local. Alguien que estaba junto a la barra llamó su atención antes de que se reuniese conmigo y estuvo hablando con él por espacio de un par de minutos. Supongo que era uno de los hombres de Williams, porque en cuanto terminaron de hablar, ese rubio al que conociste apareció y le pegó un tiro en la cabeza, por la espalda. A partir de ahí se desató el caos dentro del local y la gente salió corriendo, lo que aproveché yo también para huir.

Hasta ese momento su versión parecía creíble, pero Verónica necesitaba conocer todas las respuestas.

—¿Qué información era esa contra el comandante Williams?

—No lo sé. Lo único que puedo decirte es que Richard Brown quería usarla para protegerse. Cuando contactó con Red Point, les habló de la implicación de Williams en una matanza que ocurrió hace unos años en un pueblo de Afganistán, aunque no era lo único que tenía contra él. Por eso llevaba dos años oculto en España. Su error fue pensar que Williams se había olvidado de él. —Al ver que Verónica iba a replicarle, alzó la mano para que le dejase continuar—. Williams había sido militar en el pasado, a cargo de un departamento de la inteligencia británica con la misión de eliminar a la insurgencia talibán, usando métodos de guerra sucia. Incluso creó su propio grupo de mercenarios para lograr sus objetivos, algunos de los cuales se llevó luego con él cuando se buscó una tapadera dentro de Scotland Yard. Era un hombre muy poderoso, con contactos muy importantes tanto en el ámbito militar como el civil. Incluso estando ya en Scotland Yard, seguía manejando su red de mercenarios para realizar operaciones encubiertas, que le seguían proporcionando importantes ingresos económicos. El resto de empresas privadas de seguridad le temían, por eso era tan importante para Red Point obtener esa información. De ese modo podían chantajearle y manejarle en su beneficio.

—¡Dios! —exclamó Verónica horrorizada—. Nunca imaginé que las empresas privadas tuviesen tanto poder. ¿Y los gobiernos no hacen nada?

—Son los primeros interesados en que sea así. La guerra ha cambiado mucho, ya no es tan convencional como lo era en el pasado.

—Ya veo. ¿Y qué pasó con esa información?

—No tengo ni idea. Richard no pudo entregármela y, por la reacción de Williams, creo que no la llevaba encima cuando le asesinaron.

—Entonces…

—El problema fue que Williams creyó que uno de nosotros dos la tenía, después de vernos hablando en ese vídeo, y nos convertimos en su siguiente objetivo.

—Por eso quiso hablar conmigo antes de coger el avión —reflexionó Verónica en voz alta—. No me creyó cuando le dije que no te conocía y que nunca había hablado con Richard Brown.

—Por eso te llevaron a esa granja. Querían averiguar lo que sabías y luego matarte. Tuve que matarles para protegerte. —Santi hizo una pausa de un par de segundos y añadió—: Y también a Williams.

—¿A Williams? —repitió ella abriendo los ojos de manera exagerada—. ¿Quieres decir que tú…?

—Sí, yo le maté —afirmó antes de que terminase la frase—. Con Williams muerto me aseguraba que tu vida ya no corriese peligro. También me sirvió para hacer un trato con Red Point, para que me facilitasen la huida y me permitiesen desvincularme para siempre de ellos, dejando por fin atrás esa vida. No contaba con que no eran los únicos interesados en mí.

—¿Qué quieres decir?

—Era la segunda vez que me desvinculaba de Red Point. La primera vez tuve que regresar después de salvarte la vida en Madrid, algo de lo que no me arrepiento. En esta ocasión pensé que por fin podría empezar de cero, a tu lado, pero supongo que la gente como yo nunca podemos huir de nuestro pasado y nos termina encontrando.

—¿Te refieres a Katia?

Él asintió con la cabeza antes de responder.

—El servicio de inteligencia inglés pidió al nuestro que me localizasen. Imagino que no se creyeron del todo que los talibanes se hubiesen cargado a Williams y le pidió al CNI que me localizase. Katia me conocía y sabía que soy una de las pocas personas capaces de realizar una operación como la que acabó con la vida de Williams, así que me propuso un trato.

Verónica notó un vacío en el estómago, que no tardó en dificultarle la respiración. Aun así, logró preguntar:

—¿Qué tipo de trato?

—El CNI convencería a los ingleses de que yo ya me encontraba en España en el momento del asesinato de Williams y, a cambio, tendría que trabajar para ellos.

—¡Joder, Santi! ¿Y por qué no me dijiste nada?

—Pensaba hacerlo, pero bastante tenías con tu trabajo en ese momento y tampoco sabía cómo decírtelo.

Verónica resopló y trató de ordenar toda la información que acababa de recibir. Entendía por qué lo había hecho, pero eso no cambiaba lo que Santi era a ojos de ella.

—Así que el CNI te quiere usar como asesino a sueldo. Porque eso es lo que eres, ¿no? Un asesino frío y sin escrúpulos, dispuesto a cargarte a quien haga falta si te pagan bien.

—No importa lo que fui en el pasado. Lo que sí puedo decirte es que no pienso volver a matar a nadie por dinero. He aceptado trabajar para el servicio de inteligencia español, pero he puesto mis propias condiciones, y una de ellas es que podré elegir qué trabajos aceptar y cuáles no.

—¿Y ellos lo han aceptado?

—Matar no es lo único que se me da bien. —Verónica sintió un frío recorrer su cuerpo al escuchar eso—. Soy bueno en otras cosas que no requieren usar un arma. Esas son las misiones que aceptaré, siempre y

cuando me interese y no interfieran en nuestras vidas.

—¿Nuestras vidas? ¿Crees que voy a seguir contigo después de todo lo que me has contado? Bueno, lo poco que me has contado.

—Te considero lo suficientemente inteligente como para saber que no puedo hablarte de ninguna de las misiones que he realizado en el pasado. De hacerlo pondría en peligro tu vida y creo que ya te he dejado claro que lo que más me preocupa es tu seguridad.

—Si te preocupase tanto, no habrías vuelto.

Lo dijo con un resentimiento del que se arrepintió al momento. En realidad estaba cabreada con él por haberla tenido engañada todo ese tiempo, pero lo que menos deseaba era que saliese de su vida de nuevo.

Durante unos segundos contuvo la respiración, temiendo que Santi decidiese hacerlo. Por suerte, se limitó a dibujar una amarga sonrisa.

—Lo habría hecho si no te quisiese tanto —murmuró.

50

Verónica apretó los labios. Había mirado a mucha gente a los ojos, la mayoría asesinos de cuya culpabilidad estaba segura y que no podían ocultar lo que eran. Su mirada les delataba. Por ese motivo supo que Santi estaba siendo sincero con ella.

—Te creo, pero eso no cambia el hecho de que no puedo compartir mi vida con alguien que me oculta cosas.

—Te prometo que nunca más te ocultaré nada —aseguró él.

—Muy bien —dijo Verónica apoyando la espalda en el respaldo del asiento del sofá y cruzando los brazos en el pecho—, entonces explícame lo que hacías anoche en la fiesta con Katia.

—Ya te lo he dicho, necesitaba hablar con ese empresario alemán y me pidió que fuese su acompañante para pasar más desapercibida.

—Te aseguro que con ese vestido que llevaba puesto no se puede decir que pasase muy desapercibida.

Santi sonrió, divertido.

—Katia sabe hacer muy bien su trabajo y cómo obtener lo que desea.

—Espero que eso no te incluya a ti.

—Puedes estar tranquila. Conozco sus virtudes, pero también sus defectos, y te aseguro que hace tiempo que esa llama entre nosotros se apagó, al menos por mi parte. Tú eres la única mujer a la que deseo y por la que lo daría todo.

—Bueno, no te desvíes del tema. ¿Para qué quería ella hablar con Hans Becker?

—Por un asunto relacionado con un medicamento que fabricó su empresa farmacéutica. El CNI sabe que sobornó a mucha gente para que siguiese en circulación, entre ellos al exministro de Sanidad. Katia quería que le dijese los nombres de todas las personas a las que había comprado.

—¿Por qué?

—Para localizar las cuentas que tienen en paraísos fiscales y recuperar ese dinero para las arcas del Estado.

—¡Vaya! Y yo que pensaba que lo que querían era condenar a todos los implicados.

—Todos los servicios de inteligencia necesitan financiación —dijo encogiéndose ligeramente de hombros—. La cuestión es que Hans Becker no estuvo muy colaborador. Katia lo amenazó con impedir que pudiese salir del país y quedó en verle al día siguiente para volver a

hablar del tema. Eso fue todo.

—¿Todo?

—Solo hablamos con él. Te juro que yo no tuve nada que ver con su muerte.

—Lo sé, ya te he dicho que hemos detenido a la autora de los crímenes.

—¿Entonces me crees?

—Sí, aunque sigo sin tener clara tu relación con Katia. En la fiesta os vi muy acaramelados.

—La verías a ella. Yo solo hice el papel por el que me pagaron.

—Esa noche llegaste bastante tarde a casa. ¿Qué pasa, se alargó la fiesta?

—Katia insistió en quedarse por si ese alemán se lo pensaba mejor y nos daba la información antes de irse. Cuando nos dimos cuenta de que ya no estaba, decidimos irnos. Ella a su hotel y yo de vuelta aquí —remarcó—. Imagino que nos viste.

—Me fui mucho antes.

—Todo lo que te he contado es verdad —dijo agachándose frente a ella y mirándola a los ojos—. Desde que te conozco, solo he querido estar a tu lado. Yo nunca te pondría en peligro ni permitiría que nadie te hiciese daño, ni siquiera yo mismo. Tienes que creerme.

—Te creo, pero necesito que me prometas que nunca volverás a mentirme. Si quieres que esta relación funcione, no puede haber secretos entre nosotros.

—¿Ni siquiera relacionados con el trabajo?

—Especialmente esos. No más mentiras. Me da igual que pongas en riesgo mi seguridad o la del gobierno de la nación. —Santi asintió con la cabeza y ella le rodeó el cuello con los brazos—. Conoces mi pasado y sabes lo que me cuesta confiar en la gente, sobre todo en las relaciones personales.

—Lo sé.

—Tendrás que tener paciencia conmigo y aprender a soportarme. A veces tengo mal carácter.

—Nunca lo habría adivinado —dijo él soltando una carcajada, de la que ella se contagió.

—No seas malo, lo digo en serio.

—Yo también hablo en serio cuando te digo que te quiero más de lo que he querido a ninguna mujer antes.

Santi unió los labios a los suyos, en un beso apasionado que solo se interrumpió cuando se puso en pie y la cogió en volandas, para dirigirse con ella a la habitación.

—¿Adónde me llevas?

—Creo que todavía tienes dudas sobre mis sentimientos y pienso convencerte.

—¿Y qué hay de la cena?

—Dicen que el amor es el alimento del alma.

—En ese caso quiero empacharme —dijo Verónica mientras entraban en la habitación entre risas.

51

Habían pasado seis días desde la detención de Amanda Valle y se podía decir que esa investigación ya estaba resuelta. Al menos, era lo que le había contado el inspector Zabala a Verónica en su última llamada.

La pistola que llevaba encima al ser detenida era la que había utilizado en los asesinatos, una S&W del calibre .22 de su propiedad. No era la única arma de ese calibre que poseía Amanda. Tenía dos pistolas más, dado que participaba en competiciones de tiro olímpico a nivel nacional.

Amanda era Cabo Primero del Ejército de Tierra, destinada en la Brigada Paracaidista, aunque había pedido una excedencia de dos años tras el fallecimiento de su madre. Parte de ese tiempo lo había utilizado para contactar con varias asociaciones de víctimas de la Maxitina, tanto nacionales como internacionales, de dónde había sacado mucha de la información que poseía sobre los implicados.

No obstante, su primer objetivo fue María del Carmen García Soria, la funcionaria pública que le comunicó la denegación de la ayuda para su madre. Según una compañera de trabajo que presenció el incidente, María del Carmen había sido bastante borde y prepotente con ella, lo que había provocado que Amanda se cabrease y terminasen discutiendo, hasta que un guardia de seguridad la obligó a salir de allí.

Gracias al posicionamiento del teléfono móvil y los pagos con su tarjeta de crédito, se pudo demostrar que Amanda se había trasladado a Tarragona diez días antes de llevar a cabo el crimen, para vigilar los movimientos de su primera víctima. Alquiló un piso en el edificio de enfrente y entró en su casa haciéndose pasar por una repartidora de mensajería, para entregarle uno más de los paquetes que recibía casi a diario.

En cuanto a la segunda víctima, Julián López Llanos, su acercamiento fue más sencillo. El médico ginecólogo le había recetado a su madre el mortal tratamiento contra la menopausia durante más de un año, a pesar de ser conocedor de sus contraindicaciones y efectos secundarios. Así constaba en un correo electrónico que había enviado unos años antes a un colega suyo, implicado también en la trama, y que obraba en poder de una de las asociaciones. En él le decía que, a pesar de que algunas mujeres habían enfermado, no se podía demostrar que el medicamento fuese la causa directa y que tampoco le importaba mucho, dada la cantidad de dinero que estaba

ingresando todos los meses en una cuenta en Suiza.

El médico era asiduo de las aplicaciones de citas, gracias a lo cual Amanda se reunió con él en su casa el día del asesinato. De ese modo entró en ella con facilidad y pudo asesinarle sin necesidad de un enfrentamiento físico.

A su tercera víctima, el exministro de Sanidad Cándido Morales, tuvo que vigilarla durante más tiempo. En total fueron casi tres semanas, en las que vigiló cada uno de sus movimientos, hasta que decidió seducirle en un restaurante al que acudía dos veces por semana. Tras un encuentro casual, pero planeado, comieron juntos en un par de ocasiones y consiguió que él la invitase a su casa una noche, lo que le permitió acabar con su vida.

Unas dotes de seducción que también puso en práctica con Hans Becker cuando tuvo conocimiento de que iba a asistir en España a un congreso médico.

Además del arma utilizada para los crímenes, los investigadores encontraron en el piso de Amanda una mochila que contenía en su interior un kit de tatuaje portátil, adquirido a través de Internet. También un silenciador, que había adquirido por correo en una armería polaca.

En cuanto a la pistola S&W, Amanda la había comprado en una armería de Valencia, al igual que las otras dos pistolas que obraban en su poder.

Por propia iniciativa. Zabala pidió que balística comprobase si alguna de esas dos armas podía haber disparado la bala que había matado a Paloma Riesgo. Tal y como Verónica esperaba, el resultado fue negativo, por lo que la resolución de ese crimen seguía en el aire.

Eso motivó que, por primera vez en mucho tiempo, fuese pesimista con poder resolverlo.

~

Verónica se subió la cremallera de la cazadora, para protegerse del viento gélido que azotaba en ese momento la costa cántabra, y observó el faro de Ajo, que se elevaba poderoso sobre la zona llana que lo rodeaba. En los últimos días, el tiempo había dado un giro brusco y una borrasca procedente del norte de Europa había traído consigo unas temperaturas inusualmente bajas para estar a primeros del mes de julio.

Seguía sin encontrar ninguna pista que la ayudase a resolver el asesinato de Paloma Riesgo. Las sospechas contra el comisario Antúnez se disiparon cuando tuvo conocimiento de que la noche del crimen se encontraba en el mismo hotel en que le había visto una semana atrás, acompañado además de la misma mujer. Al parecer la

joven tenía novio, motivo por el que se veían a escondidas.

A partir de ese momento todos sus esfuerzos se centraron en averiguar la identidad del misterioso novio de la víctima, aunque sin éxito. Parecía que lo había llevado tan en secreto que para el resto del mundo era un completo desconocido.

Tampoco ayudaron mucho a la investigación las declaraciones que realizó Grissom en su programa de televisión. El expolicía metido a presentador, lejos de disculparse por sus duras palabras hacia ella tras el incidente en el hotel, se reafirmó en su idea de que era una pésima investigadora y aseguró que el crimen de Paloma Riesgo había sido llevado a cabo por la Asesina del tatuaje, a pesar de que ella lo negase. Según Grissom, lo había hecho para despistar a la policía y estaba seguro de que en el juicio terminaría reconociéndolo.

Algo ridículo y que carecía de ninguna lógica, sobre todo porque Amanda no había tenido ningún problema para reconocer los cuatro crímenes. Zabala incluso le había preguntado al respecto en varias ocasiones y ella siempre lo había negado.

Todos esos motivos fueron los que animaron a Verónica a viajar de nuevo hasta el Faro de Ajo y visitar una vez más el lugar del crimen. Pensó que quizás eso le ayudaría a ordenar sus ideas y quién sabe si incluso a recordar algo que le hubiese pasado desapercibido.

Aparcó al final de la urbanización y recorrió el camino que llevaba hasta la poderosa estructura de piedra, cuando vio venir en su dirección a una mujer acompañada de un perro que corría suelto a su lado. El animal, un cruce de pastor alemán, no dejaba de mover el rabo dando vueltas alrededor de su dueña.

—Parece muy contento —dijo Verónica al cruzarse con ella.

—Es porque está esperando a que le lance la pelota. —La mujer aparentaba unos sesenta años.

—¿Vienes mucho a pasear por aquí? —preguntó Verónica, consciente de que la gente de más edad era más observadora que los jóvenes.

—¿Por qué lo preguntas?

—Soy policía y estoy investigando el crimen que se cometió en el faro.

—Ya, menudo horror. Cuando me enteré, no me lo podía creer.

—¿Vives aquí?

—Más allá de la urbanización —señaló a su espalda—, pero suelo pasear por aquí con el perro dos o tres veces al día.

—¿Recuerdas haber visto algo extraño en la época en que se cometió el crimen?

—¿Cuándo fue eso?

—Hace tres semanas.

Al ver que la mujer sacaba su teléfono, Verónica le dijo la fecha

exacta, a lo que ella miró con atención el calendario.

—Ese día mi marido y yo estábamos de viaje, y volvimos un día después. Seguro que si yo hubiese estado en casa el día del crimen habría visto algo, porque siempre saco al perro por aquí.

—Es una pena que no fuese así.

—Lo cierto es que, desde que quitaron la pintura esa de colores y volvieron a dejar el faro como estaba, todo esto está bastante tranquilo. Antes venía un montón de gente para hacerse fotos delante del faro, algunos bastante maleducados. Me alegra que ya no venga casi nadie por aquí.

—Sí, ya me dijo el farero que dejaban basura.

—No solo basura. En una ocasión tuve un incidente bastante desagradable con una pareja.

—¿Qué ocurrió? —preguntó para darle un poco de charla.

—Me encontré con una pareja. Ella era encantadora, una chica rubia con unos ojos verdes preciosos, que se acercó y me preguntó si podía hacerles una foto a ella y su novio juntos, con el faro de fondo. No era la primera vez que alguien me lo pedía, así que le dije que encantada.

—¿Y qué pasó? —preguntó Verónica, interesada.

—Cuando me acerqué y él vio que iba a hacerles una foto, se puso bastante borde. Me dijo que ni se me ocurriese sacarle una foto e incluso me quitó de la mano el teléfono que ella me había dado. Fue una situación bastante incómoda, la verdad. Desde entonces no me acerco a los turistas.

—¿Y dices que ella era rubia, con los ojos verdes?

—Sí, color esmeralda. La recuerdo porque me llamó la atención que fuese mucho más joven que él.

En ese momento, Verónica sacó su teléfono.

—¿No sería esta chica? —preguntó enseñando en la pantalla la foto de Paloma que usaban durante la investigación.

La mujer la miró con atención unos segundos.

—Ah, pues sí. Creo que era ella.

—¿Está segura?

—Yo diría que sí. Esos ojos son inconfundibles. ¿Quién es?

—Es la joven a la que asesinaron en el faro.

—¡Oh, dios mío! —exclamó llevándose las manos a la boca—. ¡Pobre criatura, con lo simpática que era!

—¿Recuerda qué día tuvo lugar ese incidente con su novio?

—Ufff, hace unos cuantos meses —resopló ella—. No sabría decirte con exactitud cuando. Solo recuerdo que ya habían quitado la pintura del faro.

—¿Pudo ser hace un año?

—Sí, perfectamente.

—Bien, ahora necesito que me describa todos los detalles del hombre con el que iba. Su apariencia física, la ropa que llevaba…

—No hace falta —la interrumpió la mujer—. Puedo decirte incluso su nombre.

Verónica la miró perpleja.

—¿Lo conoce?

—Sí, y me imagino que tú también.

52

Verónica esperó paciente sentada tras la mesa de su oficina. Le acompañaban dos agentes de uniforme que, siguiendo sus instrucciones, se situaron a ambos lados de la puerta. Parra no tardó en llegar con paso rápido, aunque se detuvo nada más entrar y percatarse de la presencia de ambos.

—Por favor, pasa y siéntate —le ordenó ella señalando la silla que había frente a su mesa.

—¿Ocurre algo? —preguntó el recién llegado mientras se acercaba con paso lento.

—Ahora te lo contaré. Vamos, siéntate —le animó—. Hay novedades en la investigación del asesinato de Paloma Riesgo.

—¿Qué tipo de novedades? —dijo el joven subinspector, tomando asiento.

—Ayer hablé con una vecina que vive un poco antes de la urbanización que hay cerca del faro de Ajo, una que tiene un perro labrador color crema. Imagino que hablarías con ella —dijo a pesar de que la mujer no le había comentado nada al respecto.

—Seguramente. Estuve varios días interrogando de nuevo a los vecinos, como me pidió, pero ninguno me dijo nada de utilidad.

—Pues a mí me contó algo muy curioso que le ocurrió hace más o menos un año y que, mira tú por dónde, me ha llevado hasta el asesino.

Parra se irguió en la silla al momento.

—¿Lo dice en serio? ¿Y por qué no me ha dicho nada hasta ahora?

—Porque tú ya sabes quién es y estoy casi segura de que habrías ido corriendo a contárselo.

—¿Yo?

—Siempre tuve sospechas, aunque no empecé a verlo claro hasta el día que detuve a Amanda. Aquel fue un día de muchas sorpresas.

—Lo siento, inspectora, pero no la entiendo.

—Digamos que todas las piezas encajaron de golpe cuando esa mujer me dijo con quién estaba Amanda en el faro. A partir de ahí solo tuve que revisar tus llamadas. Está claro que tú le informabas del curso de la investigación, lo que explica también tu supuesta desidia. Lo que me pregunto es si realmente mereció la pena.

Parra estaba cada vez más pálido, aunque trataba de mantener la compostura.

—No termino de entender de qué está hablando.

—Claro que lo sabes y puedo demostrarlo, por eso estamos aquí ahora.

Al decirlo, miró por encima de su hombro, lo que hizo que Parra volviese la vista a su espalda, a los dos agentes que custodiaban la puerta, y luego de nuevo a ella.

—¿Va a detenerme?

—Eso depende de ti. ¿Vas a contarme la verdad o vas a obligarme a sacarte de aquí esposado?

—Yo… —Su voz se quebró y una de sus piernas comenzó a temblar.

—Escucha, Parra —empezó a decirle Verónica con tono paternal—. Todavía estás a tiempo de impedir que este asunto te estalle en la cara, pero para eso tienes que contarme toda la verdad.

—¿Qué quiere decir?

—Es muy sencillo. Necesito que me digas si sabías que él había matado a Amanda y si te pagó para encubrirle.

—No lo sabía. Yo…

Su voz se quebró, así que Verónica le dio una vuelta de tuerca más, antes de mostrarle una salida.

—El encubrimiento es un delito que está penado y que puede acarrear una condena de hasta tres años de prisión. A no ser, claro está, que hubieses sido coaccionado de algún modo. ¿Lo fuiste? ¿Él te coaccionó?

Los ojos de Parra comenzaron a llenarse de lágrimas.

—Sí —murmuró a la vez que asentía con la cabeza.

—¿Y de qué modo lo hizo?

—Me amenazó… con cargarme el crimen si no le ayudaba.

—¿Y cómo podía hacer eso?

—Usó mi pistola para matarla.

En ese momento no pudo más y rompió a llorar como un niño pequeño, mientras se tapaba el rostro con ambas manos.

Verónica esperó un par de minutos a que se desahogase y, una vez estuvo más calmado, le dijo con voz decidida: —Si me ayudas a detenerle, te garantizo que no irás a la cárcel.

53

Verónica miró nerviosa su reloj. Faltaban dos horas para que saliese el vuelo a Madrid y la orden del juez no terminaba de llegar, por eso se planteó si viajar ella también en el mismo avión, para asegurarse así de que no pudiese escapar. Era un riesgo que no deseaba correr, sobre todo ahora que estaba tan cerca de cerrar el caso.

—Vamos —dijo bajándose del coche.

Los dos policías de paisano que la acompañaban siguieron sus pasos. Cruzaron el aparcamiento y entraron en la terminal de pasajeros, mientras ella llamaba por teléfono al otro policía de paisano que ya estaba dentro del edificio.

—¿Sigue en la cafetería?

—Sí. De momento no parece que tenga prisa por entrar en la zona de facturación. Está desayunando tranquilamente.

—De acuerdo, no te muevas. Llegaré en un minuto.

De camino dio a los dos hombres que la acompañaban las órdenes oportunas. Al ser domingo, el aeropuerto de Santander estaba bastante concurrido y lo que menos deseaba era provocar un incidente que causase daños a civiles. Tenían que sacarle de allí esposado y hacerlo con la mayor discreción posible. El problema era que, para eso, necesitaba una orden de detención que no terminaba de llegar, así que decidió ganar tiempo.

El sospechoso no la vio hasta que se sentó a la mesa, frente a él.

—Buenos días, Grissom.

El hombre posó la taza de café y la miró con expresión seria.

—Hola.

A un lado de la mesa tenía su teléfono y la llave del coche, de cuyo llavero colgaba un diminuto oso de peluche.

—¿Te vas a Madrid?

—Sí, tengo programa mañana.

—Imagino que tendrás pensado contar más mentiras sobre mí.

—Ya sabes que la televisión es puro espectáculo —dijo con una sonrisa cínica—. Se dicen cosas para captar la atención del telespectador y subir la audiencia. No es nada personal.

—Para mí sí lo es. Me faltaste al respeto.

—Solo dije lo que pensaba.

—Está claro que te equivocaste. Detuve a Amanda Valle, que se declaró culpable de los crímenes. Yo tenía razón y tú estabas equivocado.

—Yo tampoco iba desencaminado. Además, mi obligación es informar a los telespectadores.

—Tu obligación debería ser contar la verdad.

—¿Acaso no lo he hecho?

—Amanda Valle mató a cuatro personas a las que consideraba culpables de la muerte de su madre. Cuatro —remarcó Verónica—. Eso quiere decir que no es la culpable del asesinato de Paloma Riesgo, como aseguraste en televisión, y que no tuvo nada que ver con su muerte.

—¿Y quién la mató entonces?

—Su novio, el hombre con el que Paloma se veía en secreto. El cabrón que la sedujo y luego la asesinó cuando se convirtió en un problema para él. Alguien bastante inteligente, aunque no lo suficiente como para borrar todas sus huellas. —Verónica hizo una breve pausa en espera de su reacción, pero Grissom se mantuvo impasible—. Creyó que imitando los crímenes del Asesino del tatuaje alejaría las sospechas de él. Incluso le tatuó en la nuca el número que correspondía a la siguiente víctima. Un tipo listo, como digo, aunque no lo suficiente como para librarse de la cárcel.

—Pareces muy segura de que vaya a ser así.

—Bastante.

—¿Y quién es ese tío tan inteligente, si puede saberse?

—Lo tengo delante.

Grissom soltó una carcajada al escuchar eso.

—¿Lo dices en serio?

—¿Ves que me ría? —le replicó ella.

—Imagino que tienes pruebas que sustenten tan grave acusación.

—Las tengo.

—No te creo.

—Es normal que no me creas. Llevabas muy en secreto tu relación con Paloma y la tenías muy bien aleccionada para que no hablase de ti con nadie. Ni fotos ni mensajes, y mucho menos llamadas. Imagino que usabais alguna aplicación de mensajería cifrada, dado que en el registro de llamadas de tu teléfono no consta el de Paloma. Estuviste once meses liado con ella, hasta que hace un mes rompiste la relación. No sé el motivo ni tampoco qué ocurrió después para que decidieses matarla. Quizás te amenazó con contárselo a tu mujer si no volvías con ella o te dijo que estaba embarazada y eso te asustó. —Grissom no se inmutó lo más mínimo—. La cuestión es que decidiste eliminarla y encontraste en los crímenes del Asesino del tatuaje el mejor modo de encubrirlo.

—De momento no he escuchado ninguna prueba.

—Antes te contaré mi teoría. Quedaste con Paloma en un bar del pueblo de Laredo, aunque no te presentaste. Imagino que la seguiste,

para averiguar donde aparcaba el coche, y luego esperaste a que regresase. Ella trató de llamarte para saber dónde estabas, pero tú habías dejado el teléfono oportunamente en Santander. De ese modo, te aseguraste de que no se conectase a ninguno de los repetidores de la zona a la que pensabas llevarla.

—Parece el argumento de una serie policiaca.

—Cuando regresó al coche, la convenciste para que ella también apagase el móvil, o simplemente se lo cogiste y se lo apagaste tú. Fuisteis en su coche hasta el faro de Ajo, con la promesa de recuperar vuestro amor y una vez dentro, la asesinaste.

—Perdona que te interrumpa —dijo él sonriendo de forma burlona —. ¿Cómo se supone que entramos en el faro?

—Si lo dices por la llave, el farero que trabaja en esa zona recordó que hace algo más de un año le pediste la llave, para estudiar la posibilidad de usarlo como escenario en uno de tus programas. Imagino que fue entonces cuando hiciste una copia.

—Grabamos en muchos lugares y te aseguro que no voy por ahí haciendo copias de las llaves de las puertas.

—Esta te interesaba. Quizás te pareció un lugar romántico al que llevar a una chica en su primera cita —aseguró Verónica. Al ver que no decía nada, prosiguió—. Allí fue donde mataste a Paloma y luego trasladaste el cuerpo a la playa de Salvé en su propio coche, antes de dejarlo de nuevo en Laredo. No encontramos sangre en el interior del vehículo, así que imagino que envolviste su cuerpo en un plástico o algo similar.

—Todo eso son suposiciones que no tienen validez en un juicio.

—Está bien, vamos a los hechos. Una semana después del crimen, tu teléfono se conectó al repetidor de telefonía más cercano al faro de Ajo. Imagino que, como muchos asesinos antes que tú, sentiste la tentación de regresar al lugar del crimen.

—Sigue sin ser una prueba. Pude ir hasta allí para dar un paseo y tomar unas fotos. Además, tú misma has dicho que la noche del crimen mi teléfono no se movió de Santander.

—La telefonía no es la única forma de averiguar el posicionamiento de una persona, deberías saberlo. Existen cámaras de vídeo en lugares donde hace dos o tres años ni siquiera imaginábamos. Tiendas, cajeros, carreteras, viviendas…

Dejó el final de la frase en el aire para provocar una reacción que siguió sin producirse. Grissom parecía demasiado tranquilo.

—Ninguna de esas cosas me vincula con el crimen —murmuró.

—Pero sí el arma que usaste para asesinarla.

—¿Cómo dices?

—Tenemos el arma del crimen y tus huellas en él.

En ese momento, Grissom perdió la sonrisa confiada que había

mostrado hasta entonces.

—Eso es mentira.

Verónica no le replicó en un primer momento. Sintió vibrar su teléfono y al mirar la pantalla vio que era una llamada del comisario Antúnez.

—El juez ya ha firmado la orden de detención —escuchó.

—Gracias, comisario.

Guardó el teléfono y miró a Grissom, que terminó de beber su café.

—Lo siento, tengo que irme —dijo al posar la taza.

—Eres un gran manipulador, ¿verdad? —le replicó ella, mirándole a los ojos—. Y no me refiero solo con Paloma, a la que tenías muy bien aleccionada. Es increíble cómo conseguiste que el subinspector Parra accediese a todas tus peticiones.

—¿Quién?

—No trates de disimular. Parra nos contó cómo te pasaba información de todo lo que ocurría en la comisaría de Santander, a cambio de pequeños pagos.

—Eso es mentira.

—Él te admira y te serviste de eso para llevar a cabo tu plan —prosiguió Verónica, ignorando su comentario—. Parra te mantuvo al tanto en todo momento de los avances de mi investigación. Tú ya intentaste manipularme cuando te presentaste en la comisaría para dirigir mis sospechas hacia el Asesino del tatuaje. Y volviste a hacerlo tras la muerte de Hans Becker, solo que en esa ocasión yo no piqué. Tenía muy claro que la muerte de Amanda no estaba relacionada con esos crímenes.

—Sigues sin tener ni idea.

—¿Tú crees? Sé que dos días antes del crimen de Paloma, le pediste a Parra su pistola del .22, la que usaba en las competiciones de tiro olímpico. Le dijiste que querías usarla en tu programa, para explicar a los espectadores las características de ese calibre. Era algo que tenías pensado utilizar cuando hablases del Asesino del tatuaje y Parra sentía tal admiración por ti que aceptó, lo que demuestra que es un chaval con muy pocas luces. Ni siquiera sospechó cuando se la devolviste al día siguiente, eso sí, limpia de huellas y con los mismos cartuchos en el cargador que él te había entregado.

—Acabas de reconocer que no había huellas mías en la pistola —dijo confiado.

—Pero sí en el primer cartucho del cargador, ese que pusiste para sustituir el que usaste para matar a Paloma. —En ese momento, Grissom palideció—. Los técnicos del laboratorio han trabajado contrarreloj durante estos dos últimos días para obtener esa huella y para demostrar también que la pistola de Parra es la que se usó en el crimen. Ya ves, es así de sencillo —dijo sin poder evitar sonreír

satisfecha—. Tenemos la pistola y tus huellas en ella. ¿Qué más se puede pedir?

Verónica llevaba tanto tiempo deseando machacarle que no puedo evitar sonreír al ver su reacción.

—Ahora mismo voy a llamar a mi abogado —dijo poniéndose en pie.

—Sí, pero será desde una celda —le replicó Verónica, incorporándose también y haciendo un gesto con la mano en el aire. Los dos policías de paisano que se habían mantenido a la espalda de Grissom, a una distancia prudencial, se acercaron—. Quedas detenido por el asesinato de Paloma Riesgo.

—Esto vas a pagarlo muy caro —masculló entre dientes, mientras le colocaban las esposas a la espalda—. Voy a arruinarte la carrera.

—No es algo que me preocupe. Lo único que me importa ahora mismo es que vas a pasarte muchos años en la cárcel.

—Sacaré todos tus trapos sucios a la luz pública, te lo aseguro.

Verónica dibujó una sonrisa irónica en sus labios.

—Tranquilo, Osito, guarda fuerzas para el juicio. Las vas a necesitar.

54

El impacto en los medios de comunicación fue brutal. La detención del presentador estrella del momento en televisión provocó que al principio gran parte de la prensa se pusiese de su lado, negando la posibilidad de que fuese autor del crimen. Incluso algunos acusaron a la Policía Nacional de dar palos de ciego. No fue hasta que se hicieron públicos los cargos y algunos detalles del crimen, que las tornas cambiaron y multitud de programas comenzaron a rellenar horas de espacio televisivo con el crimen de Paloma Riesgo y el pasado de Grissom.

Sacaron trapos sucios de él en todas partes. Algunos referentes a su época en la Policía, donde había resuelto varios casos de asesinato que ahora se pusieron en tela de juicio, por la posible manipulación de las pruebas. También salieron a la luz numerosas relaciones extramatrimoniales, algunas con mujeres vinculadas a sus investigaciones, y de las que su mujer no sabía nada.

Aunque fue su época en la televisión la que más carnaza les dio. Empezaron a aparecer testimonios de compañeros y colaboradores que le tildaban de ambicioso y manipulador, y, sobre todo, de sobornar a policías en activo para obtener documentos clasificados e información de primera mano. Unos hechos que enseguida se vio que iban a salpicar a mucha gente e incluso a poner en tela de juicio la profesionalidad de los miembros del Cuerpo Nacional de Policía.

Verónica no prestó demasiada atención a esos programas. Las pruebas de las que disponían eran suficientes para condenarle, sobre todo cuando un registro exhaustivo de su despacho dio como resultado la localización del teléfono de Paloma Riesgo, un mechón de su cabello y el anillo de oro blanco con un zafiro azul que Grissom le había regalado y que no apareció con su cadáver. Estaban todos dentro de una caja fuerte, oculta detrás de un cuadro.

A pesar de que Grissom había borrado de su teléfono la aplicación con la que se comunicaba con Paloma, en el terminal de ella sí que pudieron revisar todas las conversaciones que había mantenido con él. Gracias a los mensajes, pudieron establecer el momento en que habían iniciado su relación y cada una de las ocasiones en las que habían estado juntos. Siempre lo hacían por semana y fuera de la ciudad, a menudo en casas rurales aisladas o en hoteles con pocos huéspedes. La disculpa que él le ponía era que los fines de semana siempre trabajaba, aunque en la realidad lo hacía para que su esposa no

sospechase. Quedaban en un lugar apartado, al que llegaban por separado, ella en su coche y él en su moto Honda de carretera, de color negro.

La relación había durado once meses, hasta que Grissom decidido cortar con ella. El motivo, aunque no se decía en los mensajes, era que mantenía una nueva relación amorosa con una de las colaboradoras de su programa. Una abogada veinte años más joven que él.

Durante tres semanas Paloma le estuvo mandando mensajes para que volviese con ella, hasta que un buen día le dijo en uno de ellos que estaba embarazada y que si no se veían se lo contaría todo a su mujer. La autopsia había descartado la posibilidad del embarazo, por lo que estaba claro que había sido un intento desesperado por recuperarle. Por desgracia, Paloma no podía imaginarse que ese sería el detonante para que Grissom decidiese deshacerse de ella. No podía permitir que Paloma echase por tierra todo lo que había conseguido.

El día del crimen, Grissom había citado a Paloma en Laredo para arreglar las cosas. Los mensajes posteriores de ella dejaban claro que no se había presentado a la cita, lo que explicaba su tristeza y que Richard Brown se acercase a hablar con ella.

El último mensaje que había escrito era muy revelador.

«No me creo que me hayas hecho esto. No tienes corazón. Me vuelvo a casa».

Esa teoría de los hechos se sustentaba gracias a que dos cámaras de vídeo habían captado sus movimientos, una perteneciente a un cajero de un banco de Laredo y otra situada en el exterior de un chalé que se encontraba justo a la salida del pueblo de Ajo. Esta última, determinante para demostrar su culpabilidad, mostraba con claridad cómo en el viaje de ida iban dos personas en el vehículo y a la vuelta solo viajaba una. Los técnicos del laboratorio incluso lograron mejorar la imagen para que se viese con suficiente claridad que en el viaje de vuelta era Grissom quien iba al volante y que Paloma ya no estaba con él.

Hasta ahí llegaba su trabajo. Verónica le entregó al fiscal todas las pruebas que habían reunido y el juez decretó la prisión provisional sin fianza. A partir de ahí todo quedaba ya en manos de la justicia, un juicio que tardaría bastantes meses en celebrarse.

No obstante, el juicio público ya había determinado que Grissom era un asesino.

Epílogo

Un mes después de la detención de Emilio Grissom y tras entregar al fiscal todas las pruebas contra él, Verónica decidió que era momento de tomarse unos días libres para despejar la mente. Eligió ir a Asturias, a la zona de Llanes, de la que guardaba buenos recuerdos de su anterior visita. Por suerte, y a pesar de plena ocupación, encontró una habitación de hotel en el pueblo de Celorio, gracias a una cancelación de última hora. Durante unos días Santi y ella pudieron recuperar el tiempo perdido y disfrutar del sol y la playa.

Él se mostró muy cariñoso y atento en todo momento, y las dudas que Verónica pudiese tener sobre su relación, desaparecieron. Las sombras del pasado quedaron en el olvido y su unión comenzó a afianzarse.

Solo hubo algo que enturbió esos días y fue una llamada desde Burgos de la subinspectora Elena Andrade, con la que Verónica había hablado al inicio de su investigación, y que en aquel momento se comportó de forma bastante seca con ella. La mujer le contó entre lágrimas que el inspector Quintero la había invitado una noche a tomar una copa en un bar y que de camino a casa había intentado forzarla dentro del coche. Por suerte, y según su relato, logró quitárselo de encima y huir, pero el modo en que él la amenazó hizo que no se atreviese a denunciarlo.

—Dijo que nadie me creería y que me arruinaría la carrera si se me ocurría decir algo.

Verónica lo tuvo claro. Le aconsejó que lo denunciase, a lo que ella respondió que temía que eso perjudicase su carrera.

—Te perjudicaría más estar muerta, que es lo que te ocurrirá si te encuentras en la misma situación. Te lo digo por experiencia.

Antes de finalizar la llamada, prometió que lo pensaría, aunque Verónica tuvo la sensación de que no iba a hacerlo. Aun así, se ofreció a ayudarla si lo necesitaba.

—Lo dije en su momento, incluso al juez —le comentó a Santi, tras explicarle el motivo de la llamada—. Quintero es un psicópata y, si alguien no le para los pies, terminará violando y asesinando a una mujer. Probablemente a más de una. Estoy convencida de ello.

—Solo espero que no se le ocurra volver a intentarlo contigo.

—Quién sabe lo que piensa una mente enferma como la suya. Si fue capaz de ir a verme a Santander, yo no descartaría que lo intentase de nuevo. —Al ver cómo Santi la miraba, añadió—: No te

preocupes. Si lo hace, esta vez no le dispararé en la pierna. Pienso volarle la cabeza y no me importa si pierdo mi trabajo por ello. El mundo sería mejor sin un monstruo así.

No volvieron a hablar del tema. Decidieron seguir disfrutando de las vacaciones y el buen tiempo, alternando los días de playa con los de montaña, donde la afluencia de turistas era menor.

El día que debían regresar, decidieron aprovechar para dar un último paseo por la playa de San Martín, dado que la marea estaba muy baja y podían recorrer una buena parte de la costa.

—Me quedaría aquí en este lugar para siempre —comentó Santi—. Es precioso.

—Por eso quería que lo conocieses. Quizás algún día podamos hacerlo.

—Me encantaría, aunque cualquier lugar me vale con tal de estar contigo.

Justo en el momento en que sus labios se unían, sonó la melodía de un teléfono, así que Verónica se quitó la pequeña mochila que llevaba a la espalda y lo sacó del interior. En un primer momento, pensó que quizás era Elena Andrade, que había cambiado de opinión sobre su ofrecimiento de ayuda. El nombre que vio en la pantalla no era el que esperaba, por eso preguntó extrañada:

—¿Inspector jefe Olaya?

—Sí —respondió el jefe de la Brigada de Homicidios y Desparecidos de Madrid—. ¿Te pillo ocupada?

—No, estoy disfrutando de mi último día libre.

—Quería darte las gracias por el excelente trabajo que has hecho en el caso del Asesino del tatuaje. Bueno, en realidad debería decir «asesina».

—No tiene por qué dármelas.

—Claro que sí. Tú nos avisaste de la relación entre los crímenes.

—En realidad fue ese presentador de televisión el que me habló de ellos, aunque lo hiciese para llevarme en la dirección equivocada con respecto al crimen que él había cometido.

—Pero no caíste en la trampa. El comisario Antúnez me ha contado cómo seguiste trabajando a pesar de la escasez de pruebas y al final lograste resolver el crimen de esa joven. En realidad, resolviste las dos investigaciones.

—Tuve suerte —dijo para restarse importancia.

—Lo tuyo no es suerte y los dos lo sabemos. Eres una excelente investigadora.

Verónica iba a replicarle que eso no le había servido para seguir en la Brigada, pero prefirió ser más diplomática.

—Es mi trabajo.

—No sé si el inspector Zabala te comentó que estamos bajo

mínimos en la Brigada. Entre jubilaciones, excedencias y pases a la segunda actividad, la mayoría de unidades de la Policía tienen problemas de personal, y nosotros no somos ajenos a ello.

—Algo me comentó.

—Imagino que Santander no es tu destino soñado. Seguro que es demasiado tranquilo para alguien como tú.

—No se crea. Llevo unas últimas semanas bastante intensas —dijo Verónica con cierta ironía.

—Aun así, estoy convencido de que ahí estás desaprovechando tus aptitudes.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó cansada de que Olaya diese tantos rodeos.

—Quiero que vuelvas.

—¿Volver a dónde?

—A la Brigada, por supuesto.

Verónica se tomó un par de segundos, pensando cómo responder a esa propuesta.

—Creí que ya no me querían.

—Sabes que yo sí.

—¿Y qué hay de los de arriba? Los que dijeron que no era una buena imagen que alguien como yo estuviese en la Brigada.

—Después de tus últimas dos actuaciones ha quedado más que demostrado que este es tu sitio. Además, el modo en que el asunto de Emilio Grissom ha salpicado a la Policía, ha puesto a mucha gente en una mala situación, empezando por el ministro de Interior. El hecho de que un expolicía consiguiese información confidencial de los crímenes para usarla en su programa, a cambio de sobornos a distintos miembros del Cuerpo, ha dañado nuestra imagen. Les he vendido a los jefes que necesitamos un lavado de cara y qué mejor modo de conseguirlo que el regreso de la inspectora estrella del momento a la Brigada de Homicidios y Desaparecidos.

—No sé —murmuró Verónica. Seguía dolida por lo ocurrido un año antes y el modo en que la habían echado de la Brigada.

Olaya debió darse cuenta porque, acto seguido, añadió:

—No voy a negar lo injusto que fue lo que te hicieron. Si estuviese en tu lugar también estaría cabreado, pero no debes olvidar lo que realmente te hace feliz. Este es tu sitio, por eso tienes que volver. Les he convencido para que te readmitan en la Brigada sin objeciones. Ahora está en tu mano hacerlo.

—¿Puedo al menos pensarlo con tranquilidad?

—Claro que sí, no tengas prisa. Piénsalo y me llamas en cuanto hayas tomado una decisión.

Verónica cortó la llamada y miró a Santi, que no dudó en preguntar:

—¿Qué ocurre?

—Era el jefe de la Brigada de Homicidios y Desaparecidos. Quiere que vuelva a mi antiguo trabajo en Madrid.

—Es una buena noticia, ¿no? —preguntó él, extrañado por su tono de voz apagado.

—No lo sé. No voy a negar que mi sueño siempre fue estar en la Brigada, pero la vida en Santander es mucho más tranquila, a pesar de que no lo haya sido en estas últimas semanas.

—No creo que quieras llevar una vida tranquila —afirmó él con una sonrisa.

—¿Y tú? Vivir en Santander no es lo mismo que hacerlo en Madrid.

—No tengo problemas para regresar a Madrid. Además, estaría más cerca de mi nuevo trabajo.

—Y de Katia.

Santi esbozó una sonrisa.

—Ya te he dicho que no voy a tener con ella ninguna relación que no sea laboral. Y tampoco quiero que eso sea un impedimento para que regreses al trabajo que más te apasiona. Te he observado estas semanas y tengo muy claro que disfrutas de tu trabajo. Seamos sinceros, has nacido para atrapar a asesinos y psicópatas. —Eso le arrancó una sonrisa a Verónica—. Nadie debería impedirte que lo hagas, ni siquiera yo.

Ella le miró a los ojos y asintió.

—Tienes razón —dijo besándole los labios—. El problema es que ya no tengo casa en Madrid.

—Buscaremos otra.

Verónica marcó en su pantalla el contacto de Olaya y esperó a que este respondiese.

—De acuerdo —dijo al escuchar su voz—, volveré a la Brigada.

Epílogo extra

El calor esa noche era agobiante, tanto que Santi se limpió el sudor que cubría su frente con el dorso de la mano enguantada, a la vez que bajaba del vehículo. A pesar de estar en un paraje que parecía deshabitado, dejó el coche entre unos matorrales, donde nadie que se acercase por allí pudiese verlo. Atravesó el camino de tierra para continuar campo a través, hasta la construcción que se veía a unos doscientos metros. Por suerte, la luna llena y el cielo despejado le permitieron ver por dónde pisaba, sin necesidad de utilizar ningún dispositivo de visión nocturna.

No tardó en ver el coche detenido delante de una nave de tejado curvo, cuyo aspecto le dio a entender que llevaba mucho tiempo abandonada. Faltaban unos cuantos paneles, tanto de la cubierta como de las paredes exteriores, y en los alrededores había varios montones de chatarra. Tampoco se escuchaban perros ni se veían más luces que la del habitáculo interior del vehículo.

Gracias a esa luz pudo ver que la pareja todavía estaba dentro, así que se mantuvo a una distancia de unos cien metros. Era la primera vez en los tres días que llevaba de seguimiento que veía a su objetivo con una mujer. Por la ropa de senderismo y su fisonomía, supuso que era una turista extranjera. Inglesa, o quizás alemana, y no aparentaba más de treinta años. Se habían conocido en un bar del centro de la ciudad, donde él la invitó a varias cervezas. Luego, tras un breve paseo por el casco antiguo, la subió a su coche y salieron de la ciudad.

Oculto detrás el tronco de una frondosa encina, Santi pudo ver cómo los dos se besaban dentro del coche, igual que dos adolescentes en busca de un polvo furtivo. No entendía por qué no habían elegido un hotel para hacerlo o incluso el piso de él. La única explicación que se le ocurrió le hizo pensar qué quizás esa noche tendría suerte y por fin se le presentaría la oportunidad que estaba esperando. Por ese motivo decidió acercarse un poco más.

Apenas había recorrido diez metros, cuando se vio obligado a retroceder sobre sus pasos para ocultarse de nuevo. Una de las puertas del coche acababa de abrirse y los dos ocupantes no tardaron en salir del interior entre risas. Se situaron delante del morro del vehículo, donde se besaron de nuevo con ardiente pasión, mientras las manos de él recorrían el cuerpo de ella por debajo de la ropa.

Observó con atención cómo el hombre agarraba a la mujer por la cintura y la levantaba en el aire para posarla sobre el capó del

vehículo todoterreno. Una vez allí, continuó besándola, mientras ella abría las piernas y le rodeaba la cintura con ellas. Luego se dejó caer de espaldas para abrirse la camisa y ofrecerle sus pechos desnudos. Las manos de él los acariciaron, pero enseguida ascendieron hasta su cuello.

Lo primero que alarmó a Santi fue que las manos del hombre rodeasen la garganta de la mujer, mientras se mantenía erguido, mirándola a los ojos. No acarició el resto del cuerpo, solo se concentró en su cuello. Lo segundo que le dejó claro que estaba sucediendo algo anormal fue que ella empezase a mover los brazos en el aire, como si intentase arañarle, y, al ver que no le alcanzaba, agarrase sus muñecas para liberarse de la presa.

—Te he pillado, maldito cabrón —murmuró Santi.

Sin pensárselo dos veces, sacó el pequeño revólver que ocultaba en la cadera, bajo la camiseta, y se acercó sin perderle de vista en ningún momento. Lo hizo con pasos largos y decididos, pero sin correr. Lo último que quería era que el hombre se diese cuenta de su presencia, a pesar de que lo más probable era que no lo hiciese. Estaba demasiado concentrado en apretar el cuello de la mujer y disfrutar de la satisfacción que le producía esa dominación.

Ella, en un último intento de supervivencia, trató de golpear uno de los brazos del hombre hacia un lado, para liberarse de la presa, pero lo único que consiguió fue que su espalda se deslizase sobre el capó del vehículo y terminase cayendo al suelo. Su atacante no solo no la soltó en ningún momento, sino que se sentó sobre su pecho a horcajadas y aprovechó el peso de su cuerpo para apretar con más fuerza su cuello.

—¡Mierda! —exclamó Santi, consciente de que podía llegar demasiado tarde.

Decidió olvidarse de pasar desapercibido y corrió veloz hacia ellos mientras amartillaba el revólver.

Estaba ya a pocos metros cuando vio que ella dejaba de resistirse y abría los brazos en cruz, señal de que no respiraba.

—¡Eh, tú! —le gritó Santi, deteniéndose a un par de pasos. El otro ni siquiera le miró, inmerso en un trance del cual parecía incapaz de salir. Por eso insistió, gritando con más fuerza—. ¡Quintero!

Al escuchar su nombre, el policía dejó de apretar y giró la cabeza para mirarle desconcertado.

—¿Quién eres…?

No tuvo tiempo de terminar la frase. La bala le impactó en la cabeza, haciendo que cayese hacia atrás y quedase tumbado de espaldas, junto al cuerpo de la mujer.

Santi dio entonces un paso y le apuntó de nuevo.

—Esto es por Vero.

Acto seguido realizó dos disparos más en su pecho, a la altura del corazón, para luego mirarle sin ningún tipo de emoción. Quintero era un psicópata, un ser despreciable que disfrutaba dominando a las mujeres y que encontraba una macabra satisfacción en apretarles el cuello hasta asfixiarlas. No sabía si ya había asesinado a alguna otra, antes de intentarlo con la joven turista, pero tenía claro que una persona como él no merecía seguir con vida. El mundo sería un lugar más seguro a partir de ahora.

Santi se agachó entonces junto a la mujer, que permanecía tendida bocarriba en el suelo, inmóvil. Comprobó sus constantes vitales y, tras confirmar aliviado que solo estaba inconsciente, revisó los bolsillos de su pantalón para sacar el teléfono que guardaba en uno de ellos. Puso el dedo índice de la mujer sobre el botón inferior de la pantalla y luego lo usó para marcar el uno, uno, dos.

—Emergencias —escuchó una voz femenina—. ¿Cuál es su emergencia?

—Ha habido un tiroteo. Necesito ayuda —respondió antes de dejar el teléfono en el suelo al lado de ella, con la llamada activa.

Después de eso, abandonó el lugar con paso rápido. Supuso que en Emergencias serían capaces de localizar la llamada y se pondrían en contacto con la Guardia Civil para que acudiese al lugar. Le habría gustado quedarse, pero había cumplido con su misión.

Verónica estaba a salvo.

Querido lector

Gracias por leer **Una bala nunca miente.**

No olvides dejar tu comentario al final de este libro o en la página de compra de Amazon.

Tu opinión es importante para mí. Me ayudará a mejorar como escritor y a que otros lectores conozcan la novela.

Suscríbete a mi lista

Si te suscribes a mi lista de correo podrás conseguir gratis **Los muertos no se ahogan,** la primera novela de la serie Roberto Fuentes.

Lista de correo de Alberto Meneses

Consigue gratis la primera novela de la saga policiaca más leída:

«Roberto Fuentes nunca pensó que aquel sueño sería el despertar de un don que le llevaría a investigar los crímenes más terribles y hacer justicia por las víctimas».

Lista de correo de Alberto Meneses

Contacto con el autor

Si tienes cualquier problema con la visualización de esta edición, o si deseas enviarme alguna sugerencia, pregunta o comentario, puedes hacerlo al siguiente correo electrónico:

alberto.meneses@hotmail.es

O puedes seguirme a través de mis redes sociales:



Acerca del autor

En mi página web podrás conocer todo sobre mis novelas, así como futuros proyectos, noticias y ayudas al escritor: https://albertomeneses.es



También puedes formar parte de mi grupo de lectores en Facebook y compartir tus impresiones con otros lectores, así como estar al tanto de mis nuevos trabajos.

Grupo de lectores de Alberto Meneses

Otras obras del autor

SERIE ROBERTO FUENTES:

1. Los muertos no se ahogan
2. Déjame morir
3. El cazador de lágrimas
4. Devoradores de espíritus
5. Profanación
6. Las voces de los muertos

SERIE VERÓNICA CUEVAS:

1. Cicatrices del pasado
2. La justicia del inocente
3. Donde habitan los demonios
4. Una bala nunca miente

SERIE FRAN MERINO:

1. Cuando cese la lluvia
2. Tiempos de oscuridad

